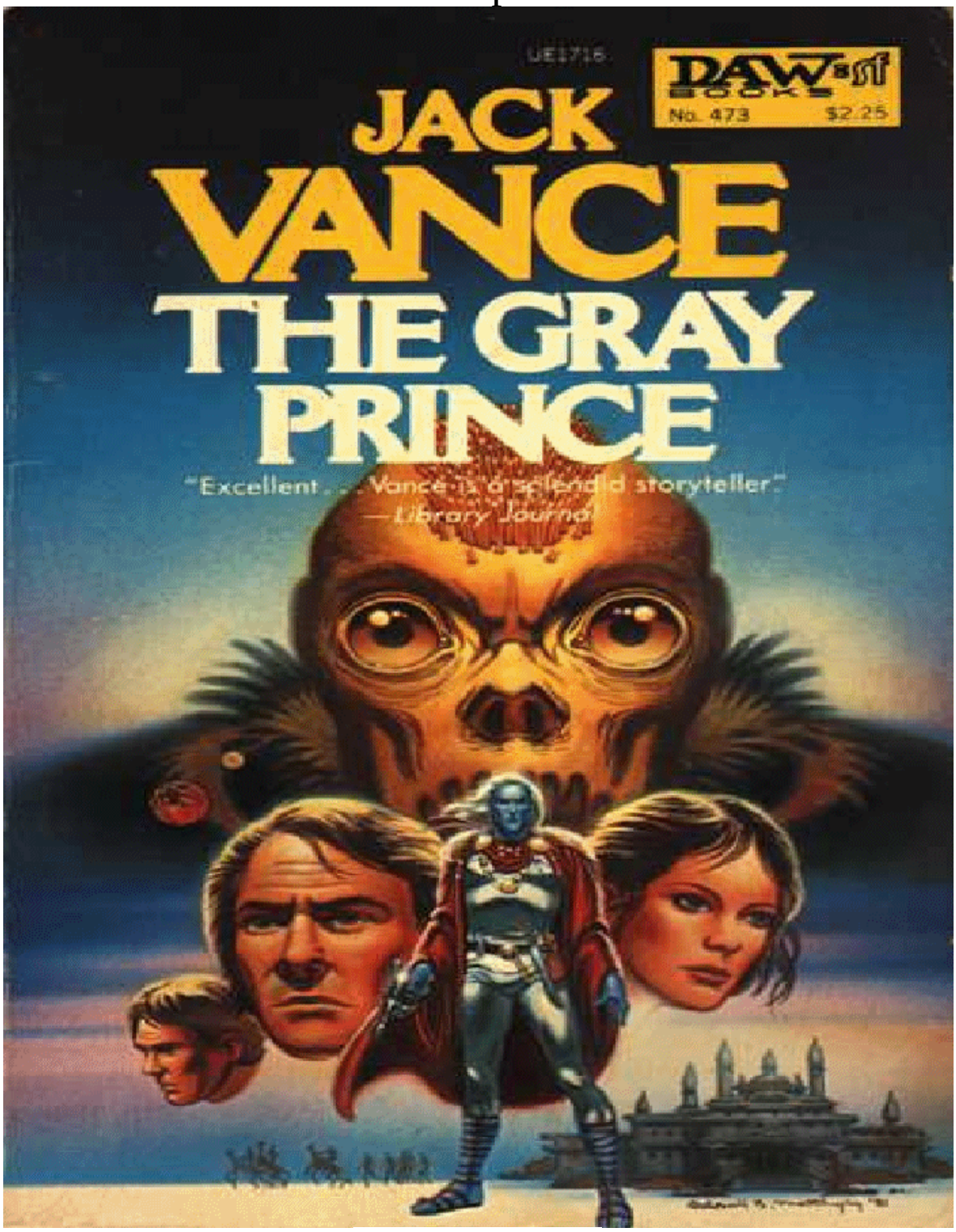
Jack Vance
El Principe Gris



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

La era espacial ha cumplido ya treinta años. Los hombres se han trasladado de una estrella a otra en busca de gloria y riqueza; la Vastedad Gaeana comprende un fragmento perceptible de la galaxia. Las rutas comerciales se enhebran y entrecruzan en el espacio como tubos capilares de un tejido dotado de vida; se han colonizado miles de mundos, cada uno de ellos distinto a todos los demás, cada uno de ellos opera su propio cambio específico sobre los hombres que residen en él. Jamás la raza humana ha sido menos homogénea.

Al movimiento centrífugo se le puede aplicar cualquier calificativo menos los de regular y uniforme. Los hombres se trasladaron de un punto a otro en oleadas y fluctuaciones, a impulsos de guerras, de fanatismos religiosos, de fuerzas absolutamente esotéricas.

El mundo de Koryfon es típico sólo en lo que se refiere a la diversidad de sus habitantes. En el continente, los uldras ocupan la amplia franja que cubre el litoral sur y que se conoce por el nombre de Aluan, mientras que, en el norte, los mensajeros del viento pilotan sus carretas-veleros de tres mástiles por la meseta del Palga. Ambos son pueblos nómadas y emprendedores; difieren en todos los demás aspectos. Al sur, al otro lado del mar Persimmon se encuentra Szintarre, el continente ecuatorial, con su cosmopolita población de outkeros[*], que se distinguen de los uldras y mensajeros del viento por varios tipos de magnitud sociológica.

Existen también un par de razas casi inteligentes a las que se considera nativas de Koryfon: los erjines y los morfotas. Los mensajeros del viento domestican y luego venden ejemplares de una variedad de erjines particularmente compactos, robustos y dóciles, aunque lo que tal vez hagan sea criar y amaestrar erjines corrientes, a los que dotan de tales características. En ese aspecto, los mensajeros del viento son bastante reservados, ya que el comercio les proporciona ruedas, piezas y aparejos para sus carros de vela. Ciertos uldras de la franja de Aluan capturan y montan erjines salvajes, cuya fiereza dominan mediante frenos de boca eléctricos. Tanto los erjines domésticos como los salvajes poseen capacidad telepática, con la que se comunican unos con otros, así como con cierto número de iniciados mensajeros del viento. Los morfotas, que no tienen ninguna relación con los erjines, son una raza perversa, rencorosa e imprevisible, a la que sólo se aprecia por su extraña belleza. En Olanje, urbe de Szintarre, los outkeros han llegado incluso a crear círculos de contempladores de morfotas, ya que, dadas las macabras costumbres de estos seres, observarlos constituye una diversión de lo más excitante.

Hace doscientos años, un grupo de filibusteros de planetas cercanos se dejaron caer sobre Uaia, sorprendieron y capturaron a los caciques uldras de un cónclave y les obligaron a ceder por título ciertas regiones tribales: los célebres Tratados de Sumisión. Cada miembro de la empresa, según el tratado, adquiría una vasta extensión, de cincuenta mil a ciento cincuenta mil kilómetros cuadrados. Con el tiempo, esas zonas se convirtieron en los grandes «dominios» de Aluan, donde los «barones terratenientes» y sus sucesores vivieron amplias y dilatadas existencias en mansiones construidas, en cuanto a dimensiones y demás, conforme a las propiedades de quienes las ocupaban.

La vida de las tribus signatarias de los Tratados de Sumisión no se vio muy afectada: si acaso, mejoró. Los nuevos diques, estanques y canales proporcionaban recursos hídricos garantizados; las guerras intertribales quedaron proscritas, y los ambulatorios aportaron por lo menos un mínimo de atención médica. Unos cuantos uldras asistían a las escuelas del dominio y se formaban para ejercer de oficinistas, tenderos y empleados de hogar; otros preferían trabajar de peones en los ranchos.

Pese a tales mejoras, a muchos uldras les irritaba el simple hecho de tener una condición

[*] Outkeros: término que, por regla general, se aplica a turistas, visitantes y emigrantes recién llegados; esencialmente, a toda persona que no sea uldra o mensajero del viento.

inferior. En un plano subconsciente y no reconocido, pero quizá producto de idéntico enojo, estaba la aversión de los barones terratenientes hacia las mujeres uldras. Como sórdido pero inevitable anexo de la conquista, se podía aceptar cierta dosis de violación o seducción, aunque siempre de mala gana, con resentimiento. La verdad es que, si bien los hombres uldras, con su constitución alta y vigorosa, su piel gris teñida de azul ultramarino y sus facciones aguileñas, eran en general individuos de bastante buen ver, de las mujeres no podía decirse lo mismo. Rechonchas, con la cabeza afeitada para evitar las arremetidas de los parásitos, las muchachas uldras carecían de encanto. A medida que avanzaban hacia la madurez, sus caderas seguían siendo voluminosas y sus piernas no crecían un solo centímetro, aunque sí se les alargaban el torso, los brazos y la cara. La típicamente longitudinal nariz se convertía en un desfallecido carámbano; la piel gris se tornaba parduzca; el pelo, agusanado o no, se lo dejaban crecer hasta formar una especie de aureola color naranja. Respecto a esas muchachas y mujeres uldras, los barones terratenientes* mantenían una indiferencia escrupulosamente correcta que, en definitiva, a causa de un paradójico efecto inverso, terminó por resultarles a los uldras una humillación y un insulto.

Al sur del mar Persimmon se encontraba la alargada y estrecha isla de Szintarre y su placentera capital Olanje, un elegante centro turístico para cosmopolitas transmundanos. Esos entes, artificiosos, urbanícolas, articulados, tenían muy poco en común con los barones terratenientes a quienes consideraban pomposos ordenancistas, sin estilo, gracia ni sentido del humor.

En Olanje, en un excéntrico y antiguo edificio conocido como Cámara de Holrude, tenía su sede el único órgano de gobierno existente en Koryfon: el Mull, consejo de trece notables. Teóricamente, las normas instituidas en la Carta de Mull regían tanto para Szintarre como para Uaia, pero en la práctica soslayaban todo interés en los asuntos uaianos. Para los barones terratenientes, el Mull era un órgano productor de sofismas intrascendentes; los uldras «tratados» eran apáticos; los uldras «rétenos» rechazaban incluso la hipótesis de una autoridad centralizada; los mensajeros del viento ignoraban la mera existencia del Mull.

La universalista población de Olanje generaba por sí misma un intelectualismo casi hiperactivo. El movimiento social era incesante; había comisiones y círculos que organizaban prácticamente todo lo que tuviera interés especial: un club náutico; varias asociaciones artísticas; los Observadores de Morfotas; la Sociedad Hussade de Szintarre; los Archivos de la Biblioteca Musical Gaeana; una institución patrocinadora de Parilia, la fiesta anual; una escuela de arte dramático; Dionis: esa organización dedicada a la hiperestesia. Había también otros grupos filantrópicos o altruistas, como la Fundación Ecológica, que prohibía la importación de flora y fauna foráneas, por muy económicamente rentable o estéticamente gratificantes que fueran. La Alianza Redentorista combatía los Tratados de Sumisión y abogaba por que se disolviesen los dominios uaianos y se devolvieran las tierras a las tribus de los tratados. La Sociedad para la Emancipación del Erjin, o SEE, sostenía que los erjines eran seres inteligentes y esclavizarlos iba contra la ley. Con toda probabilidad, la SEE constituía la organización más polémica de Olanje, dado que no cesaba de incrementarse el número de erjines que se importaban de Palga para destinarlos al servicio doméstico, las labores agrícolas, la recogida de basuras y otras tareas por el estilo.

Otros grupos menos conflictivos se encargaban de facilitar educación y empleo a los

* No existe equivalente satisfactorio para el término teng'sharatz (literalmente: venerado amo de una gran extensión de terreno). «Barón» o «señor» implican aristocracia tradicional, incluso con reminiscencias feudales; «escudero» representa dueño de una pequeña propiedad; «ranchero» tiene una acusada connotación de actividad agropecuaria. El término «barón terrateniente» resulta algo impreciso y forzado, pero sin duda se aproxima más que ningún otro al sentido de eng'sharatz. (Nota de la T.)

inmigrantes oriundos de Uaia que llegaban a Szintarre. Estos uldras, procedentes en igual proporción, más o menos, de tribus retenas y tratadas, tendían a enfrentarse a los barones terratenientes. A menudo, sus agravios eran reales; con frecuencia, se quejaban por pura susceptibilidad. A veces, los redentoristas llevaban a inmigrantes uldras ante el Mull para estimular, para obligar a entrar en acción a aquel grupo discursivo, altanero, didáctico, pedante y caprichoso. Con habilidad hija de la práctica, el Mull rechazaba tales inconveniencias o nombraba una comisión investigadora, cuyo informe manifestaba invariablemente que las tierras de los tratados eran auténticos refugios de paz en comparación con las de los rétenos, donde las tribus independientes se pasaban la vida en continuas desavenencias, disputas, incursiones, venganzas, represalias, desafueros, matanzas, emboscadas y otras diversas atrocidades. Los redentoristas declaraban improcedentes tales consideraciones. A las tribus tratadas, así lo establecían, se les despojó mediante la violencia y el engaño de sus tierras ancestrales. La perpetuación de tal estado de cosas era intolerable, el hecho de que hubieran transcurrido doscientos años no podía legitimar una situación injusta en su origen. La mayoría de los residentes en Szintarre apoyaban en términos generales la doctrina redentorista.

1

En el vestíbulo del puerto espacial de Olanje, Schaine Madduc y su hermano Kelse se contemplaron mutuamente con afectuosa curiosidad. Schaine había esperado ver cambios en su hermano; y sí, los cambios estaban allí... cambios por valor de más de cinco años. Lo dejó postrado en cama, tullido, pálido y desesperado; ahora parecía recio y en perfectas condiciones, si acaso, un poco demacrado. La pierna artificial le permitía andar con apenas un atisbo de cojera; accionaba el brazo izquierdo con la misma soltura y aptitud que el derecho, aunque desdeñaba simular que era de carne y hueso y mantenía la mano metálica embutida en una guante negro. Había crecido, tal como esperaba Schaine, pero, en cambio, la sorprendió un poco la transformación del rostro, que se había alargado, endurecido y cobrado una desabrida elegancia. Los pómulos eran ahora más prominentes, lo mismo que la mandíbula, los ojos se estrechaban al entornarse los párpados y había adquirido la costumbre de lanzar recelosas miradas de reojo.

Schaine pensó que aquello era una señal de los cambios experimentados por Kelse: la metamorfosis del muchacho generoso y confiado, convertido en un hombre austero que aparentaba diez años más de los correspondientes a su edad.

Los pensamientos de Kelse habían seguido análogo rumbo.

-Eres una chica distinta -aseveró-. No sé por qué, pero esperaba encontrar a la divertida, frívola y tontuela vieja Schaine.

-Los dos somos distintos. Kelse bajó desdeñosamente la mirada a lo largo del brazo y de la pierna.

-Una gran diferencia. Nunca habías visto esto.

-¿Te resulta fácil usarlos? Kelse se encogió de hombros.

-La mano izquierda es más fuerte que la derecha. Puedo cascar nueces con los dedos y hacer toda clase de trabajitos interesantes. Aparte de eso, me siento poco más o menos igual que antes.

Schaine no pudo reprimir la pregunta:

-¿He cambiado yo mucho?

Su hermano la miró con aire dubitativo.

-Bueno, eres cinco años más vieja. No estás tan flaca. Vistes muy bien y, además de elegante, das la impresión de ser espabilada a todo serlo. Siempre fuiste guapa, pese a tu índole de marimacho vulgarote.

-¡Marimacho vulgarote, sí! -La melancolía suavizaba la voz de Schaine.

Mientras cruzaban a pie la estación, imágenes y recuerdos afluían a la mente de la joven. Hablaban de una muchacha situada a una distancia, no de cinco, sino de quinientos años; una chica que había estado habitando un mundo distinto, donde se desconocían el mal y la aflicción. Las verdades eran sencillas y evidentes para todos. Morningswake Manor (Señorío de la Estela Matutina) no era más ni era menos que el centro del universo: todos cuantos moraban allí tenían un papel que desempeñar y estaban predestinados a cumplirlo. Uther Madduc era la fuente de autoridad. Sus decisiones -a veces benévolas, a veces misteriosas, a veces terribles- eran tan definitivas como el desplazamiento del sol. Schaine y Kelse ocupaban un punto concéntrico al de Uther Madduc; en una órbita menos estable, próxima en ocasiones, lejana otras veces, se encontraba Muffin. Generalmente, los papeles eran sencillos, salvo en el caso de Muffin, cuya circunstancia resultaba con frecuencia ambigua. Schaine había sido el «marimacho vulgarote», no obstante ser también encantadora y bonita -cosa que casi nunca era necesario decir-, del mismo modo que Kelse fue siempre el soberbio y apuesto y Muffin el siempre fogoso, valiente y jovial. Tales atributos iban implícitos en la misma estructura de la existencia, igual que el sol Methuen

brillaba inalterablemente rosado en el cielo inmutablemente azul ultramarino. Al volver la mirada del recuerdo a través de los años, Schaine se vio a sí misma contra el telón de fondo de Morningswake Manor: una moza de estatura media, ni alta ni baja, atractivamente desgarbada, pero resistente, una chica que daba la impresión de ser buena nadadora, corredora y escaladora, lo que desde luego había sido y continuaba siendo aún. Su piel de tono rojizo dorado relucía cuando los rayos del sol la acariciaban; su morena cabellera constituía una maraña de rizos sueltos. Ella era la chica de amplia boca dulce y expresión alerta a cualquier maravilla, como si pensara que cada nuevo instante fuera a presentarse con un nuevo prodigio. Había amado con inocencia y odiado sin cálculo; se mostraba siempre amable y festiva con las criaturas pequeñas, rápida y desenfadada en la chanza... Ahora tenía cinco años más y era cinco años más sensata, o así lo esperaba.

Kelse y Schaine salieron a la suave mañana de Szintarre. El aire olía tal como Schaine recordaba: la esencia de hojas y flores lo impregnaba de fragancia. De las ramas color verde oscuro de los *jubas* colgaban hileras entrelazadas de flores escarlata; el sol filtraba sus rayos a través de la fronda para salpicar de formas rojas y negras la avenida de Kharanotis.

-Nos hospedamos en el Miramar -dijo Kelse-. Esta tarde se celebra una fiesta en casa de tía Val, organizada, ostensiblemente, para darte la bienvenida. Podíamos habernos alojado en el Mirasol, claro, pero...

Se le apagó la voz. Schaine recordó que a Kelse nunca le gustó tía Val.

-¿Llamo un taxi? -preguntó Kelse.

-Vayamos dando un paseo. Está todo precioso. Me he pasado una semana encerrada en la *Niamatic.* -Schaine respiró hondo-. Es estupendo haber vuelto. Ya me siento en casa.

Kelse emitió un amargo gruñido.

-¿Por qué tardaste tanto?

-Ah... hay varias razones. -Schaine hizo un ademán pueril-. Terquedad. Obstinación. Padre.

-Terca y obstinada como siempre... supongo. Padre sigue siendo padre. Si crees que ha cambiado, te vas a llevar un buen sobresalto.

-No me hago ilusiones. Alguien tiene que ceder y yo puedo hacerlo igual que cualquiera. Háblame de padre. ¿Qué ha estado haciendo?

Kelse reflexionó un momento antes de responder: algo que Schaine no recordaba que hiciese cinco años atrás. Pensó que la juventud de Kelse había pasado con excesiva rapidez.

-Más o menos, padre continúa siendo el mismo. Desde que tú te fuiste se han producido un sin fin de nuevas presiones y... bueno, ya conoces a la Alianza Redentorista.

-Tengo una idea, supongo. Pero no recuerdo gran cosa sobre ella.

-Es una sociedad con base aquí, en Olanje. Pretenden anular los Tratados de Sumisión y que nos marchemos de Uaia. Nada nuevo, claro, pero es una causa que ahora se ha puesto de moda, y tienen en el «Príncipe Gris», título que se atribuye él mismo, un testaferro también a la moda.

-¿El «Príncipe Gris»? ¿Quién es? Los labios de Kelse se curvaron en una sonrisa torcida.

-Bueno... es un joven uldra, un garganche, con cierta formación; un individuo voluble, pintoresco y dinámico... A decir verdad, es el niño mimado de todo Olanje. Sin duda, asistirá esta noche a la fiesta de tía Val.

Pasaron junto a una pradera de césped verdeazulado que, desde la avenida, se prolongaba falda arriba hasta una alta mansión con tejado de cinco aguas, torres a derecha e izquierda y fachada de azulejos de amarillento tono mostaza, suavizado por losetas de brillante color negro: una estructura concebida con caprichoso eclecticismo, que resultaba

impresionante, pese a todo, en virtud de sus mismas proporciones y de cierta negligente magnificencia. Era la Cámara de Holrude, residencia del Mull. Kelse movió la cabeza con aire tristón.

-Los redentoristas están ahora ahí, tratando de adoctrinar al Mull... Hablo metafóricamente, claro. En realidad, ignoro si en este preciso momento se encuentran en la Holrude. Padre es pesimista; cree que, al final, el Mull decretará un edicto contra nosotros. He recibido carta de padre esta mañana. -Se metió la mano en el bolsillo-. No, me la dejé en el hotel. Su idea es que nos reunamos con él en Galigong.

-¿Por qué en Galigong? -preguntó Schaine, perpleja-. No le hubiera costado nada encontrarse con nosotros aquí.

-No quiere venir a Olanje. Me parece que no desea ver a tía Valtrina; podría obligarle a ir a la fiesta. Eso es lo que tía Valtrina hizo el año pasado.

-Tampoco le haría ningún daño, las fiestas de tía Val siempre fueron divertidas. Al menos, a mí me encantaban.

-Gerd Jemasze nos acompañará; de hecho, volamos aquí en su *Apex, y* después nos llevará a Galigong.

Un mohín de desagrado cruzó por el rostro de Schaine; nunca le cayó bien Gerd Jemasze, a quien consideraba hosco y desabrido.

Un par de columnas señalaban la entrada del Miramar. Schaine y Kelse se deslizaron por el tobogán que conducía al vestíbulo. El muchacho dio las oportunas instrucciones para que trasladaran al hotel, desde el puerto espacial, el equipaje de Schaine y luego deambularon por la terraza que bordeaba el mar Persimmon y se refrescaron con sendas copas de verde zumo de bayas vaporosas, en el que centelleaba el cristal del hielo.

-Cuéntame qué ha ocurrido en Morningswake durante todo este tiempo -pidió Schaine.

-Casi todo ha sido rutina corriente. Repoblamos el lago de la Hechicera con un nuevo cruce de especies. Estuvimos explorando al sur de los Burrens y descubrimos una antigua kachemba*.

-¿Entrasteis?

Kelse denegó con la cabeza.

-Esos sitios me producen escalofríos. Le hablé a Kurgech de esa cueva y dijo que probablemente sería jirwantiana.

-¿Jirwantiana ?

-Los jirwantianos ocuparon Morningswake durante quinientos años, antes de que los hunges los aniquilaran. Luego, los aos expulsaron a los hunges.

-¿Cómo están los aos? ¿Sigue siendo Zamina matriarca?

-Sí, aún vive. La semana pasada trasladaron su campamento al Barranco de la Rata Muerta. Kurgech se dejó caer por casa y le dije que venías. Comentó que en Tanquil tendrías menos problemas.

-¡Vieja criatura miserable! ¿Que quiso decir con eso?

-No creo que pretendiese decir nada. Estaba «saboreando el futuro», simplemente.

Schaine tomó un sorbo del zumo de fruta y contempló el mar.

-Kurgech es un charlatán. Puede adivinar el porvenir, aojar, trazar l destino o transmitir pensamientos lo mismo que yo.

-No es verdad. Kurgech posee algunas artes portentosas... Ao o no, es el mejor amigo de padre. Schaine soltó un bufido.

-Padre es demasiado tirano para ser buen amigo de alguien... especialmente de un ao. Kelse meneó tristemente la cabeza.

-No le entiendes. Nunca has entendido a padre.

* Kachemba: secreto lugar de culto uldra, dedicado a la adivinación y la brujería, que habitual-mente se albergaba en una caverna.

-Le entiendo tan bien como tú.

-Eso también puede ser cierto. Es un hombre difícil de conocer. Kurgech le proporciona exactamente la clase de compañerismo que precisa.

Schaine emitió otro resoplido. -Sí, Kurgech nunca pide nada, es fiel y sabe cuál es su sitio... como un perro.

-Te equivocas de medio a medio. Kurgech es uldra, padre es outkero. Ni uno ni otro quieren ser otra cosa.

Con un floreo estrambótico, Schaine apuró la copa.

-Desde luego, no voy a discutir de nada contigo ni con padre. -Se puso en pie-. Demos un paseo hasta el río. ¿Continúa levantada la cerca de los morfotas?

-Que yo sepa, sí. Desde que te fuiste a Tanquil no he vuelto por aquí.

-Una ocasión lamentable, que acababa de olvidar. Acerquémonos a ver si tropezamos con algún cazademonios de doce púas, triple abanico enrejado purpúreo[*].

A cosa de cien metros, playa abajo, partía un sendero que llevaba, tierra adentro, a la pantanosa desembocadura del río Viridian y que concluía junto a una alta cerca de malla de acero. Un cartel advertía:

¡AVISO!
¡Los morfotas son astutos y peligrosos! ¡Piénselo bien antes
de aceptar *una sola* de sus proposiciones; no les admita
ningún regalo! Los morfotas se acercan a esta valla con la
exclusiva idea de mutilar, insultar o aterrorizar a los gaeanos
que vienen a verlos.

¡TENGA CUIDADO!
Los morfotas han herido a muchas personas.
Pueden matarle a USTED.
SIN EMBARGO,
MOLESTAR DE MODO CRUEL A LOS MORFOTAS
ESTÁ TERMINANTEMENTE PROHIBIDO.

-Hace un mes -explicó Kelse-, unos turistas de Alcide vinieron a ver morfotas. Mientras los padres bromeaban en la cerca con uno que tenía preciosa cabeza en forma de botella y cuello anillado en rojo, otro ató una mariposa a un bramante y, con ese señuelo, se llevó al chiquillo de tres años. Cuando mamá y papá miraron a su alrededor, el niño había desaparecido.

-Bestias repugnantes. Las visitas a los morfotas deberían tener un reglamento y estar vigiladas.

-Me parece que el Mull considera ahora algo en ese sentido.

Transcurrieron diez minutos sin que ningún morfota saliera de la ciénaga para hacerles horrendas propuestas. Schaine y Kelse regresaron al hotel, descendieron al restaurante submarino y almorzaron estofado de cangrejo, pimientos y cebollas silvestres, ensalada de submarino y almorzaron estofado de cangrejo, pimientos y cebollas silvestres, ensalada de berros helados y tortas hechas de harina de ferris castaños. Les circundaba un luminoso espacio verdeazul; junto a ellos, «al alcance de la mano», nadaba, crecía o derivaba la flora y la fauna del mar Persimmon; blancas anguilas y peces tijera eléctricos

[*] La contemplación de morfotas es un deporte con numerosos niveles. Los morfotas hacen crecer en sus cuerpos simulados apéndices y protuberancias de diversas formas -púas, membranas, excrecencias, abanicos, dientes- para convertirse en seres de fantástico esplendor. Los observadores de morfotas han inventado una compleja nomenclatura para designar los elementos de su afición.

atravesaban la espesura de las plantas acuáticas; bandadas de peces chispa de color rojo sangre, serpientes verdes, tembleques amarillos, todo un repertorio ictiológico que centelleaba y se disparaba de un lado a otro, a veces en miríadas que se entrecruzaban en puntillista confusión, para emerger luego completas, cada una por su lado. En tres ocasiones, uñas como cuchillas, ganchos, colmillos y dientes de tres metros de longitud, cárdenos y plateados, se lanzaron contra el cristal con la voraz intención de atrapar a alguna de las personas que almorzaban a la media luz del comedor; una vez, la terrorífica masa de un matador negro se deslizó junto a ellos; momentos después, se dejó ver en la distancia la forma espasmódica de un nadador morfota.

Se acercó a la mesa un hombre que tendría dos o tres años más que Kelse.

-Hola, Schaine.

-Hola, Gerd.

El saludo de Schaine fue frío; durante toda su vida le había desagradado Gerd Jemasze, sin que pudiera explicarse bien el motivo. La conducta del hombre era reservada, sus modales, corteses, las facciones discretas: pómulos achatados, mejillas lisas, espesa mata de pelo negro sobre una frente baja y ancha. Su vestimenta -guerrera oscura y pantalones azules- parecía pomposamente severa en el ambiente de Olanje, donde todo el mundo iba de gris y rendía culto a las modas más extravagantes. Schaine comprendió de pronto por qué le repelía aquel hombre: Gerd Jemasze estaba desprovisto de todas las características y pequeños vicios que dotaban de encanto a las demás amistades de la muchacha. Físicamente, no destacaba por su estatura ni corpulencia, pero, cuando se movía, la ropa se le tensaba sobre el relieve de los músculos; Schaine pensó que así lograba el hombre su tranquila máscara de innata arrogancia. Sabía por qué a su padre y a Kelse les gustaba Gerd Jemasze; superaba a ambos en rigidez y resistencia a los cambios; sus opiniones, una vez formadas, eran tan firmes, tan impenetrables como la piedra. Gerd Jemasze tomó asiento a la mesa.

-¿Cómo va la vida por Suaniset? -preguntó Schaine educadamente.

-Muy apacible.

-Nunca pasa nada en los dominios -corroboró Kelse.

La mirada de Schaine fue de uno a otro.

-Me estáis tomando el pelo.

Gerd Jemasze desplegó un arranque de sonrisa.

-En absoluto. Es que lo que sucede ocurre fuera de la vista.

-¿Qué sucede fuera de la vista, pues?

-Bueno... wittolos[*] de rétenos han estado recorriendo subrepticiamente los dominios, tratando de montar una coalición de todos los uldras, bajo el mandato del Príncipe Gris, probablemente para arrojarnos al mar. El tráfico aéreo ha sufrido bastantes ataque de tiburones del cielo[**]... la semana pasada derribaron a Ariel Farlock, de Carmione.

-De lo que no cabe duda es de que hay un talante extraño en Uaia -dijo Kelse en tono sombrío-. Todo el mundo lo nota.

-Incluso padre -intervino Schaine-, disfrutando con su maravillosa broma. ¿Tienes idea de qué es lo que le parece tan divertido?

---

[*] Wittolos: uno de cada mil uldras nace albino, eunucoide, cono de talla y con cabeza esférica. Son los wittolos, a los que se trata con una mezcla de repugnancia, desprecio y temor supersticioso. Se les reconocen competencias en el terreno de la magia y la brujería menores; a veces, atienden encargos de sortilegios, maldiciones y pócimas. La magia mayor sigue siendo la prerrogativa de los hechiceros tribales. Los wittolos entierran a los muertos, torturan cautivos y actúan de emisarios entre las tribus. Se trasladan por Aluan sin que nadie se meta con ellos, puesto que ningún guerrero uldra se atrevería a desdeñar o a matar a un wittolo.

[**] Tiburón del cielo: tosco avión monoplaza, poco mayor que una plancha volante provista de cañón u otra arma de fuego, utilizada por los patricios uldras en los duelos que tienen entre sí o para atacar a las tribus enemigas.

-Ni siquiera sé de qué estás hablando -dijo Gerd Jemasze.

-Recibí carta de padre -explicó Kelse-. Ya te dije que se había ido al Palga. Bueno, el viaje parece haber rebasado sus previsiones. -Kelse se sacó la carta del bolsillo y leyó-: «He corrido unas aventuras estupendas y tengo una historia maravillosa que contarte, una broma formidable, la broma más prodigiosa y extraordinaria..., me ha dado diez años más de vida...» -Kelse se saltó un par de líneas-. Luego dice: «Te veré en Galigong. No me atrevo a ir a Olanje, porque eso significaría tener que sufrir una de esas espantosas fiestas de Valtrinia, completada con todos los furtivos, sofistas, estetas, fantasmones, sibaritas y pelotas de Szintarre.

Asegúrate de que Gerd vuelve a Morningswake con nosotros; apreciará esta situación lo mismo que tú. Y exprésale a Schaine el inmenso placer que me produce tenerla otra vez en casa...». Sigue un poco más por el estilo, pero esta es la esencia.

-Muy misterioso -comentó Gerd Jemasze.

-Sí, opino lo mismo. ¿Qué puede haber pasado en el Palga para que padre se sienta tan contento. No se distingue por su sentido del humor.

-En fin... mañana lo sabremos. -Gerd se levantó-. Si me disculpáis, tengo unos recados que hacer.

Se inclinó ante Schaine con una cortesía más bien superficial.

-¿Irás a la fiesta de tía Valtrina? -le preguntó Kelse.

Gerd movió la cabeza negativamente.

-No es precisamente la clase de reunión que me vuelva loco.

-Ah, vamos -le animó Kelse-. Puede que se te presente la oportunidad de conocer al Príncipe Gris... entre otros notables locales.

Gerd meditó unos segundos, como si Kelse se hubiera anotado un buen triunfo en el curso de un debate profundo y complicado.

-Está bien. Iré. ¿Cuándo y dónde?

-A las cuatro en Villa Marisol.

2

La carretera a Villa Mirasol partía de la avenida de Kharanotis, para ascender en mil vueltas y revueltas por la ladera de la montaña del Panorama, entre bosquecillos de *gonaives,* tecas aborígenes, *lang-tangs* y mazas. Tras pasar por debajo de un arco, la carretera rodeaba un amplio prado y concluía frente a la quinta: una elegante construcción de cristal, columnas acanaladas, muros blancos y tejado de varios niveles y numerosos ángulos, diseñada con el espíritu ligero y versátil propio de un rococó decadente.

Valtrina Darabesq, maternal tía abuela de Schaine y Kelse, los recibió con un entusiasmo cuya impersonal desenvoltura no le quitaba autenticidad. A Schaine siempre le había maravillado la energía y el extraordinariamente sociable talante de tía Val; Kelse la consideraba un poco excesiva en su elegancia, aunque no podía por menos que aprobar su amplia generosidad. Ambos iban preparados para resistir el insistente empeño de la mujer en que se trasladasen del Miramar a Villa Mirasol y pasaran en la quinta una semana, quince días, un mes.

-No os he visto a ninguno de los dos desde hace una eternidad. Desde hace por lo menos... ¿cuántos años, Schaine?

-Cinco.

-¿Tantos? ¡Cómo pasa el tiempo! Nunca he llegado a comprender por qué te fuiste a Tanquil. Tu padre es un dinosaurio, claro, pero para esas cosas es un encanto, incluso aunque se niegue a acercarse a Olanje. ¿Qué puede encontrar en Uaia que le divierta? ¡Es un desierto, una espantosa soledad vacía!

-¡Venga, tía Val, tampoco es tan malo! La verdad es que Uaia está lleno de paisajes magníficos.

-Tal vez sea así, pero no sé por qué Uther y los otros se empeñan en vivir en un sitio donde no los quieren. Jamás lo entenderé. Morningswake es como una fortaleza fronteriza.

-Debes ir a visitarnos algún día -dijo Kelse. Valtrina sacudió la cabeza con firme negativa.

-No he estado en Morningswake desde que era niña. Vuestro abuelo Norius era un caballero con bastante estilo para ser un barón terrateniente. Organizó varias fiestas, mejor dicho, guateques pomposillos, si he de ser absolutamente sincera, y nos llevaba de merendola a un enorme pilar de roca bermeja... ¿cómo se llamaba?

-El Skaw.

-El Skaw, claro. Y cuando los miembros de las tribus pasaban por allí y nos miraban, a nosotros, los forasteros que les habíamos arrebatado sus tierras, me sentía asustada y agobiada. Con todo el espacio que se extendía a mi alrededor, ¡era como si estuviéramos sitiados!

-Nuestros aos jamás nos crearon dificultades -dijo Kelse en tono cargado de paciencia - Les ayudamos y nos ayudan. Ninguno siente enemistad hacia el otro.

Valtrina sonrió mientras meneaba la cabeza.

-Querido muchacho, es imposible que adivines lo que un uldra tiene en la cabeza. Claro que les afrenta y les duele vuestra presencia, aunque os miren con rostro inexpresivo. ¡Lo sé, porque tengo amigos uldras! Pero no debo reprenderte; no eres más que un mozalbete. Vamos, te presentaré a mis invitados. ¿O quizá prefieres zanganear por tu cuenta?

-Sí, prefiero dar una vuelta por ahí -dijo Kelse.

-Como te plazca. Que Alger os sirva unas copas. Ah, Kelse, por favor, no tires de

pistola y dispares a mis erjines; se llaman Sim y Slim y son extraordinariamente caros. Luego, durante la velada, charlaremos largo y tendido.

Valtrina se alejó para dar la bienvenida a un nuevo grupo de invitados; Kelse cogió del brazo a Schaine y la condujo hacia el bar, donde Alger, el camarero, preparaba refrescos según fórmulas más antiguas que la memoria. Kelse y Schaine aceptaron sendas copas de ponche e hicieron una pausa para orientarse. Schaine no vio entre los invitados a nadie conocido. Estaban presentes media docena de uldras: sujetos de aire marcial, altos, delgados, de larga nariz, con su piel de color gris pizarra teñida de azul ultramarino y la cabellera rojo claro recogida en espigado copete sujeto con una cinta.

- Se puede tener la absoluta certeza de que tía Val está a la última - le murmuró Kelse a Schaine -; en Olanje, ninguna fiesta es completa si no asisten a ella un par de uldras.

¿Y por qué no hay que invitar a los uldras a las fiestas? - replicó Schaine - . Son seres humanos.

- Aproximadamente humanos. Su weldewiste* nos es completamente ajeno. Han recorrido una enorme distancia sobre el témpano de hielo de la evolución.

Schaine suspiro y volvió la cabeza para echar una mirada a los uldras.

- ¿Está el Príncipe Gris entre ellos?

- No.

Se les acercó Valtrina, acompañada de un apuesto caballero entrado ya en la madurez: una persona de evidente distinción, que lucía un traje gris oscuro adornado con arabescos también grises, pero más claros. La mujer se detuvo con su acompañante.

- Erris, te presento a mis sobrinos Schaine y Kelse Madduc; Schaine acaba de regresar de Tanquil, donde ha estado estudiando. Schaine, Kelse, aquí, Erris Sammatzen, que ocupa un escaño en el Mull: es un hombre muy importante. - Añadió, tal vez con cierto apunte de perversidad - : Schaine y Kelse viven en el Dominio de Morningswake, en Aluan, que aseguran es la única zona habitable de Koryfon.

- Quizá sepan más que nosotros.

- ¿Es usted nativo de Olanje, Dm.** Sammatzen? - pregunto Schaine.

- No, soy outkero como casi todos. Vine hace un año con ánimo de descansar, ¿pero quién puede descansar aquí, cuando Valtrina y una docena de personas como ella no paran de mantenerle a uno alerta? Esta es la comunidad más intelectualmente viva que he conocido nunca. Algo agotador de verdad.

Valtrina hizo una seña a una mujer alta, de largos bucles rubios. Los cosméticos exageraban las facciones ya excesivamente grandes de la señora, convirtiendo su rostro en una máscara de payaso; Schaine se preguntó si la mujer se burlaba del mundo o de sí misma.

- Aquí - Valtrina empleó su más ronca voz de contralto - , Glinth Isbane, una de nuestras celebridades: enseñó a jugar al desisto a tres morfotas y ha ganado toda clase de extraños trofeos y botines. Es secretaria de la SSL y tiene un personalidad mucho más profunda de lo que le gusta aparentar.

- ¿Qué es la SSL? - preguntó Schaine - . Perdone, pero es que acabo de volver a Koryfon.

- SSL significa «Sociedad pro Szintarre Libre».

Schaine soltó una carcajada incrédula.

---

* Weldewiste: término procedente del léxico de la antropología social, que resume una compleja idea en la que se incluyen: la actitud con que un individuo afronta su entorno, su interpretación de los acontecimientos de su vida, su consciencia cósmica y su carácter y personalidad desde la esfera de la cultura comparada.

** Los dos apelativos más corrientes en la Vastedad Gaeana son Dm., abreviatura de Dómine, que puede aplicarse a todas las personas de elevada o distinguida posición social, y Vv., contracción de «Visfer» (originalmente «Viasvar», Miembro Común de la antigua Legión de la Verdad), luego caballero hacendado y, al final, corriente denominación de cortesía.

- ¿Es que Szintarre no es libre ya?

- No del todo - respondió Glinth Isbane en tono gélido - . Nadie quiere - mejor dicho, nadie reconoce que no quiere - sacrificar esfuerzos o molestias para obtener beneficios, pero todo el mundo sabe que eso es así. Los trabajadores, en consecuencia, se han unido en gremios a fin de protegerse. Y ahora, ¿quién tiene más poder que el director de los Gremios Asociados? No es preciso recordar a nadie los abusos que comete esa dirección. La SSL ha organizado una fuerza que esperamos contrarreste los excesos de los gremios.

Otra persona se había unido al grupo: un joven alto, de pupilas grises que irradiaban franqueza, suave pelambrera rubia y apacibles facciones semi-humorísticas. Schaine sintió una instantánea simpatía hacia él.

- Ambos grupos - la SSL y los Gremios Asociados - apoyan mi organización particular - dijo el joven - . De ahí que los dos tengan que ser sólidos y que tus conflictos sean trapacerías de leguleyos.

Glinth Isbane se echó a reír.

- Ambos grupos, sí, respaldan a la SEE, pero por motivos distintos. Nuestros motivos son los decentes.

- Estoy hecha un lío con todas estas organizaciones - confesó Schaine a Valtrina - . ¿Qué es la SEE?

Valtrina prefirió que, en vez de explicarlo ella, fuese el joven rubio quien se adelantara y tomara la palabra.

- Elvo, permite que te presente a mi encantadora sobrina, que acaba de llegar de Tanquil.

- Será un gran placer.

- Schaine Madduc; Elvo Glissam. Ahora, Elvo, explica el significado de la SEE, pero no nos menciones ni a mí ni a mis carísimos criados, si no quieres que te ponga de patitas en la calle.

- SEE es Sociedad para la Emancipación del Erjin - dijo Elvo Glissam - . Por favor, no piense que somos unos lloricas; atacamos realmente una capital injusticia: la esclavitud de seres inteligentes.

Valtrina, con sus criados erjines, es uno de nuestros principales objetivos y acabaremos metiéndola entre rejas. A menos que dé pruebas de remordimiento y libere a sus esclavos.

- ¡Ja! Primero, hay que demostrar dos cosas... mejor dicho, tres. Empieza por demostrarme que Sim y Slim tienen más de seres inteligentes que de animales domésticos. Luego presenta una prueba patente de que prefieren estar emancipados. Por último, encuéntrame otros dos criados que sean tan dóciles y serios y tengan tanto estilo como esas dos preciosidades de colores negro y mostaza. Lo cierto es que pretendo comprar tres o cuatro más y adiestrarlos para que trabajen de jardineros.

Uno de los erjines entraba en aquel instante en la habitación con un carrito de servicio. Al mirarlo por encima del hombro, Schaine se estremeció temerosamente.

- ¿No te asustan? El macho que lisió a Kelse no era mucho mayor, si es que lo era algo.

- Si fuese yo quien gobernase - dijo Kelse - , los mataría a todos a tiros.

La voz de Glinth Isbane sonó cortante.

- Si son seres inteligentes, eso se llamaría asesinato. Si no lo son, resultaría brutalidad.

Kelse se encogió de hombros y dio media vuelta. Unos minutos antes había aparecido en escena Gerd Jemasze.

- Nosotros tememos a nuestros erjines - dijo en aquel momento - ; usted, no. A propósito, no sé de ninguna sociedad que abogue por apartar las monturas erjines de los uldras.

- ¿Por qué no funda una? - saltó irritada Glinth Isbane.

Erris Sammatzen rió entre dientes.

- Por lo que se refiere a los erjines y la SEE de Vv. Glissam, los gremios laborales están comprensiblemente inquietos: los erjines representan mano de obra barata. Probablemente a Vv. Glissam le motivan otros objetivos.

- Desde luego. La Carta Gaeana prohibe la esclavitud, y a los erjines se les esclaviza: de una manera benigna aquí, en Olanje, no tan benévolamente en Uaia. Y los mensajeros del viento, cuya función todo el mundo ignora, son pura y simplemente esclavistas.

- O domadores... si consideran que los erjines no pasan de ser bestias más o menos listas.

- No puedo entender cómo se puede domesticar a los erjines - dijo Schaine - , si he de ser sincera, ¡ no lo creo! El erjin es feroz, ¡ odia a los hombres!

- Sim y Slim son completamente dóciles - afirmó Valtrina - . Cómo y por qué, ni siquiera lo sospecho.

Sim, el erjin lacayo, pasó una vez más por el cuarto, espléndido en su librea. Al encontrar la mirada de aquellos ojos naranja opaco en el negro penacho óptico, Schaine recibió la perturbadora impresión de que el erjin entendía todo lo que transpiraba.

- Puede que prefiriese que no le castraran, ni alterasen, ni le lavaran el cerebro... o lo que los mensajeros del viento le hagan.

- Pregúntaselo - sugirió Valtrina plácidamente.

- No sé cómo.

La voz de contralto de Valtrina se tornó altanera y despreocupada.

- Entonces, ¿por qué preocuparse? Son libres de marcharse en el momento en que lo deseen. No los retengo aquí encadenados. ¿Sabes por qué trabajan en mi casa? Porque prefieren Villa Mirasol a los desiertos de Uaia. Nadie se queja, salvo la Asociación de Gremios Laborales, que supone que constituyen una amenaza para sus tablas de salarios absurdamente altos.

Valtrina movió la cabeza con gesto señorial y cruzó la sala rumbo al punto donde un par de uldras formaban el núcleo de otro grupo.

Gerd Jemasze manifestó, sin dirigirse a nadie en particular:

- No me atrevo a decir que toda esta palabrería es una pérdida de tiempo, porque la gente parece disfrutar con ella.

- Las palabras son el vehículo de las ideas - replicó Glinth Isbane con voz gélida -. Las ideas son el componente de la intelectualización.

Jemasze sonrió.

- No es una idea tan mala como puede creer. Glinth Isbane dio media vuelta y fue a reunirse con Valtrina. Kelse y Jemasze se encaminaron al bar, donde Alger les suministró refrescos. Schaine se acercó a examinar un par de lámparas uldras, esculpidas en bloques de pedernal rojo con el inconfundible estilo uldra descaradamente asimétrico. Elvo Glissam fue a reunírsele.

- ¿Le gustan esas lámparas?

- Son muy interesantes de contemplar - dijo Schaine - . Personalmente, no me importaría poseerlas.

- ¿ Ah, sí? Parecen muy audaces y aventuradas. Schaine inclinó la cabeza a regañadientes.

- Supongo que es un prejuicio que me viene de la infancia, cuando todo lo uldra se consideraba errabundo, desigual y salvaje. Ahora comprendo que los uldras conceptuaban la uniformidad como una especie de sumisión abyecta; expresaban su individualismo a través de la irregularidad.

- Tal vez trataban de sugerir regularidad presentando otra cosa: una técnica rebuscada y perfeccionada.

Schaine se pellizcó los labios.

- Dudo que los uldras razonaran tan metódicamente. Son extremadamente orgullosos y truculentos, en especial los uldras rétenos, y sospecho que sus obras de arte lo reflejan así. Es como si el artífice de la lámpara estuviese diciendo: «Así es como he querido hacer esta lámpara; a mi capricho: y si no te gusta, vete a buscar luz a otro sitio».

- Ciertamente, ese es el efecto que produce.

En el mejor de los casos, magnificencia; en el peor, una especie de enfado estridente.

- Que, en realidad, expresa el temperamento uldra.

La mirada de Elvo Glissam atravesó la habitación para ir a posarse sobre los dos uldras. Schaine le estudió por el rabillo del ojo. Decidió que le caía bien; parecía simpático, bienhumorado y sutil en sus impresiones. Por si eso fuera poco, resultaba muy atractivo con su suave pelo rubio y sus facciones agradablemente regulares. Su estatura rebasaba la media en dos o tres centímetros y su aspecto era atlético, a lo que contribuía incluso la agilidad que daban a entender las extremidades. Al volver la cabeza y percatarse de que Schaine le estaba observando, Elvo Glissam esbozó una sonrisa timorata.

- ¿Es natural de Szintarre? - preguntó Schaine, un tanto precipitadamente.

- Soy de Jennet, en Diamantha. Una ciudad aburrida en un mundo sin interés. Mi padre publica una revista farmacéutica; es muy probable que a estas horas estuviese redactando un artículo sobre algunos polvos para evitar el sudor de los pies si el abuelo no me hubiese regalado un billete de lotería el día de mi cumpleaños.

- ¿Y el billete salió premiado?

- Me tocaron cien mil peuvetés[*].

- ¿Qué hizo con ellos?

Elvo Glissam hizo un gesto de indiferencia, o acaso de modestia.

- Nada extraordinario. Saldé las deudas de la familia, le compré a mi hermana un saltanubes y deposité el resto en una cuenta a interés fijo. De modo que aquí me tiene, viviendo de unos ingresos módicos, pero adecuados.

- ¿Y qué otra cosa hace, además de simplemente vivir?

- Bueno, tengo dos o tres cosas en marcha. Trabajo para la SEE, como ya sabe, y estoy recopilando material para una antología de canciones de guerra uldras. Son músicos natos y crean unas canciones absolutamente maravillosas y que no han recibido ni la mitad de atención que merecen.

- Me crié entre esa canciones - dijo Schaine - . A decir verdad, si estuviese de humor, podría entonar ahora mismo unas cuantas realmente escalofriantes, de las que hielan la sangre.

- En otro momento, pues. Schaine se echó a reír.

- Pocas veces me asalta el deseo de quemar a mis enemigos, uno por uno, «en seis mil hogueras y seis mil tormentos».

- A propósito, se supone que el Príncipe Gris iba a venir esta noche.

- El Príncipe Gris... ¿no es ese mesías uldra, agitador de masas o algo así como un agente especial?

- Eso tengo entendido. Propugna lo que él denomina «Pan-Uldra», una federación de tribus retenas, que posteriormente integraría a las tribus de los tratados para, al final, expulsar de Uaia a los barones terratenientes. Creo que aquí lo patrocinan los redentoristas, lo que significa casi todo el mundo en Szintarre.

- ¿Incluido usted?

---

[*] Peuveté (PVT: Patrón Valor-Trabajo): unidad monetaria de la Vastedad Gaeana, representada por el valor de una hora de trabajo de operario no cualificado, en condiciones normales. Como tal unidad, el peuveté desbanca a todos los demás patrones monetarios, ya que se deriva del único producto invariable del universo humano: el esfuerzo.

- Bueno... no me gustaría reconocerlo ante la hija de un barón terrateniente. Schaine suspiró.

- En realidad, a mí me tiene sin cuidado. Voy a volver a vivir en Morningswake, y estoy firmemente decidida a no pelearme con mi padre.

- ¿No se está colocando en una posición difícil? Noto en usted cierto sentido de justicia y juego limpio...

- En otras palabras, que soy redentorista, ¿no? Pues, no sé qué decir. Morningswake es mi hogar, y me han educado para creer... Pero si realmente no tengo derecho a vivir allí, ¿debo empeñarme en conservarlo? Si he de ser sincera, me alegro de que mi opinión no tenga ningún peso específico, así puedo disfrutar del placer de ir a mi casa sin sufrir remordimientos de conciencia.

Elvo Glissam soltó una carcajada.

- Al menos, es franca. Si yo fuese usted, sentiría lo mismo. ¿Kelse es hermano suyo? ¿Quién es el hombre de pelo moreno y dolor de estómago?

- Gerd Jemasze, de Suaniset, el dominio contiguo al nuestro. Que recuerde, siempre ha sido altanero y taciturno.

- Creo que alguien dijo - probablemente Valtrina - que un erjin atacó a Kelse.

- Si, fue absolutamente espantoso, y los erjines aún me aterran. No puedo creer que esas gigantescas bestias estén domesticadas.

- Hay muchas clases de seres humanos; quizás haya también diversas clases de erjines.

- Quizá... Cuando veo esas enormes fauces y esos horribles brazos me acuerdo del pobrecito Kelse, con el cuerpo desgarrado, cubierto de dentelladas.

- Es un milagro que esté vivo.

- Hubiera muerto de no ser por un muchacho uldra al que llamamos Muffin, que se presentó con un arma de fuego y voló la cabeza al erjin. Pobre Kelse. Y pobre Muffin, también.

- ¿Qué fue de Muffin?

- Es una larga y sórdida historia. No deseo hablar de ello.

Guardaron silencio durante unos segundos.

- Salgamos a la terraza y contemplemos ese mar - propuso luego Elvo Glissam - que usted sobrevolará mañana.

A Schaine le pareció una idea agradable, y salieron a la cálida noche. A través de las frondas, las luces de Olanje esparcían sus fulgores formando una alargada media luna irregular; en las alturas del espacio flotaban las estrellas de la Vastedad Gaeana, muchas de las cuales parecían brillar con un significado extra para los poblados mundos circundantes.*

- Hace una hora - dijo Elvo Glissam - , usted no era ni siquiera un nombre, y en este momento Schaine Madduc está ante mí y lamentaré mucho verla marchar. ¿Está segura de que prefiere Uaia a Olanje?

- Me muero de ganas de estar en casa.

- ¿Aquello no es monótono, desolado y deprimente?

- ¡Claro que no! ¿Dónde ha oído semejantes tonterías? ¡Uaia es fantástica! El cielo es tan infinito, los horizontes son tan remotos... que montañas, valles, bosques y lagos se pierden en el paisaje. La luz y el aire lo bañan todo; no tengo palabras para describir el efecto que causa Uaia, salvo afirmarle que se le mete a uno en el alma. Durante los últimos

* En los mundos de la Vastedad Gaeana y del Cúmulo Alastor, especialmente en los que tienen poblaciones rurales, ha surgido una nueva profesión: la de especialista en nombramiento de estrellas y saberes estelares. A cambio de unos honorarios, ese profesional anima las reuniones nocturnas con sus historias, maravillas y descripciones de los mundos que rodean a las estrellas, colocándolos al alcance de la visión y la imaginación de los presentes.

cinco años, he echado terriblemente de menos Morningswake.

- Consigue que Uaia parezca interesante.

- Ah, es interesante, pero no es un lugar tranquilo. Uaia suele ser cruel... la mayor parte de las veces. Si hubiese visto como destrozan el ganado los erjines salvajes, puede que dejara de ser tan pro erjin.

- ¿Ve? ¡No me ha entendido bien! ¡No soy pro erjin! Soy antiesclavista, y los erjines son esclavos.

- ¡Los erjines salvajes, no! ¡Si estuviesen esclavizados, mejor sería!

Elvo Glissam se encogió de hombros con indiferencia.

- Jamás he visto un erjin salvaje, y no es probable que tenga ocasión de verlo. Se han extinguido por completo aquí, en Szintarre.

— Venga a Morningswake; verá tantos erjines salvajes como guste.

— Aceptaría esa invitación si creyera que me la hace en serio - dijo Elvo Glissam en tono más bien melancólico.

Schaine vaciló apenas un segundo, aunque la invitación la había formulado un poco a la ligera, sin pensar en concretarla específicamente.

- Sí, la hice en serio.

- ¿Qué va a decir Kelse? ¿Qué va a decir su padre?

- ¿Por que iba a importarles? A todos los invitados se les recibe bien en Morningswake.

Elvo Glissam reflexionó unos instantes.

- ¿A qué hora despega?

- Por la mañana temprano. Volaremos con Gerd Jemasze hasta Galigong, en el límite del Reteño; allí estará mi padre esperándonos. Mañana, a la puesta de sol, llegaremos a Morningswake.

- ¿No me considerará su hermano un desahogado?

- ¡Claro que no! ¿Por que iba a pensar tal cosa?

- Muy bien, pues. Acepto de mil amores. La verdad es que estoy incluso emocionado. Y mucho. - Elvo Glissam enderezó el cuerpo, apoyado hasta entonces en la balaustrada - . Así que, dado el caso, no tengo más remedio que abandonar esta fiesta, para irme a poner unas cuantas prendas de ropa en la maleta y arreglar algunas cosas. Me reuniré con usted en su hotel a primera hora de la mañana.

Schaine le tendió la mano.

- Entonces, adiós, hasta mañana.

Elvo Glissam inclinó la cabeza y besó los dedos de la joven.

- Buenas noches.

Dio media vuelta y se retiró. Schaine le contempló alejarse, con una semisonrisa en los labios y una suave y cálida presión en la garganta.

Al cabo de un momento, siguió los pasos de Elvo, entró en la casa y vagó de sala en sala hasta llegar a la cámara que Valtrina llamaba la kachemba, en honor de los lugares sagrados de los uldras, donde encontró a Kelse y Gerd Jemasze, que discutían la autenticidad de los fetiches antiguos de Valtrina.

Kelse tomó una máscara de la blasfemia[*] y se cubrió la cara con ella.

- Huele a humo de gabout y en los agujeros de la nariz hay cierto tufo a algo que parece dilf.

Schaine dejó oír una risita entre dientes.

[*] Máscara de la blasfemia: los hechiceros uldras se atavían con máscaras de arcilla cocida hechas a imagen y semejanza de sus enemigos, así como con todo el equipo y los ornamentos de casta de que dispongan; después visitan la kachemba o el santuario secreto perteneciente a la tribu del enemigo y allí blasfeman y maldicen a los dioses tutelares de dicha tribu, con la esperanza de que tales dioses se venguen luego en la persona representada.

- Me pregunto cuántas máscaras con vuestra efigie estarán en otras tantas kachembas.

- No te quepa la menor duda de que hay varias de ambos - afirmó Gerd - . Nuestros faces no son tan dóciles como vuestros aos. El año pasado, en los Claros de Kaneel, eché un vistazo dentro de una kachemba. Te aseguro que la habían construido como representación de Suaniset.

- ¿En cuanto a máscaras?

- Sólo dos: la mía y la de mi padre. La máscara de mi padre llevaba una capucha roja. Misión cumplida.

Dos años atrás, una carta de Kelse había informado a Schaine del asesinato de Palo Jemasze,

el padre de Gerd, cometido mediante la instrumentalización de un tiburón del cielo uldra.

- El dios tutelar pilotaba en este caso un tiburón del cielo - observó Kelse.

Jemasze asintió con una breve inclinación de cabeza.

- Una o dos veces por semana tomo mi *Dacy* y salgo de caza. Hasta ahora, no he tenido ninguna suerte.

Schaine decidió cambiar de tema.

- He invitado a Elvo Glissam a pasar unos días en Morningswake.

- ¿Elvo Glissam? ¿El defensor de la SEE?

- Sí. Nunca ha visto un erjin salvaje. Le dije que le buscaríamos uno. ¿Te importa?

- ¿Por qué iba a importarme? Es bastante decente.

Regresaron los tres al salón principal. Al dirigir la mirada hacia el extremo de la estancia, los ojos de Schaine tropezaron con la alta figura de un joven uldra que vestía ropas de cacique de Aluan, aunque éstas, más que rojas o rosadas, eran de apagado color gris. Era un hombre singularmente apuesto, con su piel azul como el mar y la decolorada cabellera reluciente de puro blanca. Schaine se le quedó mirando, sobresaltada y asombrada. Luego, desorbitados los ojos, se volvió hacia Kelse.

- ¿Qué hace aquí?

- Es el Príncipe Gris - informó Kelse - . En Olanje, está por todas parte.

- ¿Pero cómo... por qué...?

- De una u otra manera - explicó Kelse - , le han convencido para que se erija en el salvador de su raza.

Gerd Jemasze emitió un resoplido de burla sardónica y Schaine se enfureció con los dos. Gerd era un patán congénito; Kelse se había vuelto tan refunfuñón y cabezota como su padre... Schaine se dominó. Al fin y al cabo, Kelse había sufrido la pérdida de un brazo y de una pierna. La pérdida sufrida por ella - caso de que ««pérdida»» fuese la palabra adecuada - era insignificante en comparación... Al recorrer el cuarto con la mirada, el Príncipe Gris vio a Schaine. Con un movimiento de sorpresa jubilosa, inclinó la cabeza hacia adelante y luego la echó hacia atrás. Atravesó la estancia en cuatro zancadas para plantarse delante de Schaine.

- Hola, Muffin - articuló Kelse en tono fastidiado - . ¿Qué te trae por aquí?

El Príncipe Gris irguió la cabeza y se echó a reír.

- ¡«Muffin» se acabó! Debo identificarme con mi imagen pública. - Un deje de acento uldra confería a su voz cierto matiz alegre e importuno - . Para mis amigos de la infancia, soy «Jorjol» o, si insistes en el protocolo: «Príncipe Jorjol».

- No creo que insistamos en el protocolo - dijo Kelse - . Probablemente recuerdas a Gerd Jemasze, de Suaniset.

- Lo recuerdo con toda claridad. - Jorjol tomó la mano de Schaine, se inclinó la besó - . A pesar de todo, tú puedes seguir llamándome «Muffin», si quieres, pero... - miró en derredor; sus ojos resbalaron por encima de Kelse y Gerd, a los que relegó a un segundo

plano - preferiría que aquí no lo hicieses. ¿Dónde estuviste? ¿Verdad que llevas cinco años ausente?

- Cinco años completos.

- Parece una eternidad. ¡Cuánto has cambiado!

- Da la impresión de que te las has arreglado fabulosamente. Tengo entendido que aquí, en Olanje, estás en boca de todos... aunque ignoraba que el Príncipe Gris fueras tú.

- Sí, he recorrido una gran distancia y pretendo cubrir otra igual de larga... aun a riesgo de incomodar a mis amigos. - Su mirada incluyó ahora a Kelse y Gerd; después volvió a enfocarla sobre Schaine - . ¿Y que piensas hacer ahora?

- Mañana vuelvo a Morningswake. Nos reuniremos con mi padre en Galigong y desde allí volaremos a casa.

- ¿Como una «intransigente»?

- ¿Qué es «intransigente»? Con voz hastiada, Kelse explicó:

- Lo contrario de «redentorista», más o menos, supongo.

- Soy yo misma, ni más ni menos, y no tengo intención de pelearme con nadie.

- Puede que encuentres más dificultades de lo que piensas.

Sonriente, Schaine denegó con la cabeza.

- Padre y yo nos adaptaremos el uno al otro. Como muy bien sabes, no es ni cruel ni irrazonable.

- ¡Es una fuerza de la naturaleza! Las tempestades, los relámpagos, los torrentes... tampoco son crueles ni irrazonables, pero no se les puede vencer con la bondad y el raciocinio.

La risa de Schaine fue triste.

- ¿Y tú intentas vencer a mi pobre padre?

- He de hacerlo. Soy redentorista. Trato de recobrar para mi pueblo las tierras que perdieron, arrebatadas por la violencia de vuestro pueblo.

Gerd elevó los ojos al techo y medio se dispuso a marchar.

- Hablando de mi padre - dijo Kelse - , hoy he recibido carta suya... una carta de lo más curiosa. También habla de ti. Escucha lo que dice: «Puede que alternes con ese bribón de Jorjol. Si es así, procura meterle en la sesera un poco de sentido común, por su propio bien. Quizá no le atraiga ya la perspectiva de hacer carrera en Morningswake; a pesar de ello, dile que cuando le estalle la pompa, aquí le recibiremos con los brazos abiertos, por razones que todos conocemos. Acabo de regresar de los Volwodes y estoy deseando verte. He corrido unas aventuras estupendas y tengo una historia maravillosa que contarte, una broma formidable, la broma más prodigiosa y extraordinaria, que me ha dado diez años más de vida y que muy bien puede divertir y resultarle edificante a Jorjol...». Bueno, esto es todo lo que hay en la carta acerca de ti. Jorjol alzó las desteñidas cejas blancas.

- ¿A qué clase de broma se refiere? A mí las bromas no me interesan.

- No sé qué clase de broma puede ser; estoy impaciente por enterarme.

Jorjol se pellizcó la larga nariz, cuya colgante punta uldra al parecer se había recortado quirúrgicamente.

- Que recuerde, Uther Madduc nunca fue un gran humorista.

- Cierto - confirmó Kelse - . Con todo, es una persona mucho mas compleja de lo que uno puede imaginar.

Jorjol meditó unos instantes.

- Recuerdo principalmente a tu padre como hombre dominado por las rigideces de la etiqueta. ¿Quién sabe qué clase de persona es en realidad?

- Los acontecimientos externos nos configuran a todos - declaró Kelse.

Al sonreír, Jorjol mostró una dentadura todavía más blanca que el pelo.

- ¡Jamás! ¡Yo soy yo y soy como soy porque he querido hacerme así!

Schaine no pudo reprimir una risita nerviosa.

- ¡Cielos, Muffin... Jorjol... Príncipe Gris... o como quiera que te llames... tu vehemencia nos deja a todos acoquinados!

La sonrisa de Jorjol se suavizó un poco.

- Me conoces y sabes que soy una persona vehemente.

Valtrina le llamó desde la otra punta de la sala y Jorjol se inclinó y, tras la reverencia y una última mirada a Schaine, se alejó.

Schaine exhaló un profundo suspiro.

- Absolutamente verídico: siempre fue vehemente.

Se les reunió Erris Sammatzen.

- Parecen conocer íntimamente al Príncipe Gris.

- Sí, ese es Muffin - dijo Kelse - . Padre lo encontró en la linde del Reteno, cuando era pequeño: le habían abandonado. Padre le llevó a casa, le puso al cuidado de un mayordomo ao y todos nosotros crecimos juntos.

- Padre siempre tuvo debilidad por Muffin - musitó Schaine - . Cada vez que cometíamos alguna fechoría y nos pillaban en flagrante delito, Kelse y yo no nos íbamos sin recibir un par de cachetes, en cambio a Muffin se le endosaba un sermoncito y listo.

- La verdad - dijo Kelse - para eso se necesita casi tanta paciencia como para la etiqueta antes aludida. Uno nunca golpea a un azul.

La mirada de Sammatzen fue a posarse en el grupo de uldras que se encontraban en el extremo opuesto del salón.

- Tienen un aspecto impresionante. No creo que deseara golpear a ninguno de ellos.

- Le mataría de una cuchillada, pero no le devolvería el golpe. Entre los uldras, sólo las mujeres pelean con las manos limpias; la lucha femenina es un espectáculo muy popular.

Sammatzen miró a Kelse con curiosidad.

- Los uldras no le resultan muy simpáticos, ¿eh?

- Me caen bien algunos; nuestros aos se comportan estupendamente. Kurgech, el chamán, es uno de los amigotes de mi padre. Hemos puesto fin a las peleas femeninas y a unas cuantas costumbres desagradables. Pero no hemos podido terminar con algunos de los ritos de brujería que practican.

- Parece que a Jorjol no le criaron como uldra.

- No se le crió como nada. Vivía con el mayordomo ao, pero estudiaba con nosotros, jugaba con nosotros y vestía ropas gaeanas como nosotros. Realmente, nunca le consideramos un azul.

- Yo le adoraba - confesó Schaine - , sobre todo después de que salvara a Kelse de las garras de aquel erjin.

- ¡Claro! ¿Fue ése el erjin que le destrozó el brazo y la pierna?

Kelse asintió con una cortante inclinación de cabeza; le hubiera gustado cambiar de tema, pero Schaine dijo:

- Ocurrió a sólo tres kilómetros al sur de la casa. Un erjin salió de detrás del Skaw y empezó a tirar mordiscos a Kelse. Jorjol corrió hasta la bestia y le voló la cabeza de un disparo. Justo a tiempo, ya que, de no haber actuado Muffin con tal diligencia, Kelse no estaría ahora con nosotros. Padre quiso hacer algo maravilloso por Jorjol... - Schaine se interrumpió, mientras recordaba aquellas escenas sucedidas cinco años atrás - . Pero hubo problemas emocionales. Jorjol se volvió *aurau*[*]. Se marchó y no volvimos a verle, aunque supimos por Kurgech que había ido al país de los rétenos para vivir con los garganches. Era de origen garganche - su tatuaje de nacimiento así lo indicaba - , de modo que

[*] Aurau: término intraducible, se dice del miembro de tribu que rechaza las restricciones de la civilización; también se aplica, a veces, a un animal enjaulado que ansia la libertad.

descartamos la posibilidad de que le hubieran «arrastrado».

- «Arrastrar» es lo que hacen los azules con los miembros de las tribus enemigas - explicó Kelse - . Una de las cosas que les hacen, diría yo.

Schaine dirigió la vista hacia Jorjol, que se hallaba en el otro lado del cuarto.

- Y esta noche nos lo encontramos en Villa Mirasol. Esperábamos que hiciese carrera, pero no así.

- Padre pensaba en algo como capataz ganadero o administrador - dijo Kelse secamente.

- Convendrá conmigo - observó Sammatzen- en que para un uldra ambicioso existen pocas oportunidades de mejorar.

Gerd Jemasze resopló con desabrido sarcasmo.

- Lo que quiere el azul ambicioso es asaltar, conseguir rescate o robar suficiente dinero para comprarse un tiburón celeste. Tiene tantas ganas de ser maestro o ingeniero como usted de montar un erjin.

- Ese es un deseo que puedo dominar.

- Piense un momento - le dijo Kelse - . Los azules pueden venir a Szintarre siempre que les apetezca; nada les impide asistir a la escuela de Olanje y aprender una profesión. ¿Cuántos lo hacen? Muy pocos, si es que lo hace alguno. Todos los azules de Olanje son agitadores y seres domésticos redentoristas; el único objetivo de su existencia es arrebatar a los barones terratenientes las tierras del Tratado.

- Parece que tienen la sensación de que esa tierra es suya - comentó Sammatzen.

- Es suya si consiguen quitárnosla - dijo Kelse - . Si no lo consiguen, es nuestra.

Sammatzen se encogió de hombros y dio media vuelta.

- Vale más que nos retiremos. - Kelse se dirigió a Schaine - . Mañana va a ser un día muy largo.

Schaine no protestó. Junto con Gerd Jemasze, se despidieron de Valtrina y abandonaron Villa Mirasol.

Era muy tarde. Schaine estaba inquieta. Salió al balcón y se quedó allí, bajo las estrellas. El mar permanecía en calma: la ciudad se había ido a dormir; sólo brillaba alguna que otra luz, aquí y allá, a lo largo de la costa y entre la fronda que cubría la ladera de la colina. No se percibía el menor ruido, aparte el rumor de las olas... Un día repleto de acontecimientos. Kelse, Gerd Jemasze, tía Val, Muffin (el Príncipe Gris): todos ellos parte integrante de su infancia, todos ellos cambiados: su entonces elemental naturaleza se había refinado e intensificado. Ella regresaba a casa en busca de una tranquilidad que parecía perdida, desaparecida para siempre. A su mente afluyeron algunos rostros. Kelse: más conciso y cínico de lo que ella se hubiese atrevido a esperar. Kelse había madurado muy deprisa; de toda su gracia juvenil no quedaba más que el recuerdo. Gerd Jemasze: un hombre duro, áspero, con alma de piedra... Muffin, o Jorjol, como debía llamársele ahora: tan arrogante, hábil e ingenioso como siempre. ¡Que fatídico resultaba que la agencia que le había proporcionado sustento y educación, incluso la vida - o sea, Morningswake - fuese ahora el objetivo del ataque redentorista!... ¡Elvo Glissam! Schaine notó un cálido sofoco, un latido anhelante. Confió en que Elvo Glissam se quedase en Morningswake unas semanas, unos meses. Le llevaría a las Canteras de Opal, al Lago de los Velos, al Claro de Sanhredin, al Bosque Mágico y al pabellón del monte de Mayo. Le pediría a Kurgech que organizase un gran *karoo*[*] Elvo Glissam aportaría animación a Morningswake, donde llevaban cinco años sin disfrutar de ninguna: cinco años amargos, cinco años desperdiciados.

[*] Karoo: fiestas uldras en cuyo programa figuran banquetes, música, baile, declamación, competiciones atléticas, etc. Un karoo normal ocupa una noche y un día: un gran karoo se prolonga durante tres días y sus correspondientes noches, e incluso más. Los karoos de las tribus retenas son salvajes y, en muchos casos, macabros.

3

Sobre el mar Persimmon, surcaba el aire el vehículo utilitario de Suaniset, un desgalichado *Ápex A-15,* tan desprovisto de elegancia o estilo que Schaine sospechaba que, al usarlo, Gerd Jemasze sólo pretendía manifestar su desprecio hacia las modas y extravagancias de Olanje.

- Todo esto es muy lujoso - comentó Schaine - , ¿pero dónde está el *Salón Hybro?*

Gerd Jemasze fijó el piloto automático rumbo a Galigong y se volvió en el asiento.

- El *Hybro* lo tengo en el taller. Estoy esperando unos nuevos dexodos.

El *Suaniset Hybro* era un recuerdo infantil de Schaine. Preguntó a Kelse:

- Supongo que padre sigue volando en el escacharrado *Sturdevant,* con su ventanilla rota y todo, ¿no?

- Sí, es eterno. El año pasado arreglé la ventanilla.

Schaine informó a Elvo Glissam:

- En nuestros dominios, la vida discurre con serenidad. Tenemos unos antepasados sensatos y laboriosos: lo que era bueno para ellos es bueno para nosotros.

- Tampoco nos hemos aletargado del todo - terció Kelse - . Hace doce años plantamos ochenta hectáreas de viñedo y el año que viene estaremos produciendo vino.

- Eso parece interesante - dijo Schaine - . Podremos venderlo más barato que el de importación; hasta es posible que acabemos convertidos en grandes magnates del mercado vinícola.

- Creí que todos eran ya ricos - declaró Elvo Glissam - , con tantas tierras, montañas, ríos y minerales.

Kelse dejó escapar una risita irónica.

- Somos granjeros de mera subsistencia. No disponemos de mucho efectivo.

- Tal vez pueda asesorarnos en la cuestión de la lotería - sugirió Schaine.

- Con mucho gusto - se brindó Elvo Glissam - . Pero les aconsejo que inviertan en cualquier otra cosa. Por ejemplo, en montar un centro turístico con puerto deportivo en alguna de esas preciosas islas de ahí abajo, a disposición de dueños de yate y amantes de la náutica.

- La navegación por el mar Persimmon es un asunto arriesgado - manifestó Kelse - . A veces, los morfotas abordan un yate, asesinan a la tripulación y a los pasajeros y se apoderan de la nave.

- Debe ser todo un espectáculo - comentó Gerd Jemasze.

Elvo Glissam esbozó una mueca.

- Koryfon es un mundo cruel.

- Suaniset es bastante apacible - aseguró Gerd Jemasze.

- Y Morningswake también - adujo Kelse -. Jorjol intenta explicar a nuestros aos lo malas que son las cosas y los aos se le quedan mirando, sin saber de qué les habla. Así que Jorjol pronuncia ahora sus arengas en Olanje.

- Jorjol dista bastante de dar la imagen del reformador clásico - opinó Elvo Glissam -. En realidad es un individuo un tanto complicado. ¿Qué motivos pueden impulsarle? Al fin y al cabo, el padre de ustedes fue su benefactor.

Schaine continuó sentada en silencio. Gerd Jemasze enarcó la cejas mientras bajaba la vista hacia las islas Mermione.

- La verdad es que no hay ningún misterio - dijo Kelse - . Padre tiene una escala de valores muy rígida. A primera vista, puede parecer que Jorjol, Schaine y yo nos criamos

como iguales, pero aunque fuimos siempre compañeros de juegos lo cierto es que tampoco se intentó en ningún momento encubrir la verdadera situación. Nosotros éramos outkeros; Jorjol era un azul. Nunca se sentó a la mesa del Gran Comedor; siempre comió en la cocina, lo que no pudo por menos, supongo, que despertar en él un rencor mucho más intenso de lo que está dispuesto a reconocer. Luego, durante el verano, cuando nosotros dos nos trasladábamos a Olanje para visitar a tía Val, a Jorjol se le enviaba al rancho para que se familiarizara y aprendiese lo relativo al negocio, ya que padre pretendía nombrarle capataz ganadero.

Elvo Glissam asintió gravemente y se abstuvo de formular mas preguntas.

El rosáceo sol flotaba en lo alto del cielo; el *Ápex* atravesó un banco de cúmulos, al otro lado del cual se pudo distinguir, trazada en el horizonte septentrional, la silueta de Uaia. A través de la neblina fueron apareciendo detalles: acantilados, playas, promontorios; poco a poco, los colores empezaron a diferenciarse: castaño claro, ocre, negro, blanco amarillento y marrón. Se acercó la costa; una península se destacó de la masa del continente para configurar una larga y estrecha ensenada. En el extremo se agrupaban media docena de almacenes, unas cuantas hileras de chozas y cabañas y un destartalado hotel de madera pintada de blanco, medio construido sobre el agua, en un muelle sustentado por un centenar de combos pilotes.

- Galigong - anunció Kelse - . El principal puerto marítimo de Retenia.

- ¿Queda muy lejos Morningswake?

- A unos mil trescientos kilómetros. - Kelse examinó el terreno a través de los prismáticos - .

No veo el *Sturdevant,* pero es que creo que llegamos un poco temprano. Los hilgados están celebrando un karoo en su campamento de la ribera. Creo que está en pleno apogeo un combate de lucha femenina.

Ofreció los prismáticos a Elvo Glissam, que tuvo que contentarse con vislumbrar apenas un confuso remolino de formas con semblante azul y vestiduras de colores blanco, rosa y amarillo.

Aterrizó el aerocoche; los cuatro pasajeros echaron pie a tierra y se apresuraron por el suelo calcáreo de Uaia, a través del crepitante resplandor rosado, hacia el abrigo del hotel. Entraron en una venta sombría, iluminada sólo por una fila de ojos de buey con cristal verdoso. Se adelantó el posadero: un outkero bajo y gordo, en cuya cabeza apenas quedaban unos cuantos rizos, cuya nariz parecía una mazorca aplastada y cuyos melancólicos ojos castaños parecían a punto de caérsele por los extremos de las órbitas.

- ¿Algún recado de Morningswake? - preguntó Kelse.

- No señor, ni una palabra. Kelse bajó la mirada hacia su reloj.

- Supongo que hemos llegado un poco antes de la cuenta. - Se acercó a la puerta, echó un vistazo al cielo y volvió sobre sus pasos - . Almorzaremos algo. ¿Qué puede servirnos?

El mesonero meneó tristemente la cabeza.

- Poca cosa, me temo. Puedo freírles un poco de *spernum.* Creo que nos quedan un par de tarros de pólipos en conserva y le diré al chico que vaya a buscar una ensalada de hierbas de roca. También puedo servirles esa tarta de azúcar de allí, pero no se la recomiendo demasiado.

- Bueno, prepare el mejor almuerzo que pueda. Mientras, tráiganos unas jarras de cerveza fría.

- Lo más fría posible, señor.

Apareció el almuerzo: una comida bastante menos deficiente de lo que la cortedad del patrón permitía suponer. Los cuatro se sentaron en el muelle, a la sombra del hotel, de cara al norte y frente al campamento hilgado establecido en la otra orilla de la bahía. El

mesonero confirmó que se estaba celebrando un karoo.

- Pero no se dejen tentar por la curiosidad; están borrachos de *raki;* si se atreven a acercarse, les tratarán lo que se dice mal. Esta mañana ya ha habido tres luchas femeninas y ocho *rascoladas,* y por la noche tendrán lanzamiento desde la rueda.

El hombre hizo un gesto de advertencia y volvió a meterse en el hotel.

- Todos esos términos son de lo más misterioso - dijo Elvo Glissam - . Ninguno suena atractivo.

- Su instinto es certero - corroboró Kelse. Señaló con el dedo la ladera achicharrada por el sol - . ¿Alcanza a ver esas jaulas y gayolas? Ahí es donde los prisioneros esperan el rescate. Al cabo de un par de años, si nadie ha pagado ese rescate, al cautivo se le suelta para que pruebe suerte con la carrera. Echa a correr, perseguido por guerreros armados con lanzas y a lomos de erjines. Si el rehén consigue cubrir la carrera y llegar vivo a la meta, le ponen en libertad. Eso es la rascolada. La rueda... ¿ve esa estructura con el contrapeso? El contrapeso, una vez colocado, actúa de freno. Al cautivo se le ata a la rueda. Se suelta el contrapeso y la rueda empieza a girar. En determinado punto, se cortan de un tajo las cuerdas que sujetan al prisionero y este sale despedido hacia aquellos salientes de roca que emergen cerca de la orilla. A veces, cae en el agua y los morfotas se hacen con él. La diversión continúa hasta que se acaban los prisioneros. Simultáneamente, los hilgados animan más la juerga comiendo carne de morfota a la barbacoa, bebiendo matarratas y tramando batidas para capturar más prisioneros.

A Schaine le desagradaba aquel tema de conversación, no quería que Kelse y Gerd Jemasze imbuyeran sus prejuicios en la todavía abierta mentalidad de Elvo Glissam.

- Los hilgados - aclaró - no son un pueblo representativo de los uldras. A decir verdad, son parias.

- Son parias porque carecen de tierras y kachembas tradicionales - explicó Gerd Jemasze - , no porque sus costumbres se salgan de lo corriente.

Schaine se dispuso a puntualizar que la explicación de Gerd Jemasze sólo podía aplicarse a las tribus retenas y que los uldras tratados, así como los aos de Morningswake, eran considerablemente menos salvajes y crueles; pero la muchacha se mordió la lengua al notar el brillo sardónico de los ojos de Gerd Jemasze.

Transcurrieron las horas. A media tarde, Kelse telefoneó a Morningswake; en la pantalla polvorienta y llena de manchas de insectos ubicada en un rincón de la taberna apareció la imagen de Reyona Werlas-Madduc, ama de llaves de Morningswake y prima tercera de Schaine y Kelse. Una imagen que iba y venía, mientras la voz vibraba a través de los viejos filamentos.

- ¿Que no ha llegado todavía a Galigong? ¡Por todas las estrellas! Ya debería estar ahí; salió de Morningswake por la mañana temprano.

- Bueno, pues aquí no está. ¿Comentó si pensaba ir antes a cualquier otro sitio o si tenía que cumplir algún encargo en algún otro punto que le pillase de camino?

- A mí no me dijo nada. ¿Está Schaine contigo? Déjame saludar a la pequeña y querida Schaine.

Schaine se acercó e intercambió los oportunos saludos con Reyona; después, Kelse volvió a hacerse cargo del teléfono.

- Si llama padre, explícale que le estamos esperando en el Hotel Galigong.

- Se presentará ahí de un momento a otro... Puede que haya hecho un alto en Trillium para tomar un par de copas con Dm. Hugo, ¿no?

- Es poco probable - repuso Kelse - . Tendremos que seguir esperando hasta que llegue.

Se consumió la tarde; el sol se hundió en el mar Persimmon, entre nubes

resplandecientes y rayos que surcaban el ocaso. Schaine, Kelse, Elvo Glissam y Gerd Jemasze, sentados en el malecón, de cara al oeste, contemplaban las plácidas aguas. La intranquilidad flotaba en el aire.

- No se retrasaría tanto de no haber tropezado con alguna dificultad seria - declaró Kelse - . Estoy casi seguro de que se ha visto obligado a aterrizar en algún punto de la travesía. Y dos terceras partes de la ruta es territorio reteno: garganche, hunge y kian.

- ¿Por que no pediría ayuda por radio? - preguntó Schaine.

- Pueden haber ocurrido una docena de cosas - dijo Gerd Jemasze - . Seguramente lo encontraremos en algún lugar a lo largo de la ruta entre Galigong y Morningswake.

Kelse soltó un taco entre dientes.

- En la oscuridad nos será imposible verle; no tenemos mas remedio que esperar a mañana. - Se alejó para concertar el alojamiento y volvió más desconsolado que nunca - . El hotelero tiene dos habitaciones con cama y dice que colgará dos hamacas. Pero no sabe si podrá darnos de cenar.

Hubo cena, sin embargo, compuesta por una adecuada fuente de trepadoras areneras escalfadas en agua de mar, con acompañamiento de guanábanas y coles fritas. Cuando acabaron de comer, los cuatro fueron a sentarse una vez más en el muelle. Impulsado por un arrebato de celo hostelero, el patrón puso un mantel sobre el velador que ocupaban y les sirvió un postre de bizcochos y frutos secos, con un puchero de té de verbena.

La conversación del cuarteto fue languideciendo. Durante cierto tiempo, las llamas de las hogueras de los hilgados alcanzaron bastante altura, pero fueron disminuyendo paulatinamente hasta reducirse a temblorosas llamaradas, que acabaron consumidas entre chispazos rojos. El oleaje que se desplazaba bajo el malecón producía un soporífero y triste rumor; empezaron a surgir constelaciones en el cielo; las magníficas Grifeidas, Orfeo, con su laúd formado por ocho estrellas azules, Miralda la Hechicera y su rutilante Fenim a guisa de diadema, y en la zona inferior del sureste, los celajes estelares del Cúmulo Alastor. Schaine pensó en lo agradable que podía haber resultado aquella velada, de ser distintas las circunstancias. Estaba deprimida, un sentimiento que se diferenciaba bastante de la preocupación por Uther Madduc. El adorable señorío de Morningswake se había convertido en vórtice de emociones desagradables, y ya no estaba muy segura acerca de sus simpatías fundamentales. Desde luego, no respecto a su padre, suponía, aunque eso daba igual; de cualquier modo, le amaba.

Se preguntó: «Entonces, ¿por qué detesto tan intensamente a Gerd Jemasze?». Tenía opiniones idénticas a las de Uther Madduc y no era menos ingenioso y seguro de sí que él. Schaine miró hacia la baranda, donde conversaban Elvo Glissam y Gerd Jemasze. Ambos tenían más o menos la misma edad y eran físicamente agraciados; ambos se sentían orgullosos de su propia personalidad. Elvo era afectuoso, impulsivo y feliz, simpático e idealista, y se consideraba obligado a cumplir sus propios objetivos morales. Por contra, Gerd Jemasze ocultaba sus sentimientos bajo una máscara de frialdad; su humor era cáustico; su código ético - caso de que pudiera denominarse así - se basaba en un pragmatismo al servicio de sí mismo... Las palabras de su diálogo se desplazaban por el aire de la noche; hablaban de morfotas y erjines. Schaine escuchó.

- ... algo peculiar - decía Gerd - . Los paleontólogos descubrieron un testimonio fósil de la evolución morfota, desde su fase de criatura similar a la trepadora que comimos en la cena. Los erjines no han dejado ningún fósil. La sustancia de su esqueleto se desintegra al cabo de pocos años, de manera que la secuencia evolutiva no está en absoluto clara; nadie sabe cómo se reproducen y crían.

- A excepción de los mensajeros del viento - terció Kelse.

- ¿Cómo domestican los mensajeros del viento a los erjines? ¿Los capturan cuando son cachorros? ¿O trabajan con adultos?

- Uther Madduc podrá darle más detalles que yo; acaba de volver del Palga.

- Tal vez sea esa su «historia maravillosa»

- sugirió Kelse.

Gerd Jemasze se encogió de hombros.

- Según tengo entendido, los mensajeros del viento incuban los huevos de erjin y adiestran a las crías. Los erjines salvajes son telépatas; quizá los mensajeros del viento bloquean esa facultad. ¿Cómo? Pues sé tanto como usted.

Kelse y Gerd Jemasze optaron por dormir en los amplios canapés del *Ápex* y se retiraron. Elvo y Schaine caminaron hasta el extremo del muelle, donde se sentaron en el casco de un bote de remos volcado. Las estrellas se reflejaban en las aguas oscuras. Las fogatas hilgadas se habían consumido del todo; desde algún lugar de la orilla llegaban acordes musicales: gemidos vacilantes acentuados por voces de bajo emitidas en tono plañidero. Elvo Glissam aguzó el oído.

- ¡Qué sonido más espantoso!

- La música azul no tiene nada de alegre - dijo Schaine - . Por otra parte, los azules consideran toda la nuestra un tachín tachan insípido.

Se hundieron en el silencio las últimas notas musicales hilgadas. Elvo y Schaine escucharon el chapoteo de las olas contra los pilotes del embarcadero.

- Esta no puede ser una ocasión muy excitante para usted - comentó Schaine - . Desde luego, esta complicación no entraba en nuestros planes.

- ¡No hable de ello! Espero que no sea más que una simple complicación.

- También yo lo espero. Como dice Gerd, padre va armado y, si su vehículo se ha visto obligado a tomar tierra, mañana lo encontraremos.

- No quisiera parecer pesimista - dijo Elvo - , ¿pero cómo puede estar tan segura? Es mucha la distancia entre Galigong y Morningswake. La extensión de territorio sobre la que puede haber pasado es realmente inmensa.

- Siempre volamos con el piloto automático conectado, de un punto de destino a otro, sólo por si se da el caso de que el aerocoche tenga que efectuar un aterrizaje forzoso. Es una elemental medida de seguridad. Mañana seguiremos el pasillo aéreo de la línea de vuelo y, a menos que mi padre se haya desviado de su curso, daremos con él. - La muchacha se levantó - . Creo que me iré a dormir.

Elvo también se puso en pie y la besó en la frente.

- Que duerma bien y no se preocupe... por nada.

4

Bajo el cielo gris y rosa del amanecer, el mar se extendía inmóvil. Jirones de humo cruzaban la bahía, desde el campamento hilgado, impregnando el aire de agradables aromas de especias.

En el interior del hostal, el patrón alternaba los gruñidos con los bostezos mientras servía un desayuno de almejas hervidas, potaje y té, que los cuatro viajeros despacharon en un santiamén. Kelse pagó la cuenta y, pocos minutos después, el *Ápex* se remontaba en el cielo. Jemasze fijó el rumbo del piloto automático hacia Morningswake; el *Ápex* se deslizó en dirección noroeste, atravesó la ensenada y sobrevoló el campamento hilgado. Los guerreros empezaron a correr, saltaron al lomo de sus erjines y los pusieron en movimiento aguijoneándolos con las púas eléctricas. Los erjines salieron disparados, enormes cabezas se lanzaron hacia adelante, entre saltos, cabriolas y carreras sobre las extremidades posteriores, mientras los guerreros voceaban frenéticas imprecaciones.

Los hilgados quedaron atrás. El aerocoche se elevó para franquear las pétreas vertientes costeras y estableció su altitud de vuelo en cuatro mil quinientos metros, para disponer del máximo de visibilidad, a derecha e izquierda, sobre la franja de territorio por la que Uther Madduc debería haber pasado. El Aluan se extendía hasta más allá de lo que alcanzaba la vista: una llanura ondulante salpicada de espinos grises, arbustos botella y algún que otro árbol *tallado,* de tronco inmenso y ramas como garras que parecían arañar el aire. El *Ápex* volaba despacio, mientras sus cuatro ocupantes escudriñaban cada palmo cuadrado de terreno.

Los kilómetros fueron quedando atrás, lo mismo que las horas; la planicie comenzó a inclinarse y se convirtió en una depresión bañada por una neblina de calor y moteada por múltiples salinas. Al frente se alzaban las escarpaduras de los montes Lucimer.

- No es un territorio muy hospitalario - observó Elvo Glissam - , lo que. probablemente explique por qué continúa siendo reteno.

Kelse sonrió.

- A los kyanos les va bastante. Así que todo el mundo está satisfecho.

- Sin duda tienen gustos sencillos y se conforman con poco - dijo Elvo Glissam - . No sé cómo podría sobrevivir ahí abajo un lagarto.

- Es la estación árida. Los kyanos se han trasladado temporalmente a esas montañas que se ven al oeste. Durante la época de lluvias descenderán a las colinas de piedra caliza que hay más allá, donde mantienen sus kachembas.

- ¿Ha explorado alguna vez una kachemba? Kelse movió la cabeza negativamente.

- A fondo, nunca. Me matarían.

- ¿Cómo iban a enterarse?

- Lo sabrían.

- Como nosotros no les invitamos a nuestra sala de estar - dijo Schaine - , ellos no nos admiten en sus kachembas.

- Manos que no dais, ¿qué esperáis?

- Y, de nuevo - dijo Kelse - , todo el mundo contento.

- Salvo Jorjol - puntualizó Schaine.

Al sobrevolar la sierra de Lucimer, Jemasze redujo la velocidad, para reconocer mejor

las laderas y barrancos. En parte alguna descubrieron el menor rastro del aerocoche *Sturdevant* de Uther Madduc.

Al otro lado de los Lucimer se extendía una sabana ondulante regada por una docena de corrientes fluviales que se unían para formar el río Lela. Un bosquecillo de matorrales crecía en la zona pantanosa que bordeaba el río. Jemasze refrenó el *Ápex* hasta que apenas avanzaba; pero el *Sturdevant* no había caído en aquellas ciénagas.

- ¿Esa zona aún es retena? - preguntó Elvo Glissam.

- Todavía es Retenia: territorio hunge. A unos ciento sesenta kilómetros, al este, está Trillium.

Morningswake se encuentra todavía a seiscientos kilómetros y pico, hacia el norte.

El paisaje se deslizaba bajo el aparato; la sabana se transformó en una seca llanura, cubierta de hierba de humo. En la línea del horizonte destacaban una docena de oteros, que parecían un grupo de monstruosos animales de pelaje gris. Jemasze hizo ganar altura al A*pex,* para disponer de un campo de visión más amplio, pero no le sirvió de nada.

Dejaron atrás los oteros; el terreno se convirtió en un quebrado erial surcado por lechos de ríos secos y roquizos montículos, en el que daban la nota de contraste y color grupos de árboles de enredadera, *jossamer* e *ibix* de tronco negro y aleteante follaje de tonalidad mostaza: era una extensión de terreno conocida por el nombre de Dramalfo.

Dos horas después del mediodía, a punto de alcanzar el límite de Retenia, con el Señorío de Morningswake todavía a ciento sesenta kilómetros de distancia, por el norte, descubrieron el *Sturdevant.* Parecía destrozado, como si hubiese caído desde cierta altura. No se apreciaba ningún indicio de vida. Jemasze dio unas pasadas por encima del negro vehículo e inspeccionó con los prismáticos el terreno circundante.

- Hay algo extraño en todo esto. - Interrumpió el movimiento circular de los prismáticos, que enfocaba hacia el oeste - . Azules... unos treinta. Cabalgan en esta dirección.

Descendió el *Ápex* sobre el aerocoche accidentado, mientras Kelse observaba a los jinetes.

- Se acercan a toda prisa, como si supiesen lo que van a encontrar.

- Botín.

- Lo que significa que saben que los restos del aparato están aquí.

- Y eso quiere decir... - Jemasze lanzó una mirada a las alturas. Se precipitó sobre los mandos - . ¡Tiburón del cielo!

No fue lo bastante rápido. Una explosión, chasquidos y chirridos de metal; el *Ápex* se estremeció y se hundió de cola. Por la parte lateral descendió en picado el tiburón celeste: una estrecha plataforma con parabrisas curvados y alargada proa cónica que funcionaba como arma de fuego y también como lanza en las ocasiones en que el piloto deseaba descender y ensartar a un enemigo derribado.

El tiburón celeste viró, efectuó un rizo y se remontó a toda velocidad. El *Ápex* estaba peligrosamente inclinado de popa. Jemasze manipuló los mandos y consiguió frenar el ritmo de descenso. El tiburón del cielo repitió la maniobra de lanzarse en picado; el *Ápex* experimentó otra sacudida, al recibir un nuevo impacto. Jemasze maldijo en voz baja. El suelo acudía a su encuentro; Jemasze recurrió a todo el empuje que le quedaba para interrumpir la caída y poco faltó para que el *Ápex* volcara.

El *Ápex* se posó en el piso de pedernal. Jemasze sacó un arma del pañol y saltó a tierra, pero el tiburón celeste había desaparecido, volando hacia el oeste.

Dando traspiés, Kelse se llegó a la radio e intentó hacer una llamada.

- Nada. No hay energía.

- Se ha cargado las cabinas posteriores - dijo Jemasze - , para obligarnos a aterrizar, no para matarnos.

- Más bien siniestro - calificó Kelse - . Es posible que aprendamos más de lo que quisiéramos acerca lo que es una rascolada.

- Coged armas del pañol - indicó Jemasze - . También debe de haber ahí un tubo lanzagranadas.

Schaine, Elvo y Kelse bajaron del aparato y se reunieron con Jemasze. Kelse fue hasta el *Sturdevant y* escudriñó el interior. Regresó con expresión lúgubre.

- Está ahí. Muerto.

La perpleja mirada de Elvo Glissam fue del destrozado *Sturdevant* al abatido *Ápex* y, por último, al sombrío Kelse. El hombre empezó a decir algo, pero contuvo la lengua. Schaine parpadeó para impedir que le aflorasen las lágrimas. Cinco años derrochados en Tanquil; cinco años perdidos por culpa de la arrogancia, el orgullo y la soberbia... y ahora nunca más volvería a ver a su padre.

- ¿Identificaste a los azules? - preguntó Gerd Jemasze a Kelse.

- Lo más probable es que sean hunges. Desde luego, aos no son. Los erjines llevan collarines blancos, así que tampoco son garganches.

- Parapetaos detrás del *Ápex* - instruyó Jemasze - . Si aparecen por el norte, abrid fuego. Yo me voy a apostar allí, para interceptarlos y reducir un poco su superioridad numérica.

Kelse fue a situarse detrás del *Ápex;* Schaine le siguió y, más despacio, Elvo hizo lo propio, mientras observaba con aire dubitativo a Jemasze, el cual corría, encorvado, hacia un montículo de arena compacta que se encontraba a unos cuatrocientos metros, por el oeste.

- ¿Por qué se va allí?

- Para matar unos cuantos azules - repuso Kelse - . ¿Sabe utilizar esta arma?

- Me temo que no.

- Es sencillísimo. Fije ese punto amarillo en el blanco y oprima el botón. La trayectoria se computa automáticamente. Dispara proyectiles explosivos OB-16, que se llevan por delante al azul y al erjin juntos.

Fruncido el ceño, Elvo Glissam bajó la vista sobre el instrumento de muerte.

- ¿Está seguro de que son hostiles?

- Si se trata de hunges, son hostiles. Aquí, en el Dramalfo, no se les ha perdido nada; este es territorio garganche. Incluso si son garganches, se mostrarán hostiles, a no ser que opten por evitarnos. Conocen las reglas.

- Si son treinta, me inclinaría a creer que contamos con pocas probabilidades. ¿No sería mejor parlamentar con ellos?

- Sería inútil. En cuanto a su superioridad numérica, Gerd se ha apostado allí para nivelar un poco las cosas.

Al llegar al montículo, Jemasze trepó hasta el abrigo del grupo de *ibix* enanos que lo coronaba. Los uldras, aún a kilómetro y medio de distancia, se acercaban a grandes saltos, a toda velocidad, mientras enarbolaban en ostentosos molinetes sus antiguos *thio* manuales *Dos Estrellas.* Jemasze exploró las alturas. No se veía el menor indicio del tiburón celeste; tal vez estaba suspendido en el aire, ante el sol, de forma que el deslumbramiento rosado impidiera distinguirlo.

Los uldras se aproximaron y Jemasze comprobó que, en efecto, eran hunges. Avanzaban hacia él, en línea recta, ignorantes al parecer de toda posibilidad de emboscada, cosa que a Jemasze le venía muy bien. Se acomodó, dispuso el tubo lanzagranadas junto a sí y preparó el naranjero. Los hunges continuaron saltando en su dirección; estaban ya tan cerca que Jemasze podía oír los chillidos jadeantes de los erjines. Jemasze eligió al cabecilla, un individuo alto, de ondeantes vestiduras gris-amarillo y cuya cabeza lucía un tocado hecho con una calavera humana. Accionó el disparador e, inmediatamente, apuntó e hizo fuego.

Repitió la operación otra vez, y otra, y otra... Ante las detonaciones, los erjines emitieron ultrajados alaridos de protesta, se detuvieron en seco, hundidas las garras en el suelo. Jemasze descargó el tubo lanzagranadas en medio del grupo de jinetes: un estallido demoledor y los supervivientes vieron despedidas sus monturas hacia un lado. Jemasze se puso en pie y siguió disparando contra los ya dispersos uldras... En el suelo, los erjines caídos rugían y agitaban las patas. Un uldra herido levantó su arma y apretó el gatillo; el proyectil silbó muy cerca de la cabeza de Jemasze. Éste correspondió con una segunda granada y cesó todo movimiento. Llegó de las alturas el estruendo de una conmoción; antes de volver la cabeza, Jemasze sabía lo que acababa de ocurrir. El tiburón del cielo había descendido en picado desde la protección del sol; una maniobra que Kelse había previsto y que contrarrestó disparando contra el atacante. Jemasze alzó la mirada y, tal como esperaba, observó que el tiburón del cielo viraba y se estremecía, al parecer sin control. Jemasze apuntó e hizo fuego, pero no logró nada efectivo; el piloto dio gas al motor y el tiburón del cielo, aunque bamboleándose, se alejó por el oeste.

Jemasze se acercó a los cadáveres. Contó catorce cuerpos azules; otros tantos, más o menos, escaparon. Recogió las armas, formó con ellas un montón, las destruyó con una granada y regresó a la cima del montículo. A tres kilómetros, los hunges supervivientes habían hecho un alto para conferenciar. La distancia era excesiva, pero Jemasze apuntó el arma y, contando con que la brisa ayudase un poco, apretó el disparador. Pero el proyectil quedó corto.

Volvió al quebrantado aerocoche. Kelse, Schaine y Elvo Glissam excavaban ya una tumba en el piso arenoso, utilizando palos para desmenuzar la tierra apelmazada. Kelse y Jemasze acarrearon el cadáver de Uther Madduc y lo depositaron en el fondo de la sepultura. Schaine desvió la mirada hacia el infinito de las alturas y Elvo Glissam se mantuvo a un lado, sin saber qué hacer o decir. Kelse y Gerd Jemasze llenaron la tumba y la cubrieron con piedras. Fuera cual fuese la «formidable broma», no la oirían de labios de Uther Madduc.

Kelse y Gerd Jemasze registraron a conciencia tanto el *Sturdevant* como el *Apex,* y recogieron del primero las armas de Uther Madduc y el contenido del depósito de agua, unos once litros y medio. El *Apex* proporcionó un mapa, una brújula, prismáticos, varios paquetes de raciones alimenticias de emergencia y otros quince litros de agua.

- Nos aguarda una marcha de ciento sesenta kilómetros; cuatro o cinco días de campo a través - explicó Jemasze - . No nos encontramos en mala situación... siempre y cuando no vuelvan los azules. Pero me temo que volverán. Manteneos ojo avizor para captar cualquier movimiento o polvareda que pueda producirse en el horizonte.

- ¿No podemos pedir ayuda por radio? - preguntó Elvo Glissam.

- Ni la más remota posibilidad - respondió Jemasze - . Las baterías están agotadas. Y parece ser que los atacantes desean cogernos vivos.

Kelse se echó al hombro la mochila.

- Cuanto antes nos pongamos en marcha, antes llegaremos.

Schaine le dirigió una mirada llena de incertidumbre.

- ¿Crees que tu pierna aguantará?

- Así lo espero.

Los cuatro emprendieron la caminata y aún no habían cubierto dos kilómetros cuando los hunges reaparecieron en la lontananza. Avanzaban en línea; dieciséis siluetas formadas por nerviosos erjines, que adelantaban las patas con paso inseguro y erguían las grandes cabezas barbudas, y por los guerreros hunge que iban sobre ellos, a horcajadas en las sillas. Miraban las llanura sin ningún alarde ni gesto, en un silencio que resultaba más ominoso que los gritos y alaridos.

- Si atacan - preguntó Elvo Glissam con voz vacilante - , ¿que vamos a hacer?

- No atacarán - replicó Kelse secamente - . De momento, no; estamos fuera del alcance de sus viejas *Dos Estrellas.* Esperarán a ver si surge la oportunidad de una emboscada o intentarán cogernos por la noche.

Jemasze señaló un conjunto de grotescos picachos de arenisca esculpidos por el viento que se alzaban por delante de ellos.

- Y este es un terreno muy apropiado para tender celadas.

- Calculo que se extiende cosa de quince kilómetros - dijo Kelse - . Pongamos tres horas, o una antes del ocaso.

Siguieron caminando cansinamente a través del erial. Los uldras les observaron durante un par de minutos y luego volvieron grupas, se alejaron cabalgando hacia el noroeste y desaparecieron al otro lado de la línea del horizonte.

Schaine habló a Elvo Glissam:

- Recordará durante mucho tiempo su visita a Uaia.

- Si vivo para pensar en ella.

- Ah, vivirá. Gerd Jemasze se encargará de eso. Su amor propio sufriría un duro golpe si nos ocurriese algo a cualquiera de nosotros.

Elvo Glissam la miró de soslayo, pero no hizo ningún comentario.

Mientras caminaban, Kelse y Gerd Jemasze iban intercambiando observaciones y, de vez en cuando, indicaban uno u otro detalle del paisaje. Se detuvieron a descansar a la sombra de un árbol *tallado* de desparramadas formas.

- Tenemos que evitar esos oteros de ahí delante - Kelse se dirigió a Schaine y Elvo Glissam - , porque podríamos ponernos a tiro de las armas de los azules. Ese que está en el extremo de la derecha ofrece menos peligro, ya que hay terreno abierto a un lado. Lo rodearemos por el este.

El cuarteto prosiguió su marcha bajo el calor de la tarde. Schaine observó que la cojera de Kelse se hacía más pronunciada. Llegaron al cauce seco de un río. Tenía cien metros de anchura, lecho arenoso y márgenes que permitían el desarrollo de cierta vegetación: *cassander* venenosa y juncos de bayas. Jemasze indicó que era el momento de hacer un alto y condujo el grupo hasta la sombra que brindaba el follaje púrpura de los arbustos de *cassander.*

- Es posible que se nos hayan adelantado y estén en la parte opuesta de la hondonada. Si es así, nos aguardarán al abrigo de la otra orilla, dispuestos a capturarnos cuando crucemos. Lo mejor que podemos hacer es seguir bordeando el río por este lado, a lo largo de dos o tres kilómetros.

- Y después, ¿que? - pregunto Elvo Glissam.

- Después veremos qué nos reserva el terreno. Reanudaron la marcha, cautelosos e inquietos. Ochocientos metros más adelante, Jemasze señalo las huellas marcadas en la arena del lecho del río.

- Lo han atravesado por ahí. Ahora están en la otra orilla, esperándonos. - Reflexionó unos segundos - . Vosotros tres seguir por esta ribera hasta ese gran árbol *jossamer* que se ve allí.

El trío continuó andando. Jemasze se agachó y se deslizó hasta un punto donde no podían verle desde la orilla contraria. Entonces regresó por el mismo camino que habían ido. Recorrió cosa de trescientos metros y luego, con toda la precaución posible, volvió a la parte superior de la ribera. Miró a su espalda y, acto seguido, examinó la otra orilla. No captó ningún movimiento; no experimentó la menor tensión de peligro. Aguardó otro minuto, transcurrido el cual resbaló hasta el lecho del río y, doblado sobre sí mismo, corrió sobre la arena rosada y la gravilla de cuarzo en dirección a la margen contraria, sin que le abandonase el temor de recibir de un momento a otro el impacto de un balazo, aunque la razón y el instinto le aseguraban que los hunges no habían dejado ningún centinela de

vigilancia en aquella zona del seco cauce fluvial. Llegó sin ningún contratiempo a la orilla opuesta y, agradecidamente, trepó por el talud y se puso a cubierto en un grupo de juncos de bayas. Al llegar a lo alto de la ribera, miró hacia el norte y, como esperaba, descubrió la partida de hunges, que se encontraba más o menos frente al gran *jossamer* donde esperaban Kelse, Schaine y Elvo Glissam, Jemasze volvió al lecho del río y, sin separarse de la protección que brindaba la maleza, cubrió unos cien metros en dirección norte y efectuó otro reconocimiento. Aún se encontraba demasiado lejos. Regresó de nuevo al cauce del río y, agachado, avanzó otros cien metros, más o menos. Al trepar a través de la vegetación, comprobó que los hunges se hallaban apenas a cien metros de distancia.

Observó al enemigo durante un momento y seleccionó al jinete que ahora parecía ser el jefe. Apuntó cuidadosamente y, sin más dilación, abrió fuego. Tres azules quedaron tendidos en el suelo; los erjines empezaron a chillar, sobresaltados y furibundos. Los supervivientes entraron en acción al instante. Se lanzaron a través de la maleza, llegaron al cauce del río y cargaron en zig zag sobre el *jossamer,* sin dejar de disparar mientras cabalgaban.

Kelse abrió fuego *ipsofacto.* Miró a Elvo Glissam, que yacía en el suelo, clavada la vista con aturdida fascinación en los hunges lanzados a la carga.

- ¡Dispare, hombre, dispare!

Elvo Glissam meneó la cabeza, acongojado; luego, rechinando los dientes, apretó el disparador del arma.

Silbaban los proyectiles por encima de sus cabezas; el lecho del río pareció sembrarse de agitados erjines y moribundos azules. Los cinco que aún conservaban la vida ascendieron por el declive de la orilla, a través de los matorrales. Schaine y Kelse dispararon a quemarropa; tres hunges estuvieron en un tris de llegar a la parte superior de la ribera. Motivado por una compleja mezcla de agravio, humillación, miedo y furia, Elvo Glissam emitió un grito inarticulado de pasión, se precipitó sobre la espalda de uno de los azules y le derribó de la montura. Forcejearon los dos entre los juncos; el erjin, que no cesaba de rugir y sisear, los coceó antes de caer rebotado al cauce fluvial y alejarse con largas y exultantes zancadas. El azul empuño su daga y acuchilló el brazo de Elvo que le rodeaba el cuello. Jemasze llegó al punto donde se desarrollaba la escena y asestó al azul un culatazo en la cabeza; el hunge quedó tendido boca arriba entre los matorrales.

Se hizo el silencio, alterado sólo por los jadeos y ruidos que producían los erjines sin jinete que, frotándose contra las rocas, trataban de desembarazarse de los guardaespigas y grilletes eléctricos. Sentado en el suelo, Elvo Glissam contemplaba la sangre que manaba de su antebrazo. Schaine soltó una exclamación y acudió en su socorro. Kelse sacó un frasco de medicamento curalotodo y roció las heridas, que casi automáticamente dejaron de sangrar. Cuando se hubo formado la película protectora, Schaine vertió agua sobre los brazos de Elvo y limpió la sangre.

- Lamento haberme quedado tan perplejo - se excusó Elvo Glissam con voz temblorosa - ; me temo que hasta ahora he llevado una existencia muy protegida.

- Los sustos no tienen nada que ver con la existencia protegida - dijo Schaine - . Eso puede ocurrirle a cualquiera. Es usted muy valiente.

Jemasze volvió sobre sus pasos para recoger la mochila; la partida, una vez más, emprendió la marcha hacia el norte, dejando tras de sí el cauce seco y los cadáveres azules.

Methuen se hundía más allá de los lejanos Lucimer; el cuarteto acampó en la falda de un otero. Para evitar atraer la atención de los posibles uldras que anduviesen por las proximidades, se abstuvieron de encender lumbre, cenando a base de raciones de emergencia y bebieron agua. El cielo empezó a oscurecerse, pasando por diversas fases cromáticas: bermejo, escarlata, rubí y morado; después, el ocaso fue enseñoreándose poco a poco del paisaje. Schaine fue a sentarse junto a Elvo Glissam.

- ¿Cómo está su brazo?

Elvo echó un vistazo a la cuchillada.

- Duele un poco, pero podría ser mucho peor. También me hace polvo la coz que me propinó el erjin en las costillas.

- No sé si me perdonará alguna vez el que le haya invitado a visitar Morningswake - dijo Schaine en tono pesaroso.

Elvo Glissam replicó y, al hacerlo, inició una conversación que, cuando posteriormente evocaba sus recuerdos, la pareció más irreal e incongruente que cualquier otro aspecto de aquella aventura.

- La perdono ahora mismo - dijo Elvo - . Aunque no sea otra cosa, este viaje es educativo. Me veo a mí mismo desde una nueva perspectiva.

- ¡Ni hablar! - contradijo Schaine enérgicamente - . El medio ambiente es lo que ha cambiado. ¡Usted es el mismo!

- A la larga, viene ser igual. Las sensibilidades delicadas son de escasa ayuda cuando una persona lucha por su vida.

La mirada de Schaine fue de Kelse, que estaba apoyado en el tronco de un árbol y, suponía la muchacha, esbozaba en sus labios aquella semi-sonrisa suya, a Gerd Jemasze, el cual permanecía sentado sobre roca plana, con los brazos en torno a las rodillas, mientras meditaba envuelto en el crepúsculo. Schaine se sintió impulsada a situar la autodesaprobación de Glissam en la perspectiva que le correspondía.

- En el medio ambiente civilizado nadie tiene necesidad de luchar por su vida.

Kelse emitió una risita desprovista de alegría. Schaine le miró con frialdad.

- ¿He dicho alguna tontería?

- El servicio contra incendios no es necesario salvo cuando hay fuego.

- La civilización es un estado muy normal y corriente - señaló Schaine - . Las personas civilizadas no tienen que pelear para defender y conservar la vida.

- A menudo, no - dijo Kelse lacónicamente - . Pero uno no puede matar a un azul sobre la base de una abstracción.

- ¿ Sugerí tal cosa ?

- Es una manera de hablar.

- Convengo en que debo de estar confundida, puesto que no lo recuerdo.

Kelse se encogió de hombros y elevó los ojos al cielo, como indicando que no tenía ningún interés en seguir con aquel tema de conversación. No obstante, añadió:

- Empleaste la palabra «civilización», lo que representa todo un conjunto de abstracciones, símbolos y convencionalismos. La experiencia tiende a ser delegante; las emociones son predigeridas y están cargadas de tensión; las ideas acaban por ser más reales que las cosas.

Schaine se vio un poco cogida por sorpresa.

- Eso es más bien omnímodo, lo incluye todo - dijo.

- No entiendo su objeción a las ideas - terció Elvo Glissam.

- Yo tampoco - se sumó Schaine -. Creo que Kelse se está permitiendo ser extravagante.

- No del todo - repuso Kelse -. La gente de ciudad, al tratar con ideas y abstracciones, termina condicionada por la irrealidad. Luego, cuando el tejido de la civilización se rasga, esas personas se encuentran tan desvalidas como un pez fuera del agua.

Elvo Glissam suspiró.

- ¿Qué puede ser más irreal que estar aquí sentados en este páramo hablando de civilización? No puedo creerlo. De paso, me permito señalar que las observaciones de Kelse revelan una considerable experiencia en abstracciones civilizadas y urbanas.

Kelse se echó a reír.

- También de paso, puedo informar de que los urbanitas me han hecho miembro de la Alianza Redentorista, el Culto Vitatis, el Movimiento por la Paz Cósmica, el Panorteísmo y una docena de organizaciones más: todas motivadas por abstracciones cinco o seis veces sacadas de la realidad.

- La realidad, la supuesta realidad, es en sí misma una abstracción - comentó Elvo Glissam.

- Una abstracción, pero con cierta diferencia, ya que puede producir daño, como cuando el aerocoche de uno cae en el desierto a ciento sesenta kilómetros del punto de destino, distancia que uno tiene que recorrer a pie. Eso es real. La cámara de los vientos que tía Val tiene en Villa Mirasol no es real.

- Simplemente, estás matando un caballo a palos - dijo Schaine - . El que una persona pueda tratar con ideas no significa que, como consecuencia, se encuentre desvalida.

- En un entorno urbano estará totalmente a salvo y seguro; de hecho, prospera. Pero tal entorno es frágil como una telaraña, y cuando se rompe... ¡el caos!

- Reflexione sobre la historia humana - intervino Elvo Glissam en el coloquio.

- Ya lo he hecho - respondió Kelse - . La historia relata la destrucción de una serie de civilizaciones urbanas, ruina debida a que los ciudadanos prefirieron el intelectualismo y la abstracción a la competencia en habilidades básicas, como la autodefensa. O el ataque, que, para el caso, viene a ser lo mismo.

- Te has vuelto terriblemente retorcido e intolerante, Kelse - acusó Schaine en tono de disgusto - . Desde luego, padre grabó bien en ti sus opiniones.

- La teoría que acaba de exponer - dijo Elvo Glissam - tiene su anverso. Desde ese punto de vista, la historia se convierte en una sucesión de casos en los que los bárbaros, tras renunciar a su estupidez, desarrollan una civilización esplendorosa.

- Normalmente, destruyendo durante el proceso civilizaciones mas antiguas - señaló Kelse.

- O explotando a otros bárbaros menos capacitados. Uaia es un ejemplo que nos viene al pelo. Aquí tenemos un grupo de hombres civilizados, sometidos al ataque y amenaza de saqueo por los bárbaros. Los bárbaros se encontraron más o menos indefensos frente a los aerocoches y las armas electrónicas... inventadas mediante la aplicación de abstracciones e, incidentalmente, fabricadas por urbanitas. Gerd Jemasze rió entre dientes. Un sonido que molestó a Schaine.

- Eso son simplemente hechos - dijo la muchacha.

- Pero no todos los hechos. A los bárbaros no se les saqueó; disponen de las tierras con la misma libertad que siempre tuvieron. Debo admitir, sí, que se le han cortado las alas a la tortura y la esclavitud.

- Muy bien, pues - dijo Elvo Glissam - . Imagínese que es usted un uldra: le han privado de sus derechos y está sometido a una ley extraña. ¿Qué haría?

Gerd Jemasze meditó unos segundos.

- Supongo que eso dependería de lo que deseara. Trataría de conseguir lo que deseara.

El grupo se puso en movimiento y emprendió la marcha antes de que amaneciese. Un enorme arrecife de nubarrones oscurecía la parte oriental del cielo y la partida camino a través de una parda penumbra. Los relámpagos empezaron a abatirse sobre los escarpados cerros, que entonces eran formas solitarias apenas perceptibles en la lejanía del sur, y ráfagas de aire húmedo barrieron la llanura desde el norte. A media tarde, un breve chaparrón empapó a los integrantes del grupo, calándolos hasta los huesos, y asentó el polvo; poco después, el sol encontró alguna que otra rendija entre las nubes para colarse y filtrar oblicuos rayos rosados que llegaron al suelo. Jemasze iba en cabeza, como guía, y adaptaba su paso al de Kelse, cuya cojera resultaba ya bastante manifiesta. Schaine y Elvo Glissam cerraban la marcha. De ser otras las circunstancias, de estar vivo su padre y de no

notarse tanto los esfuerzos de voluntad que tenía que hacer Kelse para dar un paso a continuación de otro, Schaine casi hubiera disfrutado con aquella aventura.

El terreno inició un leve declive hacia un fondo que parecía recubierto por una solera de tono claro. En el borde del extremo se alzaban un puñado de picachos de arenisca y, más allá, una escarpa irregular también de piedra arenisca, en la que alternaban los colores rosa, malva y rojizo.

- ¡Ahí está el Filo de la Vega! - exclamó Schaine, dirigiéndose a Kelse.

- Es casi como si estuviéramos en casa - respondió Kelse.

- Morningswake empieza en el borde de ese acantilado - explicó la muchacha a Elvo Glissam - . Al otro lado están nuestras tierras... todo lo que se extiende hacia el norte, hasta los Volwodes.

Elvo Glissam meneó la cabeza, en gesto de mohína desaprobación, y Schaine se le quedó mirando, perpleja. Caviló un momento, pasando revista mental a lo que había dicho, y luego se echó a reír, pero no hizo ningún comentario. Estaba claro que ella no era redentorista por instinto ni tampoco por innata convicción... ¿Cómo conciliar su amor por Morningswake con la sospecha culpable de que no le asistía derecho alguno sobre la propiedad? Ni Kelse ni Gerd Jemasze no tenían tales escrúpulos. Impulsivamente, preguntó a Elvo Glissam:

- Supongamos que fuese usted dueño de Morningswake, ¿qué haría en tal caso?

- Siempre ha sido mas fácil renunciar a lo que pertenece a otra persona... Me gustaría creer que mis principios dominan a mi avaricia.

- ¿Así que cedería Morningswake?

- Sinceramente, no lo sé. Confío en que sí.

Schaine señaló hacia un grupo de túmulos cubiertos de lechetreznas que estaban a un centenar de metros, en dirección oeste.

- Mire, ¡allí, en esa sombra de la derecha! Quería ver un erjin salvaje, ¿no?... ¡Pues, ahí lo tiene!

El erjin estaba erguido en toda su alzada de dos metros quince, adornadas sus robustas extremidades anteriores con negros y amarillos brazaletes de piel. Copetes de rígida fibra dorada cubrían su cabeza; pliegues de cartílago pavonado casi ocultaban del todo los cuatro diminutos ojillos de la nuca bajo la protuberancia del hueso frontal. La criatura permanecía allí con aire negligente, sin manifestar miedo ni hostilidad. Kelse y Gerd Jemasze se percataron de la presencia de la bestia. Kelse se la quedó mirando, fascinado, y luego empezó a levantar despacio el arma de fuego.

- ¿Va a disparar contra él? - preguntó Elvo, consternado - . ¡Es un ser tan magnífico!

- Siempre odió a los erjines... y ese odio se acentuó al perder el brazo y la pierna.

- Pero este no nos está amenazando. Es casi un asesinato.

De súbito, Gerd Jemasze se revolvió y abrió fuego sobre un par de erjines que se habían lanzado al ataque desde un bosquecillo de plantas pata de gallo situado en la parte este. Uno de ellos se precipitó hacia adelante y cayó a poco más de un metro de Schaine y Elvo Glissam, donde quedó tendido, mientras crispaba espasmódicamente sus enormes manazas de seis dedos; el otro dio en el aire un salto grotesco, despedido hacia atrás por el impacto, y se derrumbó con ruido sordo. El primer erjin, el que había actuado de señuelo, se deslizó por detrás de los montículos de lechetrezna antes de que Kelse pudiera encañonarle. Jemasze echó a correr lateralmente para disponer de otro ángulo de tiro, pero la criatura había desaparecido ya.

Elvo Glissam permaneció inmóvil, clavada la vista en la masa temblorosa del erjin caído casi a sus pies. Observó los palpos de las manos, tan sensibles y táctiles como las yemas de los dedos humanos, y las garras, que se extendían cuando el erjin cerraba los puños. Examinó el copete de cerdas broncíneas que brotaban del cuero cabelludo y que,

según declaraban ciertas autoridades, eran receptores telepáticos. Otra zancada más y aquel ser habría llegado a su garganta. Con voz contenida, dijo a Gerd Jemasze:

- Me he librado por un pelo... ¿Emplean a menudo los erjines trucos como ese?

Jemasze asintió secamente.

- Son animales inteligentes e implacables. Es un misterio para mí cómo puede alguien domesticarlos.

- Tal vez la «broma formidable» de Uther Madduc era el secreto.

- No lo sé. Pero pretendo averiguarlo.

- ¿Cómo te propones hacer tal cosa? - preguntó Kelse.

- En cuanto lleguemos a Morningswake regresaré en un vuelo hasta el *Sturdevant* y recuperaré el diario de a bordo - manifestó Gerd Jemasze - . Eso nos dará una idea acerca de dónde estuvo.

Declinó la tarde. Al ponerse el sol, la partida acampó entre los pináculos de piedra arenisca, con el límite sur del Dominio de Morningswake aún a cinco kilómetros, por el norte. Jemasze salió a cazar al acecho y cobró, desplumó y limpió una avutarda de cuatro kilos y medio, ave descendiente de las que se importaron de allende las estrellas. Schaine y Elvo Glissam recogieron leña, encendieron una fogata y los cuatro se congregaron en torno a la lumbre para degustar trozos de avutarda asados en espetones hechos con ramas.

- Mañana encontraremos agua - informo Gerd - . Si la memoria no me falla, cuatro ríos atraviesan el Morningswake meridional.

- Nos quedan dieciséis kilómetros hasta la Estación Sur - dijo Kelse - . Allí hay un molino y quizás unas cuantas tiendas. Pero no tienen radio... mala suerte.

- ¿Dónde están los aos?

- Puede que en ninguna parte, pero sospecho que se han trasladado hacia el norte. Por ese lado no obtendremos ayuda alguna; aún nos quedan casi cien kilómetros.

- ¿Qué tal la pierna?

- No demasiado bien. Pero llegaré. Elvo Glissam se echó hacia atrás y, tendido boca arriba, contempló las estrellas. Pensó que su vida era relativamente sencilla comparada con la de un barón terrateniente... ¡Schaine! ¿Qué pensaría? En un momento determinado, la muchacha parecía enormemente sutil y simpática, a continuación se mostraba cándida, después se dejaba arrastrar por alguna emoción que él era incapaz de comprender. De lo que no había duda era de que se trataba de una joven animosa, valiente y alegre. Elvo Glissam podía imaginarse muy bien a si mismo pasando el resto de su vida en compañía de Schaine... ¿En Morningswake? ¿Accedería ella a vivir en algún otro sitio? De eso tampoco estaba él tan seguro... Tres días más de ardua caminata. Deseó poder ayudar a Kelse de alguna manera. Tal vez por la mañana podría coger disimuladamente una parte del hatillo de Kelse y echárselo al hombro con el suyo propio, sin llamar la atención.

En efecto, a la mañana siguiente, Elvo Glissam puso en práctica su plan. Kelse se dio cuenta y protestó, pero Elvo Glissam dijo:

- Esto es simple sentido común. Usted ha trabajado ya el doble que yo y, en interés de todos, es preciso que se mantenga sano.

Gerd Jemasze se mostró de acuerdo.

- Elvo Glissam tiene razón, Kelse. Yo preferiría cargar con tu mochila antes que llevarte a hombros.

Kelse no dijo nada más; el grupo se puso en marcha y una hora después llegaba a la base del Borde Sur. Por el lecho seco de un barranco ascendieron durante ciento cincuenta metros, escalaron luego trabajosamente otros treinta por una empinada ladera de carcomida roca conglomerada y alcanzaron por fin el saliente superior. Más allá se extendía Retenia, fundiéndose con la neblina del sur; por delante, el suelo descendía, configurando un

apacible valle animado por gomeros verdes, ojos de dragón, gallones de esbelto dorso negro verdoso y sotos de vandalias anaranjadas. Hacia el norte, a cosa de kilómetro y medio, el sol fulguraba sobre la superficie de un estanque poco profundo.

- ¡Morningswake! - exclamó Schaine con voz ronca - . Hemos llegado a casa.

- Aún nos faltan noventa y tantos kilómetros - advirtió Kelse.

Jemasze volvió la mirada hacia la región retena.

- Hemos pasado lo peor. La marcha será más fácil a partir de ahora.

Un día de ardua y silenciosa andadura a través de la pradera meridional. Otra jornada que se pasaron subiendo y bajando las pendientes de los montes Turmalinos. Kelse avanzaba ya tambaleándose y a base de pequeños saltos, casi a la pata coja. Una larga mañana sudorosa por la marisma tendida al norte del lago Flor del Cielo. Al mediodía, el grupo forzó su camino por una espesura de enredaderas silvestres hasta alcanzar terreno firme. Entonces hicieron un alto para descansar. Kelse miró hacia adelante.

- Unos veintidós kilómetros más... no conseguiremos llegar antes de la noche. Tal vez sería mejor que os adelantarais y, al llegar a la casa, enviarais una furgoneta que me recogiera.

- Me quedaré contigo - dijo Schaine - . Es una buena idea.

- Sería una buena idea - terció Gerd Jemasze - , si no nos estuviesen observando. - Señaló hacia las alturas - . En tres ocasiones durante los últimos dos días he visto un tiburón celeste suspendido entre las nubes.

Todos levantaron la mirada hacia el cielo.

- No veo nada - dijo Schaine.

- Ahora mismo está entre los pliegues de ese cúmulo.

- ¿Qué puede querer? Si es hostil, ¿por qué no intenta ametrallarnos.

- Supongo que pretende cogernos vivos. Por lo menos a algunos de nosotros. Si nos separásemos, las posibilidades de conseguirlo aumentarían mucho para él. Puede que haya otra partida de hunges en el camino, dispuestos a salimos al paso antes de que lleguemos a Morningswake.

- ¿Se atreverían a alejarse tanto de Retenia?

- inquirió Schaine con voz queda - . Nuestros aos los matarían.

- El tiburón del cielo vería a los aos y enviaría el oportuno aviso.

Elvo Glissam se pasó la lengua por los labios.

- No tengo ningún interés en que me capturen. Ni tampoco en que me maten. Kelse se levanto trabajosamente.

- En marcha.

Veinte minutos después, Gerd Jemasze examinó minuciosamente el terreno. Al mirar hacia el noroeste se puso rígido. Bajó los prismáticos y dijo:

- Uldras. Una veintena.

Schaine escudriñó fatigosamente a través de la rosada bruma de polvo. Más luchas; más muertes; y en aquella comarca cubierta de bosquecillos y apiñamientos de vandalias pocas esperanzas tenían - caso de tener alguna - de rechazar un ataque. A veintidós kilómetros de Morningswake. Tan cerca y tan lejos.

Elvo Glissam había llegado a la misma conclusión. Su rostro tenía expresión cansada y color gris; su garganta sólo pudo emitir un sonido ronco.

Gerd Jemasze volvió a mirar por los prismáticos.

- Montan críptidos.

Schaine dejó escapar el aire de su contenida respiración.

- ¡Son aos!

Gerd Jemasze asintió con la cabeza.

- - Distingo los tocados que cubren sus cabezas. Plumas blancas. Son aos.

La respiración de Schaine se convirtió en un chirriante sollozo gutural.

- ¿Son hostiles? - preguntó Elvo Glissam en voz baja y tensa.

- No - respondió Kelse lacónicamente.

Los jinetes se acercaron, levantando tras de sí una nube de polvo. Gerd Jemasze estudió el cielo a través de los prismáticos.

- ¡Ahí va!

Señaló una minúscula mancha apenas visible entre las nubes, que se desplazaba despacio hacia el oeste. El puntito cobró velocidad y no tardó en desaparecer.

A lomos de sus críptidos* de patas suaves, cabalgando con desenvoltura y a escasa distancia del suelo, los aos se aproximaron para constituir el círculo ritual alrededor del grupo. Se detuvieron, un anciano, algo más bajo y robusto que el uldra corriente, desmontó y avanzó hacia el cuarteto. Schaine le cogió la mano.

- ¡Kurgech! He vuelto a casa, a Morningswake.

Kurgech tocó la parte superior de la cabeza de Schaine, un gesto que era medio caricia y medio saludo formal.

- Nos llena de placer verla de nuevo en casa, señora.

- Uther Madduc ha muerto - informó Kelse - . Un tiburón del cielo disparó sobre él y abatió su aerocoche en el Dramalfo.

El semblante gris de Kurgech - no llevaba nada de aceite azul - no mostró el más leve asomo de emoción, lo que hizo suponer a Schaine que la noticia ya había llegado a su cerebro.

- ¿Sabes quién mató a mi padre? - preguntó la muchacha.

- El conocimiento aún no ha llegado a mí. Al tiempo que se adelantaba cojeando, Kelse dijo roncamente:

- Busca el conocimiento, Kurgech. Cuando lo encuentres... me lo transmites.

Kurgech inclinó fugazmente la cabeza, movimiento que podía significar cualquier cosa, y acto seguido se volvió e hizo una seña a cuatro de sus hombres, los cuales se apearon de sus monturas y avanzaron con ellas de las riendas. Gerd Jemasze ayudó a Kelse a subir a la silla. Schaine aleccionó a Elvo Glissam:

- Limítese a ir sentado tranquilamente en la silla; el críptido no necesita guía.

La muchacha montó a su vez, cosa que también hizo Gerd Jemasze. Los cuatro aos subieron a la grupa de otros tantos críptidos que ya tenían jinete. La partida cabalgó hacia el norte, rumbo a Morningswake.

Dos horas después, cruzado el Skaw y en plena Sabana Sur. Schaine divisó su casa. Incapaz de contener por más tiempo su emoción, los ojos se le llenaron de lágrimas e hizo un esfuerzo para que no se le escaparan. Miró a Kelse, que iba a su lado. La cara de Kelse estaba tensa a causa del dolor y tan gris como la de Kurgech; en sus ojos también brillaban las lágrimas. En cambio, el oscuro rostro de Gerd Jemasze se mantenía inescrutable; ¿quién podía entender a aquel hombre? Elvo Glissam, demasiado cortés para dejarse llevar por cualquier arrebato de alivio, cabalgaba sumido en grave silencio. Schaine le observó a hurtadillas. Con toda su carencia de aptitudes para la vida salvaje, su comportamiento había sido irreprochable. Era evidente que a Kelse le caía bien e incluso Gerd Jemasze le trataba con deferente cortesía. Cuando abandonase Uaia para regresar a Olanje, Elvo Glissam se llevaría recuerdos que iban a durarle toda la vida.

Y allí estaba: Morningswake, serena entre los altos y frágiles gomeros verdes y los majestuosos robles transestelares, con sus rebosantes *chip-chaps* derramándose lateralmente: el panorama de un sueño adorado; un lugar eternamente precioso. Una vez

* Críptido: variante del caballo terrestre, de cuerpo alargado, pequeña alzada y cascos almohadillados. Los uldras de Retenia desdeñan los críptidos, por considerarlos monturas apropiadas sólo para wittolos, mujeres y desviados sexuales.

más, las lágrimas afluyeron a los ojos de Schaine.

5

A lo largo de doscientos años, Morningswake había sido construido y reconstruido, ampliado, remodelado, sometido a una docena de modificaciones y mejoras, ya que, al heredarlo, todos y cada uno de los sucesivos barones terratenientes desearon estampar algún rasgo de su personalidad en la mansión patrimonial. Como resultado de ello, Morningswake carecía de estilo definido y mostraba un aspecto diferente según la perspectiva desde la que se contemplase.

El tejado del edificio central se elevaba, alto y empinado, con una docena de buhardillas en peralte, una curiosa atalaya que permitía observar la Alberca del Rascón Silvestre y, a lo largo de la alta cadena central, una línea de «cazafantasmas» de hierro negro en forma de trébol. A ambos flancos se extendían laberínticas alas de dos plantas con galerías en cada uno de los pisos; las dobles columnatas estaban recubiertas con enredaderas de *arabella.* La madera del armazón era *gadroon* del bosque del Hada; la tablazón exterior era de gomero verde, igualmente duradero; las escaleras, barandillas, pisos, molduras, revestimientos y zócalos interiores eran de madera de quiebrahacha, *sachuli* perla, *verbana y* teca de Szintarre. Las arañas, muebles y alfombras se importaron no de Olanje (cuyos productos se consideraban baratos y vulgares), sino de uno de los remotos Viejos Mundos.

El cuerpo central de la mansión incluía el Gran Comedor, que era el corazón de Morningswake, donde la familia festejaba los acontecimientos importantes, recibía a los invitados y celebraba sus cenas en un ambiente que Schaine recordaba como portentosamente solemne. Todos se vestían para la cena; la mesa se servía con todo lujo, se sacaba la vajilla de fina porcelana, la cubertería de plata y la mejor cristalería; la conversación se confinaba a temas realmente dignos y no se toleraba el más ligero ataque al decoro. Cuando era niña, a Schaine le parecían aquellas cenas de lo más tedioso y no lograba entender por que no se permitía a Muffin cenar en el Gran Comedor, donde sus gracias y fantasías hubieran animado enormemente las charlas de sobremesa. Pero a Muffin se le excluía; cenaba solo en la cocina.

Cuando Schaine tenía once años, su madre falleció, ahogada en un accidente de barca ocurrido en el lago de la Sombra, y a partir de entonces las cenas en el Gran Comedor fueron lánguidas y acongojadas más que simplemente decorosas. Y Uther Madduc, inexplicablemente - para Schaine - , se tornó brusco e irrazonable; con frecuencia, provocaba la indignación e incluso la rebeldía de Schaine. No es que la chica no amara a su padre, Schaine era demasiado afectuosa para no querer a cuanto estuviese relacionado con su vida; sin embargo, había decidido que su padre merecía recibir una lección que le enseñara a tratar a la gente y a no ser tan arrogante con los uldras, en especial con el pobre Muffin.

En aquella época, Uther Madduc era hombre de notable buena presencia, erguido y alto, con una cabellera plateada que peinaba con elegante sencillez, claros ojos grises y facciones acordes con el estilo de los cánones estéticos clásicos. Nunca había sido tolerante ni sociable. Schaine lo recordaba como hombre de imaginación reflexiva e impulsos repentinos, simultáneamente tranquilo e inquieto, carente de toda aptitud o apego a la frivolidad. Sus escasos accesos de furor eran fríos y controlados, y se consumían sin consecuencias perceptibles; ni Schaine ni Kelse sufrieron nunca un castigo a manos de Uther Madduc, salvo, posiblemente, aquella última noche culminante... si es que verse

enviada a un caro internado de Tanquil podía considerarse castigo.

«En realidad - pensó Schaine - yo era una pequeña miserable, arrogante, inútil y vanidosa... Y sin embargo, y sin embargo...»

Kelse y Gerd Jemasze volaron al sur en el carguero de Morningswake para proceder al salvamento del *Ápex* y el *Sturdevant.* Les acompañaron dos primos de Gerd Jemasze y un par de braceros aos del rancho. Habían montado un cañón automático en la cabina del carguero, al objeto de rechazar cualquier posible ataque de los tiburones del cielo. A Elvo Glissam no le invitaron a unirse a la partida y el tampoco ofreció sus servicios; de modo que en vez de participar en la excursión, Schaine y el disfrutaron de un pausado desayuno bajo los gomeros verdes.

- No creo, de ninguna manera, que deba usted sentirse obligada a hacerme los honores - dijo Elvo Glissam - , sé que tiene un centenar de cosas en la cabeza.

Schaine sonrió.

- No tengo por qué entretenerle, eso no me preocupa. Ya le he enseñado un erjin salvaje, tal como le prometí, y en cuanto al centenar de asuntos que me bullen en la cabeza, no tengo intención de pensar en ellos durante varios días, si es que alguna vez lo hago. La verdad es que es harto posible que no haga absolutamente nada en el curso de un par de meses.

- Cuando recuerdo los últimos días - dijo Elvo Glissam - , no puedo creer que haya sucedido lo que ha sucedido. Y, no obstante, así ha sido.

- Ciertamente, es un modo de ponerse al día - repuso Schaine - . En una marcha de cinco jornadas, es casi inevitable cierto grado de intimidad, de confianza.

- Sí. Al menos con usted y con Kelse. Respecto a Gerd Jemasze, no sé. Me desconcierta.

- A mí tanto como a usted, y le conozco de toda la vida.

- Juraría que disfruta matando uldras - aventuró Elvo Glissam - . Aunque criticar sus motivos parece grosera ingratitud. Nos trajo vivos... tal como usted pronosticó.

- No es sanguinario - aseveró Schaine - . Sencillamente, para él los uldras no son seres humanos, sobre todo cuando nos están atacando.

- Ese hombre me asombra - declaró Elvo Glissam pensativamente - . Matar no figura entre mis habilidades.

- Se portó usted muy bien - dijo Schaine - . Kelse y Gerd le respetan, lo mismo que yo, de modo que no se atormente atribuyéndose deficiencias imaginarias.

- Ah, no me atormento. Con todo, no creo que hiciese nada que mereciera la pena.

- No se queje. Hizo y compartió más trabajo del que normalmente era necesario; su talante y su moral siempre rayaron a gran altura. Creo que tanto su actitud como su labor son dignas de todo elogio.

Elvo Glissam hizo un gesto de incrédula despreocupación.

- Naderías. En cuanto vuelva al medio ambiente que prefiero, todas las buenas cualidades que pueda poseer quedarán ocultas de nuevo.

Schaine miró la Sabana Sur.

- ¿De veras le gusta Morningswake?

- Claro que sí.

- ¿Y no se aburre?

- Con usted aquí, no.

La mirada de Elvo Glissam era inequívocamente apasionada.

Schaine esbozó una sonrisa ausente, con la vista perdida en la distancia.

- Desde que murió mi madre, todo ha estado muy tranquilo aquí, en Morningswake. Antes, todas las semanas se celebraban fiestas. Siempre había invitados, de otros dominios, de Olanje, incluso de otros planetas. Varias veces al año, los aos organizaban un karoo.

íbamos a menudo al pabellón de los lagos Gemelos o al del lago Flor de Nieve, en los Riscos de Suaniset. Nunca faltaban emociones y animación... antes de que muriese mi madre. No se le ocurra pensar que vivíamos como ermitaños.

- ¿Y luego?

- Mi padre se convirtió en un... bueno, «recluso» puede que sea un término exagerado. Después, me fui a Tanquil y, durante cinco años, Morningswake ha estado tranquilísimo. ¡Kelse dice que Kurgech ha sido el mejor amigo de mi Padre!

- ¿Y ahora?

- Me gustaría que Morningswake volviera a ser un lugar feliz.

- Sí, eso resultaría agradable. Salvo...

Elvo Glissam se interrumpió.

- ¿Salvo qué?

- Sospecho que los días de los grandes dominios están contados.

Schaine hizo una mueca.

- Qué idea más deprimente.

Kelse y Gerd Jemasze regresaron a Morningswake con los cascos del *Apex* y el *Sturdevant,* que remolcaron en fundas flotadoras. Un ataúd de cristal blanco contenía el cadáver de Uther Madduc, y Kelse llevaba un cuaderno de notas que encontró en una gaveta.

Los funerales se celebraron dos días después y Uther Madduc recibió sepultura en el cementerio familiar, al otro lado del río Chip-Chap, en el parque contiguo al bosque del Hada. Doscientos parientes, amigos de la familia y vecinos de los dominios cercanos acudieron a presentar su último homenaje a Uther Madduc.

Elvo Glissam lo contempló todo con cierta admiración, maravillado ante la conducta de aquellas personas tan distintas a él. Pensó que los hombres eran un montón de individuos prosaicos, mientras las mujeres carecían de algo que él no podía definir con precisión. ¿Frivolidad? ¿Picardía? ¿Ingenio? Hasta Schaine parecía más discreta de lo que a él le hubiera gustado, ya que dejaba poco espacio para la provocación, el coqueteo o cualquiera de los juegos sutiles que hacen tan divertida la sociedad urbana. ¿Mejor? ¿Peor? ¿Adaptación al medio ambiente? Elvo Glissam sólo estaba seguro de que Schaine Je parecía tan hermosa como algunos magníficos procesos naturales; la salida del sol, el oleaje encrespado al chocar contra los rompientes o las estrellas fulgurando en un cielo oscuro en plena noche.

Le presentaron a docenas de personas: primos, tías, tíos, con sus hijos e hijas, padres y madres, y más primos, tíos y tías, de ninguno de los cuales se acordaba. No apreció el menor síntoma de duelo, ni siquiera de furia contra el asesino; el talante que predominaba parecía más bien un torvo fuego que ardía sin llama y que, en opinión de Elvo Glissam, era de mal agüero en cuanto a cualquier posible acuerdo con los redentoristas.

Escuchó un fragmento de la conversación que mantenían Kelse Madduc y Lilo Stenbaren, del Dominio Dorado. Hablaba Kelse:

- ... no fue un acto cometido al azar. Estaba planeado, calculado con meticulosidad. Primero Uther Madduc y después nosotros.

- ¿Qué me dices de la «broma formidable» de la carta? ¿Tiene alguna relación?

- Es imposible afirmarlo o negarlo. Nos hemos traído el piloto automático del *Sturdevant* y volveremos a recorrer la ruta que siguió mi padre. Tal vez aún estemos a tiempo de sumarnos a él en esa «broma formidable».

Kelse indicó a Elvo Glissam que se acercara y procedió a efectuar las presentaciones.

- Lamento decir que Elvo Glissam, se reconoce redentorista, sin ninguna clase de vergüenza. Dm. Stenbaren se echó a reír.

- Recuerdo que hace cuarenta años había una «Sociedad pro Justicia Uaiana», diez años después, una «Liga contra los Usurpadores de Tierras» y, al cabo de algún tiempo, un grupo que simplemente se llamaba «Apoteosis». Y ahora, naturalmente, los redentoristas.

- Lo cual refleja una profunda y perdurable preocupación - hizo notar Elvo Glissam - . «Decencia», «seguridad contra el pillaje», «justicia», «reposición de la propiedad secuestrada» son conceptos intemporales.

- Conceptos que no nos molestan - dijo Dm. Stenbaren - . Por lo que a mí concierne, puede usted seguir abrigándolos.

A la mañana siguiente al día del funeral, una rutilante aeronave *Hermes,* de relucientes franjas plateadas y vivaz sonda de un metro de longitud, descendió del cielo en picado y, prescindiendo de la zona de aterrizaje que se extendía a un lado, fue a posarse directamente en la avenida que conducía a Morningswake Manor y se detuvo frente al edificio.

Al echar una ojeada desde la biblioteca, Schaine vio el aparato en medio de la bien rastrillada gravilla del paseo y se dijo que Kelse se enfadaría, sobre todo si se tenía en cuenta que el ocupante de la aeronave era Jorjol, el cual debía haber tenido mejor juicio.

Jorjol saltó al suelo y, durante un momento, examinó Morningswake con el aire de quien contempla algo que se dispone a comprar. Llevaba faldones de cuero claro con abertura, sandalias de piel, una esfera de cristal de roca en el dedo gordo del pie derecho y el «gorro de jarana» de un guerrero garganche: un enmarañado artefacto de varillas de plata al que se ataba y unía el blanqueado pelo de Jorjol, entre adornos de borlas. Se había aplicado al rostro una capa de aceite turquesa; su piel tenía un brillo tan azul como el de del esmalte del *Kermes.*

Schaine meneó la cabeza, entre divertida y molesta por la bravuconada de Jorjol. Salió al pórtico frontal para recibirle. El muchacho avanzó, cogió las manos de Schaine, se inclinó y la besó en la frente.

- Me he enterado de la muerte de tu padre, y comprendí que debía venir a expresarte mi condolencia.

- Gracias, Jorjol. Pero el funeral fue ayer.

- Lo sé. Pero te hubiese encontrado ocupadísima atendiendo a docenas de las personas más pesadas que uno pueda imaginarse. Quería expresarme a solas.

Schaine emitió una risa tolerante.

- Muy bien, pues exprésate. Jorjol ladeó la cabeza y examinó a Schaine con mirada aguda.

- En lo que se refiere a tu padre, el pésame es, naturalmente, lo correcto y oportuno. Era un hombre fuerte, un hombre digno de todo respeto... incluso aunque, como sabes, mis puntos de vista son contrarios a los que él tenía.

Schaine asintió con la cabeza.

- ¿Sabes que murió antes de que tuviese oportunidad de hablar con él? Vine a casa con la esperanza de encontrarle más flexible, más tolerante.

- ¿Mas flexible? ¿Más tolerante? ¿Más razonable? ¿Más justo? ¡Ja! - Jorjol echó hacia atrás su espléndida cabeza, en gesto que sugería cierto desafío - . Creo que no. Y dudo de que Kelse tenga intención de alterar las cosas un ápice. ¿Dónde está Kelse?

- En el despacho, entendiéndoselas con la contabilidad.

Jorjol recorrió con la vista la pintoresca vieja fachada de Morningswake.

- La casa es tan agradable y seductora como siempre. Me pregunto si te das perfecta cuenta de la suerte que tienes.

- Oh, claro que sí.

- Y que yo me he comprometido a poner fin a esta era.

- Vamos, Jorjol, no puedes engañarme. Sigues siendo Muffin, aunque con ropas de

fantasía.

Jorjol rió entre dientes.

- Reconozco que he venido mitad para manifestarte mi simpatía y mitad - más que la mitad, ciertamente - para verte. Para tocarte.

Avanzó un paso. Schaine retrocedió.

- No debes ser tan impulsivo, Jorjol.

- ¡Aja! ¡Pero si no tengo nada de impulsivo! Soy resuelto y sensato, y conoces mis sentimientos hacia ti.

- Sé lo que *sentías* por mí - dijo Schaine - , pero eso era hace cinco años. Voy a decirle a Kelse que estás aquí. Deseará verte.

Jorjol alargó el brazo y tomó la mano de Schaine.

- No. Deja que Kelse siga afanándose con sus números. He venido a verte a ti. Vayamos hacia el río, donde estaremos a solas.

Schaine bajó la vista hacia la delgada mano azul, de largos dedos y negras uñas.

- Casi es la hora del almuerzo, Jorjol. Quizá después de comer. Te quedarás, ¿no?

- Me encantará almorzar contigo.

- Iré a avisar a Kelse. Aquí tienes a Elvo Glissam, le conociste en casa de tía Val. Vuelvo dentro de un minuto.

Schaine se llegó al despacho. Kelse apartó la mirada de la calculadora para levantar la cabeza.

- Ha venido Jorjol.

Kelse efectuó un breve movimiento de cabeza.

- ¿Qué quiere?

- Pronunció unas bonitas palabras acerca de padre. Le he invitado a almorzar.

Jorjol y Elvo Glissam entraron en su campo de visión, en el prado cuyo césped crecía bajo los árboles *parasol.* Kelse soltó un gruñido y se puso en pie.

- Saldré a hablar con él. Almorzaremos en la terraza este.

- Aguarda, Kelse. Muéstrate amable con Jorjol. Merece que le tratemos como invitado nuestro. Hoy hace calor y el Comedor sería un sitio perfectamente adecuado.

- En doscientos años, ningún uldra ha entrado en nuestro Gran Comedor - dijo Kelse en tono paciente - . No tengo ningún interés en romper esa tradición. Ni siquiera por Jorjol.

- Pero es una tradición cruel que no merece la pena conservar. No somos fanáticos, ni tú ni yo... aunque padre lo fuera. Vivamos nosotros de manera más razonable.

- No soy fanático; soy verdaderamente muy razonable. Lo cierto es que me doy perfecta cuenta de que Jorjol eligió este momento - hoy - con mucha astucia, para conseguir nuestro sometimiento. Pero no se saldrá con la suya.

- ¡No logro entenderte! - exclamó Schaine con vehemencia - . Conocemos a Jorjol desde pequeños. Te salvó la vida, arriesgando la suya, y resulta absurdo de todo punto que no pueda almorzar con nosotros como cualquier otra persona normal.

Enarcadas las cejas. Kelse miró a Schaine de arriba abajo.

- Me sorprende que no comprendas el significado de todo esto. Conservamos Morningswake no gracias a la indulgencia de los demás, sino porque somos lo bastante fuertes como para defender lo que es nuestro.

- Has estado hablando con Gerd Jemasze - repuso Schaine en tono disgustado - Es incluso peor que padre.

- Schaine, cándida hermanita mía, lo que ocurre es que, sencillamente, no te enteras de lo que pasa.

La muchacha dominó su indignación.

- Sé esto: en Olanje acogen con los brazos abiertos a Jorjol, el Príncipe Gris, en todas partes; no deja de parecer extraño que no podamos tratarle igual aquí, donde se crió.

- Las circunstancias son distintas - repuso Kelse resignadamente - . En Olanje, no tienen nada que perder; la gente puede permitirse el lujo de los principios abstractos. Nosotros somos outkeros y vivimos en mitad de Aluan; si damos muestras de desfallecimiento, estamos listos.

- ¿Por qué no podemos tratar a Jorjol de manera civilizada?

- ¡Porque no está aquí en plan civilizado! Ha venido en condición de azul de Retenia. Si se presentara vestido como un outkero, comportándose como un outkero y sin oler a aceite de azul... en otras palabras, si viniese aquí como outkero, entonces se le trataría como a un outkero. Pero no lo ha hecho así. Llega alardeando de vestiduras uldras - con la piel teñida de azul - y de inclinaciones redentoristas... en resumen, que me desafía. De modo que reacciono. Si quiere disfrutar de privilegios outkeros, tales como almorzar en el Gran Comedor, debe hacerse respetable según mis normas. Es tan sencillo como eso.

A Schaine no se le ocurrió nada que decir. Dio media vuelta y, mientras se alejaba, Kelse le dijo:

- Ve a hablar con Kurgech; pídele opinión. La verdad es que pienso decir a Kurgech que nos acompañe a almorzar.

- Ahora estás tratando realmente de ofender a Jorjol.

La risa de Kelse fue borrascosa y amarga.

- ¡Te gusta darle la vuelta a las cosas! No debemos invitar a un uldra porque eso ofendería a otro.

- Tú no estás de acuerdo con la opinión que tiene Jorjol de sí mismo... con la imagen que se ha formado de su propia personalidad.

- Y él trata de obligarme a aceptar esa autoimagen. No la aceptaré. No pienso invitarle a esta casa; puesto que ha venido por propia voluntad, es él quien tiene que adaptarse a nosotros, no nosotros a él.

Schaine salió por la puerta de la estancia y regresó a la galería frontal.

- Kelse está sumido hasta las orejas en las cuentas - explicó a Jorjol - . Te ruega le disculpes y dice que te verá durante el almuerzo... Demos un paseo por la orilla del río.

Se contrajo el rostro de Jorjol.

- Desde luego; como gustes. Será un placer volver a visitar lo escenarios de mi más que feliz infancia.

Los tres, Schaine, Jorjol y Elvo Glissam, caminaron río arriba hacia el lago de la Sombra. Uther Madduc había levantado un cobertizo en el que se albergaban tres veleros. Elvo Glissam mostraba el mismo talante de siempre; el humor de Jorjol cambiaba de un minuto a otro. Lo mismo hablaba en tono disparatadamente jovial, tan dicharachero, alegre encantador como Elvo Glissam, que, un momento después, se tornaba melancólico ante algún recuerdo de su niñez y entablaba con Elvo Glissam una feroz discusión, sobre algo de importancia secundaria, pero que Jorjol defendía con enardecida intensidad. Schaine le observaba con arrobamiento, un tanto intrigada por las emociones que surgían, encrespadas, de aquel estrecho cráneo. No le hubiera gustado pasear a solas con Jorjol; decididamente, el muchacho se habría dejado llevar por una exaltación demasiado vehemente. La presencia de Elvo Glissam contrariaba a Jorjol, cuyos esfuerzos por disimularlo eran obvios. En una o dos ocasiones, Schaine pensó que Jorjol iba a pedir a Elvo Glissam que se retirase, ante lo cual, la joven se apresuró a intervenir.

Por fin, Jorjol se resignó ante las circunstancias y empezó a exhibir una nueva serie de actitudes: se mostró burlón, autocompasivo, sentimental, a medida que los puntos por los que discurrían llevaban a su mente el recuerdo de éste o aquél suceso de su infancia. Schaine empezó a sentir una nerviosa turbación; era evidente que Jorjol se dedicaba a adoptar poses. Le entraron ganas de provocarle, de bajarle un poco los humos, pero

comprendió que, de hacerlo, acaso le hiriese y ello pudiera originar una situación mas violentamente dramática. Así que contuvo la lengua. Sin abandonar su expresión tranquila, Elvo Glissam continuo manteniendo la conversación en el terreno de la intrascendencia impersonal, con lo que se ganó varias llameantes miradas de desprecio por parte de Jorjol.

Mientras tanto, Schaine se devanaba el cerebro preguntándose como anunciar que el almuerzo no se iba a servir en el Gran Comedor. El problema se resolvió por sí sólo; cuando regresaban hacia la casa, les resultó visible la mesa preparada en el prado de la parte oriental del edificio: allí estaba Kelse, que conversaba no sólo con Kurgech, sino también con Julio Tanche, el capataz ganadero. Tanto Julio como Kurgech vestían atavío outkero: pantalones de sarga, botas y camisa blanca suelta; ninguno de los dos se había aplicado aceite sobre la piel.

Jorjol se detuvo en seco, clavada la vista en los tres hombres. Se les acercó, despacio. Kelse alzó la mano en gesto de saludo cortes.

- Jorjol, sin duda te acuerdas de Kurgech y de Julio.

Jorjol asintió con una breve inclinación de cabeza y una sonrisa.

- A los dos los recuerdo muy bien. Ha corrido mucha agua por el río Chip-Chap desde la última vez que nos vimos. - Se irguió en toda su estatura - . Se han producido cambios. Y se van a producir más.

Fulguraron los ojos de Kelse.

- Vamos a poner fin a los asesinatos de los rétenos. Ese es un cambio. Puedes observar que eso se acaba en Retenia y en las tierras del Tratado a todo lo largo de Aluan. Es otro cambio.

- ¡Por favor! - terció Schaine - . Vamos a almorzar.

Jorjol se mantuvo rígido.

- No tengo ningún interés en almorzar al aire libre, como un criado. Prefiero hacerlo en el Gran Comedor.

- Me temo que eso es imposible - dijo Kelse con educada frialdad - . Ninguno de nosotros va vestido para la ocasión.

Schaine apoyó la mano en el brazo de Jorjol.

- Por favor, Muffin, no pongas las cosas más difíciles. Ninguno de nosotros somos criados; comemos fuera porque nos gusta.

- ¡Esa no es la cuestión! Soy hombre de categoría y prestigio; tan bueno como cualquier outkero ¡y quiero que se me trate con la debida dignidad!

Kelse replicó en tono neutro:

- Cuando vengas vestido como outkero, cuando manifiestes respeto hacia nuestra sensibilidad y nuestras instituciones, la situación cambiará.

- ¡Aja! Bueno, entonces... ¿qué me dices de Kurgech y Julio? Cumplen esas condiciones; llévalos al Gran Comedor, dales de comer, y yo almorzaré aquí fuera, solo.

- Eso puede suceder en la oportunidad y el momento adecuados, pero no hoy.

- En tal caso - dijo Jorjol - , considero que no puedo almorzar con vosotros y, en consecuencia, me voy a mis asuntos.

- Como gustes.

Schaine acompañó a Jorjol al *Mermes.*

- Lamento que las cosas se hayan estropeado - se disculpó la muchacha en voz baja - . Pero, la verdad, Jorjol, no había necesidad de que te mostraras tan irascible.

- ¡Bah! Kelse es un desagradecido y un necio. ¿Cree que su gran ejército puede asustarme? ¡Algún día se enterará del rumbo que llevan los acontecimientos! - Cogió a la joven por los hombros - . Eres mi dulce Schaine. ¡Vente ahora conmigo! Sube a mi avión y lo dejaremos todo a nuestra espalda.

- No seas tonto, Muffin. Ni en sueños haría una cosa así.

- ¡Una vez lo hiciste!

- Eso fue hace mucho, mucho tiempo. - Se echo hacia atrás cuando Jorjol intentó besarla - . ¡Basta ya, Muffin, por favor!

Jorjol se quedó inmóvil, envarado por la emoción, sus manos apretaron los hombros de Schaine con tal fuerza que la joven se encogió a causa del dolor. Un ruido: Jorjol dirigió la mirada rabiosamente hacia la casa, para ver que Kurgech echaba a andar hacia adelante, en apariencia sumido un sus propios pensamientos. Schaine dio un respingo y se liberó.

Jorjol saltó al interior del *Hermes* como un hombre al que le han arrebatado algo y el aparato salió disparado por el cielo. Schaine y Kurgech observaron como desaparecía por el oeste. Schaine volvió la cabeza y miró el hermético semblante gris de Kurgech.

- ¿Qué le ha pasado a Jorjol? ¿Cómo se ha vuelto tan agresivo y tan insultante?

Pero mientras pronunciaba las palabras, Schaine recordó que Jorjol siempre había sido agresivo e insultante.

- Huele a muerte y destrucción - repuso Kurgech - ; lleva el desastre consigo como un animal lleva a su cachorro.

- Hay cambios en el aire - dijo Schaine - . Los presiento; nos oprimen a todos. Dime: ¿qué opinan los aos? ¿Desean que abandonemos Morningswake?

Kurgech volvió la mirada hacia el sur y contempló aquel paisaje que durante miles de años había sido territorio ao.

- Algunos jóvenes han escuchado a los wittolos; se modelan a sí mismos tomando como ejemplo al Príncipe Gris y se hacen llamar Vanguardia de la Nación Uldra. Otros opinan que Aluan es demasiado grande como para que le afecten las palabras. Si los outkeros reclaman la tierra, muy bien, que lo hagan. Para nosotros, el coste de la operación será reducido y obtendremos algunas ventajas. Luego, los de la Vanguardia exhortan: «¿Qué ocurrirá en el futuro, cuando se construyan cientos de nuevas casas y nos obliguen a retirarnos al desierto? ¡Esta tierra es nuestra, nos la arrebataron y ahora debemos recuperarla!» Pero el otro grupo alega: «Esos centenares de nuevas casas no demuestran nada. ¿No hay bastantes problemas en el mundo sin necesidad de anticipar más?» Y la discusión continúa...

- ¿Qué te parece lo de hoy, el que Jorjol deseara almorzar en el Gran Comedor?

- Jorjol ha pretendido demasiado.

- ¿Y tú? ¿Deseas sentarte en el Gran Comedor?

- Si me invitasen, me sentiría muy honrado de aceptar. El Gran Comedor es un santuario que nadie debe violar. Uther Madduc conocía el emplazamiento de nuestras kachembas; pudo haberlas violado muchas veces, pero nunca lo hizo. De haber cumplido ciertos ritos, vestir el adecuado atavío de ceremonia y acudir en el idóneo estado de ánimo, hubiese podido visitar cualquiera de nuestros lugares sagrados, salvo los que pudieran resultarle azarosos, exclusión hecha sólo por su propia seguridad. Desde luego, él me habría dejado prendas outkeras y me habría llevado al Gran Comedor, de habérselo pedido yo.

Schaine se pellizcó los labios dubitativamente.

- Padre era un hombre estricto.

- Puede que algún día conozcas la verdad. Schaine se sobresaltó.

- ¿La verdad sobre que?

- Lo sabrás a su debido tiempo.

El almuerzo lo sirvieron Wonalduna y Saravan, dos de las doncellas aos que, en continua sucesión alternante, optaban por trabajar un año o dos en la gran casa. La cocinera de Morningswake era Hermina Lingotet, prima segunda de Kelse y Schaine, quien, como Reyona Werlas-Madduc, el ama de llaves, se consideraba miembro de la familia más que sirvienta. Para aquel almuerzo había preparado un *halash o* estofado picante, al estilo ao,

con perejil silvestre, una fuente de humeante cebada y una ensalada de hierbas frescas del huerto de la cocina. La retirada de Jorjol había dejado cierta sensación de incomodidad en el ambiente. Sólo cuando Elvo Glissam sacó a relucir el tema de los erjines y su inteligencia cobró vivacidad la conversación. A Kurgech no le faltaban anécdotas que contar: la de los cuatro erjines que, comunicándose telepáticamente, planeaban tender una emboscada a una partida de jinetes somajjis; la batalla entre erjines y morfotas; el encuentro cara a cara con un erjin en un camino de montaña...

Así transcurrió la comida. Sin que intercambiasen señal perceptible alguna, Kurgech y Julio se pusieron en pie simultáneamente, manifestaron en tono cortés su agradecimiento y se marcharon. Kelse, Elvo Glissam y Schayie continuaron a la mesa, disfrutando del frescor de la atmósfera, bajo los gomeros verdes.

- Bueno - dijo Schaine - , el almuerzo ha concluido y, una vez más, a Muffin se le excluyó del Gran Comedor. Me gustaría saber qué es lo que piensa.

- El diablo se ha apoderado de Muffin, Jorjol, Príncipe Gris o como le guste llamarse - declaró Kelse con voz irritada - . Quisiera que se trasladase a Olanje y fijara allí su residencia. En Olanje puede asistir a tantas fiestas outkeras como le apetezca.

- Es un muchacho animoso - aventuró Elvo Glissam prudentemente - , por lo menos.

- Está loco - rezongó Kelse - . Megalomanía, alucinación, histeria... de todo eso sufre.

Schaine miró hacia la sabana.

- ¿A qué se refería cuando me aludió al «gran ejército» que parece estás organizando?

Kelse esbozó una sonrisa agria, dirigida a Schaine.

- Sus espías le han informado de muchas más cosas de las que nosotros sabemos. Ese «gran ejército» no es más que unas cuantas marcas en un papel. Gerd Jemasze y yo hemos estado trabajando en un proyecto que esperábamos pudiera seguir siendo confidencial durante por lo menos unas semanas más.

- No me interesan tus secretos.

- En realidad, no es ningún secreto; lo cierto es que se trata de una evidente medida que deberíamos haber tomado hace años: organización política. Gerd y yo hemos redactado el borrador provisional de unos estatutos federativos.

- Esa es toda una empresa - comentó Elvo Glissam - . Habrán estado atareadísimos.

- Alguien tenía que ponerse en movimiento. Hemos telefoneado a todos los dominios y ninguno de ellos deja de estar a favor de la unidad política. Jorjol, naturalmente, se ha enterado de la noticia y da por supuesto que nos estamos organizando con fines militares.

- Lo que sin duda es verdad. Kelse inclinó la cabeza.

- Pretendemos defendernos.

- ¿Que opina el Mull? - tanteó Elvo - . ¿No controla las tierras del Tratado?

- En teoría, sí. En la práctica, no. Si el Mull se preocupa de sus asuntos, nosotros nos ocuparemos de los nuestros.

Elvo Glissam guardó silencio. Schaine dejó escapar un triste suspiro.

- ¡Todo parece tan frágil e inseguro! ¡Si pudiéramos tener la certeza de que Morningswake es verdaderamente nuestro!

- Será nuestro hasta que permitamos que alguien nos lo arrebate. Cosa que no va a ocurrir.

6

Schaine y Elvo salieron a dar un paseo montados en sendos críptidos. Kelse había insistido en que llevasen armas de fuego y les acompañaran dos peones del rancho, lo cual molesto a Schaine. Pero cuando avanzaban en dirección sur, hacia los Skaws, la muchacha reconoció que tales precauciones eran probablemente muy acertadas.

- No estamos tan lejos de Retenia como todo eso - le dijo a Elvo Glissam - y, como sabe, pueden suceder cosas muy desagradables.

- No me quejo.

Se detuvieron a la sombra del Gran Skaw: una aguja de piedra arenisca de mas de sesenta metros de altura, mole estratificada, con predominio de los colores beige, amarillo, rosa y gris. La mansión de Morningswake apenas era visible bajo los claros gomeros verdes y los robles transestelares, más oscuros. A lo lejos se vislumbraba la todavía más opaca línea del bosque del Hada, tendida a lo largo del horizonte. Hacia el oeste, el Chip-Chap serpenteaba de un lado a otro, para acabar desapareciendo por el suroeste y desembocar después en el lago de la Matanza.

- Cuando éramos pequeños - explicó Schaine - , veníamos aquí a merendar y a localizar turmalinas; hay un dique de pegmatita por allí... Fue donde el erjin atacó a Kelse, dicho sea de paso.

Elvo examinó los alrededores.

- ¿Ahí mismo?

- Yo estaba al otro lado de la pegmatita; Kelse y Muffin trepaban por el picacho. El erjin salió de esa grieta y subió detrás de los chicos. Agarró a Kelse y tiró de *él* hacia abajo; oí el ruido y volví para ayudarle, pero Muffin ya había disparado sobre el erjin y el animal se agitaba en el suelo, precisamente donde está usted ahora. Entonces llegó Kurgech, ligó el brazo y la pierna de Kelse y lo llevaron a casa. Y Muffin se convirtió en el gran héroe. Durante una semana.

- ¿Que pasó después?

- Ah... hubo una trifulca de pronóstico. Me fui a Tanquil, muy enfadada. Luego, Muffin se marchó a Retenia y ahora es el Príncipe Gris. - Schaine lanzó una ojeada circular a la zona - Supongo que, en realidad, este sitio no me gusta... Pobre Kelse.

Intranquilo, Elvo volvió la cabeza y miró por encima del hombro.

- ¿Vienen a menudo erjines por aquí? De vez en cuando, se acercan para observar el ganado, pero nuestros aos son rastreadores formidables; los persiguen y saben seguir pistas que uno ni siquiera ve. Los erjines lo saben y, por regla general, se quedan en el interior de su páramo.

Al regresar al Señorío de Morningswake, vieron el abollado avión *Dacy* de Gerd Jemasze en la zona de aterrizaje. Kelse y Gerd trabajaban en la biblioteca y no aparecieron hasta que se sirvió la cena en el Gran Comedor. De acuerdo con la costumbre de Morningswake, todos lucían las vestiduras que mandaba el protocolo: Gerd Jemasze y Elvo Glissam llevaban las prendas que se mantenían para uso de invitados casuales. Schaine pensó que no había problema, el rito realzaba la ocasión; prendas y modales sencillos, sin etiqueta, contrastarían de modo incongruente con las sillas de alto respaldo, la enorme y antigua mesa de madera de árbol umbrío, la araña importada de las Cristalerías Zitz, de Gilhaux (Darybant) y el servicio de mesa, herencia y reliquia familiar. Aquella

noche, Schaine se había esmerado de modo especial en el acicalamiento de su persona. Llevaba un sencillo vestido largo de tono oscuro y el pelo recogido sobre la parte superior de la cabeza, al estilo de las náyades de Pharistane, con una irradiante esmeralda en forma de estrella sobre la frente.

Reyona Werlas-Madduc, con la ayuda de Hermina Lingolet, ya había llevado la comida; a la mesa de madera de umbrío se sentaban sólo cuatro personas; las que compartieron la marcha de ciento cincuenta y tantos kilómetros a través del erial.

Mientras saboreaban el vino, Schaine se echó hacia atrás en la silla y, entrecerrados los párpados, miró a aquellos hombres y simuló que eran desconocidos a los que ella iba a evaluar objetivamente. Pensó que Kelse aparentaba más edad de la que le correspondía por sus pocos años. No llegaría a ser nunca un hombre tan imponente como su padre. Su semblante era flaco y afilado; estrías de reafirmación comprimían su boca. Por contra, Elvo Glissam parecía afable, tranquilo y alegre, como si nada le preocupase en el mundo. Desde el distante punto de vista adoptado por Schaine, Gerd Jemasze tenía un aspecto sorprendentemente elegante. El hombre volvió la cabeza y las miradas de ambos se tropezaron. Como siempre, Schaine noto cierto latido interior de antagonismo, desafío o vaya usted a saber que otra emoción. Gerd Jemasze bajo la vista hacia la copa de vino; a Schaine le asombró y divirtió descubrir qué Gerd Jemasze había reparado en su presencia; a lo largo de todos los años de su vida, de la vida de Schaine, Gerd Jemasze siempre la había ignorado.

- La carta circula ya por los dominios - dijo Kelse - . Si conseguimos la aprobación general, y creo que la conseguiremos, nos convertiremos *ipso facto* en una unidad política.

- ¿Y si no lográis la aprobación general? - preguntó Schaine.

- Eso es improbable. Ya hemos tratado el asunto con todos.

- ¿Y si no les gusta la estructura de vuestra carta e insisten en introducir modificaciones?

- La carta no está estructurada del todo. Es simplemente el manifiesto de una causa común, un acuerdo que hay que consensuar, un compromiso que ha de acatarse por voluntad de la mayoría. Es el fundamental primer paso que había que dar; después aprobaremos un documento más completo.

- De modo que ahora debemos esperar.

¿Cuánto tiempo?

- Una o dos semanas. Acaso tres.

- Tiempo suficiente - dijo Gerd Jemasze - para averiguar donde reside el humor de la «broma formidable» de Uther Madduc.

El interés de Elvo Glissam se despertó automáticamente.

- ¿Cómo?

- Es cuestión de seguir su ruta. En algún punto del recorrido descubriremos lo que le había hecho tanta gracia.

- ¿Cuál fue su ruta? - preguntó Schaine.

- Desde Morningswake, voló quinientos kilómetros hacia el norte, veintiocho en dirección noreste... en otras palabras, que llegó a la Estación de Palga n.° 2. Allí aterrizó. - Gerd Jemasze saco la libreta de Uther Madduc - . Escuchad esto: «Ningún hombre se atreve a surcar el cielo sobre el Palga. ¡Portentosa paradoja! Los mensajeros del viento, tan mansos, tan indecisos, se transforman en feroces demonios cuando ven una aeronave. Sacan los antiguos cañones ligeros; el avión estalla y cae hecho trizas. Planteé la pregunta a Flisent: "¿Por qué disparáis a los aviones?"

"Porque", contestó, "lo mas probable es que los piloten saqueadores azules". "¡Ah!", dije yo, "¿cuando ocurrió la última incursión uldra?" "Yo no la recuerdo, ni tampoco la recuerda mi padre", contestó Flisent. "A pesar de todo, así es como deben ser las cosas; no

queremos que nadie vuele por nuestro espacio aéreo." Me permitió examinar su cañón: un instrumento maravilloso y quise saber quién había creado un arma tan estupenda. Flisent no pudo contarme mucho. El cañón, con su complicada decoración a base de volutas y sus magníficos grabados, era herencia familiar, legada de padres a hijos desde una época inmemorial; podía haber llegado allí en la olvidada primera exploración de Koryfon; ¿quién sabe?

Gerd Jemasze alzó la cabeza.

- Escribió esto, según parece, a los pocos días de haber aterrizado en la Estación de Palga n.° 2. Por desgracia, no hay mucho más. Dice: «El palga es un territorio de lo más extraordinario y Flisent es también un camarada de lo más extraordinario. Como todos los mensajeros del viento, es un diestro y entusiasta ladrón, a menos que se le disuada mediante el cachete o la vigilancia. Aparte de eso, es un tipo estupendo. Posee una goleta y treinta y siete parcelas que cultiva al paso. ¡Cómo se identifican estos hombres con el aire, el sol, las nubes y la meteorología! Verlos al timón, con las velas hinchadas sobre sus cabezas y las gigantescas ruedas girando, es como ver personas absortas en un rito religioso. Y, sin embargo, diles que tres veces dos equivalen a seis y se te quedarán mirando con cara de pánfilos. Interrógales acerca de los erjines, quién los adiestra y cómo lo hace, y su rostro reflejará un profundo desconcierto. Pregúntales cómo pagan sus bonitas ruedas, la lona de las velas y los accesorios metálicos y se quedarán con la boca abierta, como si sospecharan que has perdido el juicio».

Gerd Jemasze pasó la hoja. - Aquí hay una parte que titula «Notas para un tratado»; «Srenki: fabulosa y tremenda casta, ¿o es un culto? El conocimiento llega al niño a través de sueños recurrentes. Adelgaza, se torna pálido y preocupado, hasta que, al final se marcha de su carreta. Luego realiza su primera hazaña; después, en esta tierra apacible y extraña, se concentra dentro de sí mismo y disipa la infamia elemental de todos los demás, que responden con indulgencia y compasión a esa criatura ahora espantosa. Los srenkis son pocos; en todo el Palga habrá tal vez un centenar o, como máximo, dos: puede entenderse muy bien qué fantasmal y profunda discurre en su interior la filtración de sumidero». Silencio; nadie habló. Gerd Jemasze pasó otra página.

- Aquí viene la última parte. Dice: «El hombre se llama Poliamides. Le he engatusado con el truco de Kurgech y reconoce haber visto el centro de adiestramiento de erjines. "¡Llévame allí, pues!" Vacila. Giro un poco el prisma y mi voz llega desde el cielo al interior de su cerebro. "¡Llévame allí!"... ¡La voz de un dios con ojo solar! Poliamides acepta lo inevitable, aunque se da perfecta cuenta de que bate un millón de destinos mezclándolos en una especie de sopa caótica. "¿Dónde y a qué distancia?", pregunto. "Allá y bastante lejos", responde; así que ya veremos».

Gerd Jemasze dio la vuelta a otra hoja.

- Sigue una lista de números que no consigo interpretar, y eso es todo. Salvo esta página final. Primero, dos palabras: «¡Esplendor! ¡Maravilla!», y luego: «De todas las agridulces ironías, esta es la primordial. ¡Qué despacio toca a muerto el carillón de los siglos! ¡Qué resonante, plañidera y dulce es la justicia de los tonos!» Luego, un último párrafo: «La cosa está tan clara que apenas necesita demostración; no obstante, esta demostración maravillosa existe ya, y si alguien se atreve a cuestionar nuestro derecho y nuestra justicia, puedo inmovilizarle en el muro de su propia y absurda ridiculez doctrinaria».

Gerd Jemasze cerró el cuaderno de notas y lo arrojó encima de la mesa.

- Eso es todo. Regresó al *Sturdevant.* El piloto automático indica que voló directamente hacia Morningswake. Dos días después estaba muerto en el Dramalfo.

- No comprendo - dijo Elvo Glissam - , en primer lugar, por qué fue al Palga. ¿Para comerciar?

- Es bastante extraño - dijo Kelse - , teniendo en cuenta que iba en una misión por la que estaba entrañablemente interesado. La primavera pasada visitó Olanje y tomó nota de los erjines de tía Val. Nadie parecía conocer el proceso de amaestramiento de los erjines, de modo que padre fue al Palga para averiguarlo.

- ¿Y lo averiguó? ¿Es esa la «broma formidable»?

Kelse se encogió de hombros.

- No lo sabemos.

- Palga debe de ser un sitio notable.

- Recuerdo toda clase de historias insólitas - dijo Schaine - ... la mitad de ellas falsas, sin duda. Intercambio de recién nacidos que van de una carreta a otra, conforme a la teoría de que un crío al que educan sus propios padres se convierte en un niño mimado.

- ¿Te acuerdas de nuestra vieja niñera Jamia?

- preguntó Kelse - . Nos aterraba con las consejas sobre los srenkis que nos contaba al llevarnos a la cuna.

- Me acuerdo muy bien de Jamia - afirmó Schaine - . Una vez nos explicó que los mensajeros del viento colgaban de los árboles sus cadáveres, para ponerlos fuera del alcance de los perros salvajes, y al pasar por el bosque se encontraba uno con que desde cada árbol le sonreía un esqueleto.

- Y no sólo cuelgan de los árboles cadáveres - añadió Jemasze - . También hacen lo mismo con los abuelos enfermos... y después arrancan el árbol, para ahorrarse la molestia de volver luego al bosque.

- Un pueblo encantador - comentó Elvo Glissam - . Entonces, ¿que piensa hacer?

- Volar a la Estación de Palga n.° 2 y descubrir el rastro de Uther Madduc, de la manera que sea. Kelse meneó la cabeza.

- Ese rastro es muy antiguo; no, no lo encontrarás nunca.

- Yo no lo encontraría, pero Kurgech sí.

- ¿Kurgech?

- Quiere acompañarme. Nunca ha estado en el Palga y desea ver las carretas de vela.

Expansivamente, Elvo Glissam se brindó:

- A mí también me gustaría ir, si es que puedo ser útil en algo.

Schaine apretó los labios; imposible protestar o aludir a la dureza y los peligros de la expedición sin violentar a Elvo, como tampoco podía señalar que Elvo había trasegado varias copas de aquel fuerte vino color de ámbar.

El rostro de Gerd Jemasze se contrajo tan levemente que quizá sólo Schaine se dio cuenta. El siempre latente desagrado que lo producía Jemasze flameó en el interior de la muchacha; pero se contuvo y no hizo ningún comentario.

Gerd Jemasze dijo en tono seco, aunque cortés:

- Agradezco la oferta de su compañía... sin embargo, estaremos fuera una semana, acaso algo más, en unas condiciones difíciles.

Elvo Glissam se echó a reír.

- No podrá ser peor que la marcha a través del Dramalfo.

- Espero que no.

- Bueno, no soy precisamente un alfeñique y tengo un interés particular en el asunto.

Terció Kelse, con su tono más ponderado, lo que aumentó el enojo de Schaine:

- Elvo quiere ver con sus propios ojos, de primera mano, la esclavización de erjines.

Elvo sonrió, sin dar la menor muestra de sentirse molesto.

- Una gran verdad - ratificó.

- Supongo que Kelse puede proporcionarle un par de botas y unas cuantas prendas y piezas de equipo adecuadas - dijo Gerd Jemasze, sin entusiasmo alguno.

- Eso está hecho - confirmó Kelse.

- Muy bien, pues; saldremos mañana por la mañana, si consigo dar con Kurgech.
- Habrá subido al viejo Pomar; estará con su tribu.

Durante unos segundos, Schaine luchó con la inquieta tentación de unirse a la aventura, pero al final, aunque de mala gana, desechó la idea. No sería justo para Kelse marchar al Palga y dejarle solo.

7

El aerocoche volaba con rumbo norte sobre un territorio de montes bajos, amplios valles, ríos sinuosos, bosques de *gadrunes,* árboles llama, mangos y algún que otro gigantesco *jinko* uaiano. Elvo Glissam iba sumido en una sensación de irrealidad, casi arrepentido de su fanfarronada de la noche anterior. No cesaba de volver la cabeza... «No lo lamento, de ninguna manera», se decía con firmeza; se había unido a la expedición por buenas y suficientes razones: para examinar de cerca las circunstancias básicas de la esclavitud de erjines, una línea de conducta a la que se veía impulsado por su compromiso moral. Y había otro motivo más visceral. Lo que Gerd Jemasze pudiera hacer, Elvo Glissam podía hacerlo.

Elvo Glissam miró hacia el otro extremo del vehículo. Él aventajaba en unos dos centímetros de estatura a Gerd Jemasze. Éste era más ancho de hombros, con mayor capacidad torácica, decidido, preciso y eficiente en sus movimientos; no empleaba ningún floreo innecesario ni ejecutaba ninguno de esos gestos típicos que son la sal y pimienta de una personalidad. Ciertamente, la primera y acaso la segunda y la tercera impresión que daba Gerd Jemasze era la de una persona parca, monótona, seria e incolora; no parecía tener la menor brizna de dinamismo, talento o mordacidad. La actitud de Elvo Glissam hacia el mundo era optimista, positiva, constructiva: Koryfon, toda la Vastedad Gaeana, verdaderamente, necesitaba mejorar, y sólo mediante el esfuerzo de todas las personas de buena voluntad podían llevarse a la práctica los cambios precisos.

Aunque era suficientemente cortés y considerado, a Gerd Jemasze no podía calificársele de individuo simpático y no cabía la menor duda de que miraba el cosmos a través de una lente de egocentrismo. Por idéntica razón, Gerd Jemasze tenía una soberana seguridad en sí mismo; la posibilidad de fracasar en cualquier empresa a la que se lanzara nunca había cruzado por su mente, y Elvo experimentaba cierto reconcomio de envidia o irritación, o incluso un débil sentimiento de disgusto... que instantáneamente rechazaba, por mezquino e indigno. ¡Si Gerd Jemasze fuera menos arrogante en sus pretensiones inconscientes, menos inocente!... porque, después de todo, la insensible confianza en sí mismo de Gerd Jemasze no podía ser más que ingenuidad. En cientos de competencias, su nivel resultaría auténticamente bajo. No sabía prácticamente nada de los logros alcanzados por el hombre en los reinos de la música, las matemáticas, la literatura, la óptica, la filosofía... Medidos ambos por el rasero de cualquier consideración normal, sería Gerd Jemasze quien se sintiera molesto y resentido respecto a Elvo Glissam, y no al revés. Elvo Glissam se las arregló para emitir una ácida risita entre dientes.

Echó una nueva mirada al paisaje que se deslizaba bajo el avión. Aún estaba a tiempo de que lo devolviesen al punto de partida, si se lo pidiera; con alegar que se encontraba mal... La reacción de Gerd Jemasze habría sido sólo de leve desconcierto; le importaba tan poco, en un sentido o en otro, que ni siquiera se sentiría molesto... Elvo frunció el ceño. Ya estaba bien de compadecerse de sí mismo y de retorcerse las manos. Se esforzaría al máximo para ser un compañero competente; si no lo conseguía, pues no lo había conseguido, nada más; se negó a seguir pensando en ello. El índice de Gerd Jemasze señaló un punto del suelo donde tres enormes bestias de pelaje gris se revolcaban en un cenagal. Una de ellas se irguió, anduvo arrastrando las patas hasta la orilla del lodazal y levantó la mirada de sus alelados ojos hacia el aerocoche.

- Perezosos acorazados - informó Gerd Jemasze - . Primos hermanos de los morfotas. Se rezagaron en la evolución.

- Pero no tienen relación alguna con los erjines.

- Absolutamente ninguna. Hay quien dice que los erjines se desarrollaron a partir de los gergoides montañeses: mitad ratas, mitad escorpiones; otros rechazan esa teoría. Los erjines no dejan fósiles.

El aerocoche siguió surcando el aire hacia el norte. Por delante se perfiló el Palga, con los Volwodes tratando de horadar el cielo por el oeste. Gerd Jemasze hizo cobrar altura al aparato, para volar justo por debajo de las amplias columnas de cúmulos acariciados por los rayos del sol. Al nivel del suelo, la superficie se elevaba y descendía, como si el piso estuviese bajo presión. De súbito, una escarpa erosionada hasta formar miles de estribaciones y barrancos, alzó ante ellos una cara cortada a pico de una altura de novecientos metros. Más allá, a lo largo de una distancia remota y soleada, se extendía el Palga.

Cerca del borde de la escarpadura se apiñaban una docena de edificios de paredes enjabelgadas y tejados de color pardo-negro.

- Estación de Palga n.° 2 - anunció Gerd Jemasze concisamente - . Es probable que vea erjines para exportar... No le ayudará nada mostrarse agraviado por ello.

Elvo se las arregló para que su risa sonara comprensiva.

- Estoy aquí sólo como observador.

Tuvo conciencia en aquel momento de que nunca había oído a Gerd Jemasze expresar una opinión, ni en un sentido ni en otro, sobre la esclavización de erjines.

- ¿Qué me dice de usted? ¿Cuál es su idea respecto a la cuestión?

Gerd Jemasze reflexionó un par de minutos.

- Personalmente, malditas las ganas que tengo de ser esclavo.

Se interrumpió y, al cabo de un momento, Elvo se dio cuenta de que no iba a ampliar más su conato de opinión... acaso porque no tenía formada ninguna opinión. Luego, mientras enarcaba las cejas, por su propia insensibilidad, Elvo corrigió su criterio y se dijo que, al parecer, lo que Gerd Jemasze había manifestado era algo así como: «A primera vista, la situación presenta aspectos obscenos y vergonzosos, pero puesto que sabemos tan poco de la totalidad del cuadro, me reservo mi juicio definitivo. En cuanto al desconsuelo de los Gremios Laborales de Olanje y los sentimientos heridos de la Sociedad para la Emancipación del Erjin, difícilmente me los puedo tomar en serio».

Elvo sonrió. Traducidas al lenguaje de Villa Mirasol, tales eran las opiniones de Gerd Jemasze.

El aerocoche tomó tierra en el recinto central de la Estación n.° 2. A la izquierda zigzagueaba una larga, baja e irregular estructura con piso de cemento, encalada, de tejado de ángulos e inclinaciones increíbles sostenido por gruesos postes; evidentemente, era una posada. Por delante, a lo largo del borde occidental del recinto, se alzaban tres naves con aspecto de talleres, de altas puertas abiertas tanto por la parte frontal como por la trasera, lo que permitía ver cierto número de vehículos en proceso de construcción. Un estante soportaba una docena de gigantescos neumáticos tan altos como un hombre, o quizá más; al otro lado y dentro de los cobertizos de montaje se vislumbraban más vehículos, incongruentemente equipados con mástiles, vergas, botalones, bauprases y jarcias. A la derecha, en el límite norte del perímetro, se alineaba otro complejo de tinglados abiertos, algunos de los cuales almacenaban jaulas vacías, mientras otros disponían de cuadras resguardadas desde las que una docena de erjines miraban impasibles al frente.

En los talleres, los obreros hablan interrumpido su actividad. Una media docena de ellos salieron para cruzar el recinto y acercarse al aerocoche: hombres morenos, robustos, no muy altos de estatura. Varios lucían un tocado que Elvo consideró absurdo a todo serlo: discos horizontales de madera, de metro veinte de diámetro y dos centímetros y medio de

grosor, asegurados a un casco de hierro que iba sujeto con tiras de cuero a la barbilla y alrededor del cuello, por el cogote. ¿Cómo podía llevar alguien un chisme tan incómodo? Gerd Jemasze ejecutó entonces una acción curiosísima. Al aproximarse los hombres, cogió un palo y trazó un círculo en la tierra del suelo del recinto, círculo dentro del cual quedó el aerocoche. Los trabajadores se detuvieron, después reanudaron su avance, más despacio, y acabaron inmovilizándose ante la circunferencia del círculo. Eran los primeros mensajeros del viento que Elvo veía: representantes de una raza completamente distinta a los uldras. Su piel, de un tono moreno claro, parecía atezada por un pigmento innato más que por la exposición al sol y tenía la peculiar característica de que no presentaba ni sombras ni claros. Algunos de aquellos individuos llevaban gorros de tela, otros, discos de madera y cascos de hierro; en los puntos donde el pelo era visible, se mostraba como una maraña de rizos castaños claro y lo llevaban sin ninguna atención evidente al peinado. Sus facciones eran menudas y achatadas, salvo por las más bien pronunciadas mandíbulas; los ojos tenían un inquietante color amarillo pálido. Cierto número de ellos lucían bigotito; varios se habían depilado las cejas, lo que les confería una expresión extraña. Todos vestían pantalones cortos de color gris, azul claro o verde claro, con camisa suelta de similar tejido; todos llevaban encima del pelo o del gorro lo que parecían ser ornamentos de cristal soplado en complicadas formas; tal adorno iba sujeto con cintas de colores.

Gerd Jemasze les dirigió la palabra:

- Buena suerte y mejor viento a todos. Los obreros respondieron murmurando una bendición.

- ¿Comercias o compras? - preguntó uno.

- Mi negocio aún no se me ha aclarado. Se me mostrará en alas de un sueño.

Los trabajadores asintieron, en gesto de comprensión, e intercambiaron susurros unos con otros. Elvo se quedó boquiabierto a causa de la sorpresa; ni por lo mas remoto hubiera podido esperar tales vuelos de fantasía poética en boca del prosaico Jemasze, quien en aquel instante señalaba el círculo.

- Observad este *fiap.* No lo impone Ahariszeio, sino que lo hacemos respetar nosotros mismos, nuestros puños y la mordedura de nuestras armas. ¿Lo entendéis con claridad?

Los operarios se encogieron de hombros, arrastraron los pies y alargaron el cuello para examinar el avión y lo que contenía.

- ¿Dónde está el sacerdote? - preguntó Jemasze.

- Allá, en sus compartimientos, al otro lado de la posada.

Jemasze volvió la cabeza hacia Kurgech, que se recostaba en el fuselaje del aparato, con una pistola significativamente expuesta a la vista. Jemasze miró de nuevo a los mensajeros del viento.

- Podéis marcharos sin pesar; nuestra propiedad no está abandonada ni a disposición de los demás, sino diligentemente protegida.

Los trabajadores hicieron gestos corteses y regresaron a sus cobertizos.

- ¿Que significa todo esto? - preguntó Elvo, perplejo.

- Los mensajeros del viento roban todo lo que puedan agarrar - explicó Gerd Jemasze -. Los signos protectores, los talismanes, se llaman *fiap;* los verá por todas partes. Los mensajeros del viento los llevan en el pelo.

- ¿Por que sé tocan con esos discos de madera?

- El que lo lleva es porque ha violado algún rito o mandamiento religioso. Aquí, la única autoridad es la del sacerdocio.

- Me duele la cabeza sólo de pensarlo - rezongó Elvo.

- A veces, esos discos tienen hasta diez e incluso quince centímetros de grueso. En tales casos, el pecador normalmente muere en cuestión de ocho o quince días, a menos que tenga alguien que le cuide.

- ¿Qué ha de hacer para ganarse un disco? Gerd Jemasze se encogió de hombros.

- Escupir contra el viento. Hablar en sueños. No estoy familiarizado con las leyes de los mensajeros del viento. Vamos; visitaré al sacerdote y conseguiremos algunos fiaps.

El sacerdote vestía túnica blanca; su cabellera, teñida totalmente de negro y rematada por pequeñas bolas de ónice, le caía sobre los hombros. El redondo semblante era barbilampiño y círculos negros pintados rodeaban los ojos, lo que daba al hombre una intensa expresión de búho. No mostró la menor sorpresa al ver a Gerd Jemasze y Elvo Glissam, aunque estaba dormido encima de su lecho cuando ambos entraron en el compartimento.

Gerd Jemasze inició una conversación que, una vez más, dejó atónito a Elvo Glissam.

- Le deseamos buenos vientos, sacerdote. Solicitamos un conjunto de fiaps que cubran todas las fases de la vida.

- Naturalmente, naturalmente - repuso el religioso - . ¿Venís a comerciar? No necesitaréis tantos fiaps.

- No somos comerciantes; venimos al Palga por placer y para ver cosas nuevas.

- ¡Vaya! Sin duda sois hombres de gustos sencillos, fáciles de complacer. Aquí no organizamos verbenas ni ferias, no ofrecemos chicas jóvenes de voz melodiosa ni banquetes de carnes suculentas. En realidad, encontraréis por estos pagos pocas personas de vuestra clase.

- Mi amigo Uther Madduc pasó por aquí recientemente - dijo Gerd Jemasze - . Me ha dicho que le suministró fiaps y que le dio consejo.

- No, yo no. Poliamides ejercía entonces este sacerdocio. Yo soy Moffamides.

- En ese caso, presentaremos nuestros respetos a Poliamides.

Los ojos de Moffamides se tornaron redondos y brillantes; se pellizcó los labios y meneó la cabeza con desaprobación.

- Poliamides resultó hombre inconstante; ha abandonado el sacerdocio para retirarse al *sarai*[*].

Tal vez fue indebidamente expansivo con vuestro amigo Uther Madduc.

- En nombre de Ahariszeio, pues, proporciónanos fiaps y fortalécelos.

El clérigo miró en el interior de una caja de cuero negro, forrada de fieltro rosa, en cuyo fondo descansaban una docena de esferas de cristal de roca. Las tocó, las movió, las volvió a colocar como estaban y luego se echó hacia atrás bruscamente, al tiempo que soltaba una breve exclamación de sorpresa.

- ¡Los augurios son desfavorables! Debéis regresar a Aluan.

- ¡Ha manipulado mal las esferas! - replicó Gerd Jemasze con aspereza - ; los presagios son favorables.

Moffamides le dirigió una aguda mirada de soslayo; las cuentas de ágata que colgaban de sus cabellos entrechocaron, produciendo un suave tintineo.

- ¿Como te atreves a decir tal cosa? ¿Sois sacerdotes?

Jemasze respondió con un seco movimiento de cabeza.

- Uther Madduc ha muerto, como sabe. Los ojos de Moffamides se desorbitaron, al parecer a causa de una sorpresa auténtica.

- ¿Como iba a saberlo?

- Gracias a la telepatía, que es una de las propiedades de los sacerdotes, según me han dicho.

- Sólo en determinadas circunstancias, y nunca en relación con los acontecimientos de

[*] Sarai: una extensión infinita, de horizonte a horizonte, de tierra o agua, absolutamente desprovista de obstáculos o impedimentos que entorpezcan el tránsito, la cual, en cam bio, proyecta sobre el viajero una irresistible y apremiante necesidad de seguir adelante, de avanzar rumbo a un destino conocido o desconocido.

Aluan, territorio del que no se más de lo que tú puedas saber del Palga.

- El fantasma de Uther Madduc ha depositado una pesada carga sobre nosotros. Él y Poliamides fueron compañeros y, por seguridad mutua, se cedieron cada uno de ellos una chispa del alma del otro.

Elvo Glissam escuchaba horrorizado aquella conversación. ¡Y había tenido a Gerd Jemasze por lerdo e impávido!

Moffamides se sentó, con aire meditativo y entrecerrados sus ojos de búho.

- Es la primera noticia que tengo de ello.

- Había que decírselo, y si nosotros tenemos que regresar a Aluan sin el alma de Uther Madduc, le pediré que nos acompañe para consolar a su fantasma.

- Eso es imposible de todo punto - declaró el sacerdote - . No me atrevo a salir del Palga.

- En tal caso no tenemos más remedio que intercambiar unas palabras con Poliamides.

Moffamides asintió despacio, pensativamente, perdida la mirada en el vacío.

- Primero - advirtió Gerd Jemasze - debe proporcionarnos fiaps.

Una vez más, Moffamides se puso en guardia.

- ¿Fiaps de qué naturaleza?

— Idee para nosotros un fiap que nos permita cruzar con nuestro aerocoche los cielos del Palga, sin ningún impedimento.

Las comisuras de la boca de Moffamides trazaron una curva descendente y el sacerdote levantó el índice.

- ¿Eructos de gas y gemidos de energía en los soberbios vientos de Ahariszeio? ¡Ni pensarlo! Tampoco crearé un fiap de buena ventura, porque tengo conciencia de presagios y sombras, y puede que no todo vaya bien. En el mejor de los casos, puedo crear un talismán general que os ponga bajo la clemencia de Ahariszeio.

- Muy bien; aceptaremos ese fiap con gratitud. Adicionalmente, el aerocoche ha de estar protegido contra toda clase de daños, molestias e infortunios, incluidos robos, destrucción, curiosidad, averías, vandalismo, escarnio, traslado u ocultación. Quiero fiaps para mí y para mis acompañantes, fiaps que nos preserven de vejaciones, perjuicios, magia, engaño, explotación, captura o inmovilización, además de las diversas etapas y condiciones de la muerte. También necesitaremos un conveniente surtido de fiaps para nuestro vehículo, que nos garantice buenos vientos, suaves aterrizajes, estabilidad y hermoso destino.

- Pides mucho.

- Para un sacerdote tan íntimo de Ahariszeio como usted, nuestras solicitudes son insignificantes. Podríamos pedir más.

- Ya es suficiente. Como es costumbre debes pagar unos honorarios.

- Discutiremos esos honorarios a nuestro regreso, una vez se hayan probado los fiaps.

Moffamides abrió la boca para decir algo, pero en seguida la cerró de nuevo.

- ¿Será muy largo vuestro viaje?

- Todo lo largo que haga falta. ¿Dónde está Poliamides?

- No muy a mano.

- Debes dirigirnos a él, entonces. Moffamides asintió cavilosamente.

- Sí. Os daré la dirección y os proporcionaré fiaps. Estos tienen que ser poderosos y no desvanecerse. Mañana estarán cargados de fuerza.

Gerd Jemasze efectuó una breve inclinación de cabeza.

- Danos un fiap provisional que otorgue seguridad a nuestro vehículo del cielo, y otros que nos protejan durante la noche, a nosotros y a nuestras pertenencias.

- Traslada tu aerocoche a la parte trasera de los almacenes de carretas. Llevaré allí los

fiaps.

Gerd Jemasze regresó al avión, lo remontó para que sobrevolara los almacenes y tomó tierra en la zona indicada: un lugar donde se acumulaban docenas de vehículos, de diversos estilos y tamaños, viejos y nuevos, desde una goleta de tres palos y ocho ruedas de tres metros, destinada al transporte de mercancías, hasta un falucho de tres ruedas y mástil inestable. Ligados a cada uno había una combinación de bombillas de cristal retorcido y varillas de diversos colores, de las que pendían cintas lo bastante largas como para rebasar la borda de las carretas.

Moffamides les aguardaba allí con una cesta.

- Estos son fiaps de potencia general. - Sacó los objetos - . Este fiap rojo y verde es de tipo normal y preservará indefinidamente vuestro aerocoche. Los azules y blancos asegurarán vuestras pertenencias mientras permanezcáis en la posada. El fiap negro, verde y blanco protegerá al uldra de la venganza, la maldad y las garras de los fantasmas. Los dos fiaps con los colores negro, azul y amarillo bastarán para vosotros, los outkeros.

Jemasze ató el fiap rojo y verde al aerocoche, y distribuyó los otros entre Elvo, Kurgech y él.

- Todo correcto - dijo Moffamides y, sin más ceremonia, se alejó a través del patio.

Jemasze contempló los fiaps no muy convencido de su eficacia.

- Espero y deseo que funcionen y no sean puro camelo.

- Son buenos fiaps - aseguro Kurgech - . Llevan magia.

- Yo no noto nada - manifestó Elvo en voz baja - . Supongo que mi sensibilidad está atrofiada.

Jemasze se acercó a examinar un balandro de altos mástiles sobre cuatro ruedas de más de metro ochenta, con cubierta de mimbre y una pequeña cabina.

- Toda mi vida he deseado navegar en una de estas carretas. Esta es probablemente demasiado ligera y demasiado pequeña. Ese queche de allí resultaría más apropiado.

Los tres se dirigieron a la posada y entraron en un salón separado de la cocina por un mostrador de refregada madera de tono claro, que les llegaba a la altura del pecho. En la cocina, un hombro moreno y robusto, desnudo de cintura para arriba y reluciente de sudor, atendía una hilera de cacerolas que hervían burbujeantes en una enorme cocina de hierro. Esperaron; el cocinero les lanzo una mirada severa y luego cogió un machete y empezó cortar en trozos cuadrados una chirivía.

Entró en la estancia una joven, alta y esbelta, con un rostro tan impasible como el de una persona sonámbula. Siempre alerta ante las variedades humanas singulares, Elvo se sintió instantáneamente fascinado.

Con cierto grado de animación, aquella joven iba a resultar de una belleza extraordinaria, que combinaría la languidez del nenúfar y la elegancia de algunos de esos ágiles y rápidos animales blancos del invierno. Pero el semblante se mantenía pasivo y la hermosura estaba ausente. «O casi ausente», pensó Elvo; aunque tal vez se encontrara allí, más extraña que nunca, por implicación. El ebúrneo cutis de la muchacha tenía una tonalidad mas clara que la de la piel de un mensajero del viento corriente y mostraba un lustre o florescencia de suprema sutileza y color indefinible: ¿azul?, ¿verde azulado?, ¿violeta verdoso? La melena, castaño oscura, le llegaba hasta los hombros y estaba sujeta a la frente por una cinta negra, con un fiap púrpura, negro y escarlata en la parte posterior.

La suave voz de la moza les preguntó qué deseaban y Gerd Jemasze, en tono más bien brusco, contestó que querían tres camas, cena y desayuno. Elvo Glissam se extrañó ante la poca delicadeza de Jemasze. La muchacha retrocedió con la misma gracia airosa con que una ola vuelve al mar después de acariciar la playa. Les hizo una seña y los tres hombres la siguieron a un cavernoso salón comunal, sumido en la penumbra y por el que se movían misteriosas sombras. Losas de piedra gris oscura pavimentaban el suelo; postes de madera

con manchas de humo sostenían las vigas del techo, del que colgaban centenares de fiaps apenas visibles. Una alargada ventana con cientos de piezas de cristal pardas y purpúreas permitían el paso de una claridad umbrosa que realzaba las características de postes, vigas y paneles, enriquecía el tono rojo oscuro de los manteles que cubrían las mesas y, con su determinante claroscuro, dramatizaba las facciones de las otras personas que ocupaban la habitación. Estas eran cinco hombres que jugaban sentados a una mesa, entre puñetazos y tacos con los que daban énfasis a los avatares de la partida, mientras un pinche de blanco delantal servía jarras de cerveza.

La joven les condujo a través de la sala comunal, para llegar, por un corto pasillo, a una baranda desde la que no se veía más que cielo. Elvo miró por encima de la barandilla. Habían construido la posada sobre el mismísimo borde de la escarpadura; aquella galería estaba suspendida en el vacío. Entre la pared y los postes se tendían cierto número de hamacas, algunas de las cuales, según indicó la mujer, estaban a disposición de los viajeros. Un pasaje, cuyo piso soportaba largos pilotes como patas de araña, se extendía por encima de la sima; al final del mismo estaba el excusado, que consistía en una barra sobre el ventoso vacío y una cañería de la que manaba un chorrito de agua fría. Se podía ver abajo, muy abajo, el centelleo del agua corriente, agua que Elvo confió en que no constituyera la fuente del Chip-Chap.

Los tres hombres se llevaron al balcón sendas jarras de cerveza: una suave y fragante bebida elaborada a base de bayas de *wortle y* sol de Palga. Bebieron, sentados allí, mientras Methuen, el sol, descendía en medio de un cataclismo de escarlata, rosa y rojo, como un rey que avanzase hacia la muerte.

En el balcón reinaba el silencio. La joven alta se presentó con más jarras de cerveza y se quedó inmóvil, con la mirada fija en la puesta de sol, como si contemplara por primera vez en su vida tan extraordinaria vista; al cabo de un momento, volvió a cobrar vida y regresó al salón comunal.

Medio ebrio de cerveza y puesta de sol, Elvo Glissam abandonó sus dudas y temores; allí, incuestionablemente, se encontraba el instante más espléndido de su existencia... ¡a pesar de aquellos extraños alrededores y con tan inexplicables compañeros! Las preguntas se agolpaban en su cabeza.

- Los fiaps - se dirigió a Kurgech - : ¿controlan realmente a los mensajeros del viento?

- Los mensajeros del viento no conocen ningún otro control.

- ¿Que le sucedería al que desobedeciese un fiap?

Kurgech ejecutó un movimiento que, pese a su levedad, implicaba que no era menester sacar a relucir aquella cuestión.

- El infractor sufre lo suyo y en muchos casos muere.

- ¿Cómo sabía que los fiaps del sacerdote llevaban magia?

Kurgech se limitó a encogerse de hombros.

- Si uno vive donde se desconoce la magia - terció Jemasze - , nunca la reconoce. Elvo miró hacia el cielo.

- Nunca tuve experiencia en cuestiones de magia... hasta ahora.

El crepúsculo empezó a difuminar el panorama; la joven hizo una majestuosa aparición para anunciar que la cena estaba servida. Los tres hombres la siguieron a la habitación comunal y cenaron un menú de pan salado, alubias y embutidos, adobo de ingredientes desconocidos y ensalada de hierbas dulces. Los jugadores no les prestaron la menor atención, ajenos a todo lo que no fuera su partida, una partida que se jugaba con varillas de madera pulimentada, de diez centímetros, revestidas en las puntas con remates de colores brillantes, que normalmente, aunque no en todos los casos, eran distintos. Cada jugador, por turno, tomaba una varilla de un receptáculo, ocultando los extremos para que los otros

jugadores no los vieran, hasta que, tras la correspondiente deliberación, enseñaba en su soporte uno u otro de los extremos. Después de cada mano, se podía o no efectuar un descarte en el centro de la mesa, habitualmente acompañado de una palabrota o exclamación. El juego provocaba considerable tensión y los jugadores intercambiaban profusamente miradas de sorpresa y fruncimientos de cejas que subrayaban los cálculos mentales que hacían.

Jemasze y Kurgech se fueron a sus hamacas. Elvo continuó sentado, como espectador de aquel juego que resultaba más complicado de lo que a primera vista le pareció. Las ciento cinco varillas se dividían en veintiún grupos, que permitían combinaciones de rojo, negro, naranja, blanco, azul y verde. Para iniciar la partida, las varillas se colocaban en el receptáculo, que se agitaba hasta que uno de los palillos aparecía en una ranura dispuesta de forma que no permitía ver ninguna de las dos puntas. El jugador correspondiente cogía la varilla, la examinaba a escondidas y luego introducía un extremo por el agujero del soporte que tenía delante de sí encima de la mesa. Cada jugador iba sacando varillas, por turno, conservándolas o descartándolas, hasta que todos los miembros de la partida tenían cinco varillas sobresaliendo de sus respectivos soportes, con otra variación de colores oculta y conocida sólo por el jugador al que correspondía el soporte. Después de cada ronda de extracción de varillas, los jugadores aceptaban, aumentaban la apuesta o se retiraban, según considerasen buenas o malas las posibilidades que les ofrecía su juego. Cada uno de los que continuaban cogía otra varilla y procedía a desecharla o a introducirla en el soporte, aunque normalmente se descartaba de uno de los palillos que tenía previamente; y así continuaba la partida hasta que se habían sacado, seleccionado o descartado todas las varillas. En ese punto, los jugadores consideraban sus últimos descartes y los colores expuestos en las cajas, y, con esa información, cada jugador trataba de adivinar los colores ocultos en los soportes de los contrarios: todo lo cual servía de base para la definitiva ronda de apuestas. Hechas éstas, los jugadores enseñaban los extremos encubiertos. La combinación de varillas más alta ganaba el total acumulado de las apuestas. Elvo, un tanto intimidado por los viscerales gruñidos de emoción, permitió que su timidez se impusiera a la curiosidad y se mantuvo a una respetuosa distancia de la partida; como consecuencia no pudo determinar el valor de cada una de las combinaciones y enterarse de cuál era la más alta.

Una vez más, la joven se adelantó para servir una jarra de cerveza que, aunque no la había pedido, Elvo aceptó encantado. Trataba de llamar la atención de la muchacha, para tener ocasión de intercambiar unas palabras amistosas con ella, cuando en la habitación irrumpió un hombre de aspecto y porte impresionantes. Su rostro era un conjunto de facciones desproporcionadamente grandes y discordantes entre sí: mandíbulas anchas, mejillas hundidas, pómulos protuberantes, boca constituida por una delgada hendidura amplia y flexible, que se retorcía en estúpida mueca. Los ojos, redondos y amarillo claros, parpadeaban dolientes como si la luz les mortificase. Los largos y gruesos brazos colgaban de unos hombros fornidos; huesos y músculos formaban en el torso un relieve de irregulares, nudos y bultos; las largas piernas concluían en un par de pies enormes. Elvo tuvo la impresión de que aquel individuo parecía a la vez imbécil y astuto; simple y, no obstante, fértil en ideas.

Por el rabillo del ojo, los jugadores le vieron entrar, pero, tras esa rápida ojeada de soslayo, no le prestaron ninguna atención; el pinche le ignoró, como si no existiese. El sujeto se acercó a la mujer y le dijo algo; a continuación, mientras una sonrisa suavemente mustia curvaba sus labios, propinó a la muchacha una bofetada, cuyo sonoro chasquido provocó el que a Elvo se le revolviera el estómago. La joven fue a parar al suelo; el hombre le propinó un puntapié en la nuca.

En el cerebro de Elvo se grabó automáticamente una imagen que nunca olvidaría: la

demudada muchacha tendida en el piso de la habitación, con un hilillo de sangre fluyendo de entre sus labios, sereno, impávido el semblante, fija le mirada en ninguna parte; el hombre la observó con expresión de orgulloso deleite y alzó de nuevo su pesada pierna, dispuesto a descargar una patada, como un bailarín que estuviese interpretando una grotesca giga; los jugadores se limitaron a lanzar fugaces vistazos de reojo, desde la mesa, indiferentes y remotos; el propio Elvo Glissam, de Olanje, estaba allí sentado, pasmado y horrorizado. De pronto y ante su asombro, se vio a sí mismo en el momento de extender el brazo, agarrar el pie y tirar de él con fuerza, lo que hizo que el hombre cayese contra el suelo, aunque sólo para levantarse raudo, con increíble agilidad, y, siempre con la tristona mueca en el rostro, disparar un puntapié a la cabeza de Elvo. Era la primera vez en toda su vida que Elvo peleaba a brazo partido; apenas supo qué hacer, salvo echarse hacia atrás instintiva y bruscamente, de modo que el ímpetu de la patada no consiguió más que agitar el aire ante su rostro. A la desesperada, aferró el pie del individuo y empujó hacia adelante. El hombre, repentinamente contorsionado el rostro a causa del pánico, retrocedió a la pata coja, con saltitos ridículos, cruzó la puerta de la galería recorrió el espacio de ésta, franqueó la barandilla y cayó al vacío.

Tambaleante, Elvo volvió a su silla. Se sentó y, cuando sus jadeos disminuyeron un poco, tomó un trago de la jarra de cerveza. Los jugadores seguían enfrascados en su partida. La mujer se marchó cojeando. Cayó sobre el dormitorio comunal un silencio sólo quebrado por los ruidos que se producían en la mesa de los jugadores. Elvo se acarició la frente y bajó la mirada hacia la cerveza de la jarra. Evidentemente, aquel episodio había sido una alucinación... Durante varios minutos, Elvo permaneció inmóvil. Acudió a su mente un extraño pensamiento: el hombre no llevaba encima ningún fiap, ningún talismán protector. Elvo apuró pensativamente la jarra de cerveza, se puso en pie y salió en busca de su hamaca.

8

A la mañana siguiente, no hubo alusión alguna al suceso. El posadero sirvió un desayuno a base de pan, té y carne fría, y después tomó las monedas que le entregó Gerd Jemasze como pago de la cuenta. El trío abandonó la Posada del Velero y cruzaron el recinto exterior hacia la zona de la parte de atrás de los almacenes. El aerocoche seguía tal como lo dejaron. Jemasze proyectó su atención sobre las carretas de vela. Su mirada pasó de largo por un enorme carruaje cervecero de ocho ruedas, tres palos y multitud de obenques, vergas y drizas. Concedió más interés a las carretas vivienda de cuatro y seis ruedas. Sus neumáticos tenían dos metros y medio de altura. El habitáculo iba montado sobre una suspensión cuyos muelles quedaban a menos de sesenta centímetros del suelo. La mayoría de tales vehículos estaban aparejados como goletas o bergantines de dos mástiles. Al igual que las carretas de carga, parecían más preparados para resistir travesías por territorios azotados por vientos monzónicos que para desplazarse con rapidez y maniobrar con soltura.

Jemasze se interesó entonces por una yola terrestre de unos nueve metros de eslora, con cuatro ruedas de muelles independientes, cubierta lisa y un par de camarotes a proa y a popa. El encargado del almacén había estado observando discretamente a Jemasze. Se le acercó para enterarse de lo que necesitaba y ambos iniciaron una negociación que les ocupo cerca de una hora. Por último, Jemasze obtuvo un precio que le pareció aceptable por el alquiler de la yola terrestre y el encargado del almacén fue en busca de velas para equipar la embarcación. Jemasze y Kurgech volvieron a la fonda al objeto de adquirir provisiones, mientras Elvo trasladaba el equipaje y las pertenencias personales del turismo del cielo a la yola terrestre.

Moffamides, el sacerdote, atravesó el patio.

- Habéis elegido un buen vehículo para vuestro viaje - le dijo a Elvo - . Sólido, duro, veloz y manejable.

Elvo Glissam acogió la opinión del sacerdote con un asentimiento cortés.

- ¿Que clase de carreta-velero utilizó Uther Madduc?

Los ojos de Moffamides se tornaron inexpresivos.

- Me atrevería a suponer que una muy parecida a ésta.

Del interior del cobertizo salieron varios hombres cargados con velas, que procedieron a ligar a los palos. Moffamides observó las operaciones con benévola aprobación. Elvo se preguntó si debería referir el incidente de la noche anterior, que ahora le parecía del todo irreal. Desde luego, había que hablar de algo. Disimulo, en tono jovial y ligero:

- Resido en Szintarre; en Olanje, para ser más preciso. Estoy profundamente interesado en los erjines. ¿Cómo se las arreglan para domesticar a semejantes criaturas?

Despacio, Moffamides volvió la cabeza y sus ojos de gruesos párpados examinaron atentamente a Elvo Glissam.

- Es un proceso muy complicado. Empezamos con las crías y las amaestramos para que obedezcan nuestras órdenes.

- Eso ya lo supongo, ¿pero cómo es posible que unas bestias tan feroces lleguen a convertirse en criados domésticos semiinteligentes?

- ¡Ja, ja! ¡Las bestias feroces son semiinteligentes desde el principio! Lo que hacemos es convencerlas de que vivirán mejor cumpliendo las funciones de montura uldra que

correteando por el desierto, desnudas y muriéndose de hambre, y todavía mejor si trabajan de sirvientes en casas de outkeros.

- ¿Eso significa que se comunican con los erjines?

Moffamides elevó los ojos al cielo.

- Hasta cierto punto.

- ¿Telepáticamente? Moffamides enarcó las cejas.

- No somos realmente expertos en eso.

- Hummm. En Olanje, una importante sociedad pretende poner coto a la esclavización de erjines. ¿Que opina de eso?

- Tonterías. Se desaprovecharía a los erjines, en cambio así conseguimos estupendas ruedas, piezas y partes metálicas para nuestras carros de vela. El comercio es beneficioso.

- ¿No le parece un comercio inmoral? Moffamides miró a Elvo con una expresión que parecía de benigna perplejidad.

- Es una ocupación que Ahariszeio aprueba.

- Me gustaría visitar los laboratorios, campamentos o como quiera que los llamen. ¿Podría concertarse una visita?

El sacerdote dejó escapar una breve carcajada.

- Imposible. Ah, aquí están sus amigos. Jemasze y Kurgech volvían a la yola terrestre. Moffamides los saludó sosegadamente.

- Vuestra embarcación esta deseando partir y surcar el sarai. Pueden anunciarse vientos favorables; es hora de zarpar.

- Todo está muy bien - dijo Jemasze - , pero ¿cómo encontraremos a Poliamides?

- Lo mejor que puedes hacer es olvidarte de Poliamides. Se encuentra muy lejos. Como todos los outkeros, piensas demasiado en lo evanescente.

- Reconozco ese defecto; ¿dónde está Poliamides?

Moffamides ejecutó un ademán pausado.

- No puedo decirlo; no lo se.

Kurgech se inclinó hacia adelante y su mirada se clavó en las pupilas amarillentas del sacerdote. La cara de Moffamides adoptó una expresión laxa. Kurgech dijo en tono suave:

- Está mintiendo. Moffamides se indigno.

- ¡No practiques tu magia de azul aquí en el Palga! ¡No estamos indefensos! - Recuperó su compostura casi al instante - . Sólo trato de protegeros. Los presagios son malos. Uther Madduc sufrió una desgracia y ahora vosotros os empeñáis en repetir su error. ¿Tiene algo de extraño que yo perciba malos vientos?

- A Uther Madduc lo mató un azul - declaró Gerd Jemasze - . Que yo sepa, no existe relación alguna entre su muerte y su viaje por el Palga.

Moffamides sonrió.

- Tal vez te equivoques.

- Tal vez. ¿Pretendes ayudarnos o ponernos trabas?

- Mi mejor ayuda consiste en apresurar vuestro regreso Aluan.

- ¿Qué peligros encontraríamos? Palga es famoso por su tranquilidad.

- Nunca defraudes al srenki - avisó Moffamides - . Realizan sus trágicas hazañas y así nos protegen a todos.

Al cerebro de Elvo Glissam llegó aquel conocimiento; el terrible hombre de la noche había sido antes uno de ellos. ¿Les estaba transmitiendo Moffamides una advertencia o un reproche?

- Soportan dolorosamente su parte de infelicidad - silabeó Moffamides - . Si se maltrata a uno de ellos, los otros exigen una reparación exagerada.

- Eso no nos interesa - dijo Jemasze - . Infórmanos sobre Poliamides y nos pondremos en marcha.

Elvo Glissam enarcó las cejas al levantar la mirada al cielo.

- Viajar hacia el noreste un buen tramo - indicó Moffamides - . Coged el tercer camino, el cual lo encontraréis en la tercera jornada. Seguid por esa ruta durante cuatro días, hasta que lleguéis al Aluban, que es un extenso bosque, y preguntad por Poliamides en la columna blanca.

- Muy bien. ¿Ha preparado nuestros fiaps?

Moffamides permaneció silencioso durante unos segundos; luego dio media vuelta y se alejó. Cinco minutos después regresaba con un cesto de mimbre.

- Estos son fiaps poderosos. El verde-amarillo protege la yola. El de los colores naranja, verde y blanco se encarga de vuestro amparo personal. Os deseo toda la alegría de los bellos vientos que Ahariszeio decida enviaros y que éstos os sean favorables.

Moffamides cruzó el patio y desapareció.

Elvo, Kurgech y Gerd Jemasze subieron a bordo de la yola terrestre; Jemasze puso en marcha el motor auxiliar y la embarcación rodó y entró en el sarai. Una brisa monzónica llegaba del sur. Elvo se encargó de la rueda, mientras Kurgech y Jemasze izaban el foque, la vela mayor y la del palo de mesana; el vehículo avanzó sobre el firme *soum*[*]. Elvo se recostó en el asiento, alzó la vista al cielo y después contempló el paisaje, donde el único contraste, lo único que variaba eran las sombras móviles de las nubes. Luego volvió la cabeza y observó cómo, por la parte de popa, disminuía de tamaño la Estación número 2. ¡Libertad! ¡En el sarai batido por el viento, sólo rodeado de espacio! ¡ Ah, por vida de un mensajero del viento! Jemasze orientó el velamen; la yola terrestre dio un salto hacia adelante y fue cobrando velocidad hasta alcanzar la que Elvo estimó en unos cincuenta kilómetros por hora. No hacía falta estar pendiente del timón; Elvo aplicó a la rueda un dispositivo en forma de gancho que la sujetaba y se incorporó para disfrutar del movimiento de la yola. Kurgech y Gerd Jemasze parecían sentir algo similar a lo que experimentaba Elvo. Kurgech se erguía junto al palo mayor y dejaba que el aire desgreñase sus ralos mechones ambarinos; estirado en la cabina, Jemasze ponía la espita a uno de los barriles de cerveza con que había aprovisionado la yola terrestre.

- Puede que no haga falta decirlo, pero la verdad es que hay formas de vivir mucho peores que ésta - comentó.

Methuen se elevó en el cielo. La Estación número 2 había desaparecido por popa. El sarai presentaba el mismo aspecto de antes: una llanura de color pardo, cuya monotonía aliviaban aquí y allá algún que otro matojo amarillo pajizo o algún que otro puñado de flores aplanadas. Las sombras de las nubes seguían cursos caprichosos sobre el soum; el aire era fresco, ni excesivamente frío ni lo que se dice cálido, y olía tenuemente a paja y a la fragancia, más sutil, que emanaba del liquen. No había nada que ver, lo que no era óbice para que a Elvo le pareciese aquel paisaje cualquier cosa menos uniforme; cambiaba constantemente de un modo que a Glissam no le resultaba fácil definir; acaso debido a las nubes y las sombras. Las ruedas susurraban en sus veloces giros y dejaban su marca lineal sobre el soum; de vez en cuando, diversas rodadas venían a recordar que también pasaron por allí otros carruajes de vela.

Elvo observó que Kurgech y Jemasze intercambiaban unas palabras y miraban hacia popa. Se puso en pie y escudriñó el horizonte meridional. No distinguió nada y volvió a sentarse. Puesto que ni Kurgech ni Jemasze consideraron pertinente informarle, se abstuvo de formular preguntas.

Mediada la tarde, un conjunto de pequeños altozanos surgieron en la lontananza. Al aproximarse, resultaron ser montecillos de cierta altura, flanqueados por campos de

[*] Soum: liquen de color pardo, duro, espeso y resistente que cubre como una alfombra la mayor parte de la superficie del Palga.

cultivo: cereales, melones, árboles frutales, plantas de pan y mantequilla, matas de pimientos, vides de elixir. Las parcelas tendrían algo menos de media hectárea; cada una de ellas contaba con un sistema de regadío mediante tuberías radiales procedentes de un estanque, y cada una de ellas estaba protegida por un llamativo fiap.

Ya estaba muy avanzada la tarde y como quiera que el estanque constituía un lugar agradable en el que darse un baño, Jemasze optó por acampar allí. Elvo miró los frutales, pero Jemasze se apresuró a señalarle los fiaps.

- ¡Cuidado!

- ¡Esa fruta está madura! ¡La verdad es que se está pudriendo, se va a estropear y es un despilfarro!

- Le advierto que no debe tocarla.

- Hummm. ¿Qué pasaría si me como, digamos, una de esas mandarinas?

- Sólo sé que su locura o su muerte representaría un inconveniente para todos nosotros, de forma que, por favor, domine su apetito.

- Claro - dijo Elvo, tieso - . Faltaría más.

Arriaron las velas, pusieron cuñas en las ruedas, se bañaron en el estanque, prepararon la cena en una fogata de acampada y luego se sentaron y, con unas tazas de té en la mano, contemplaron otra magnífica puesta de sol.

El crepúsculo se convirtió en noche; en el cielo empezaron a fulgurar multitud de estrellas, en número imposible de contar. La constelación Gyrgus trazó su rizo a través del cénit; la Pentadex brilló por el suroeste; en el este destacó el resplandeciente milagro del Cúmulo Alastor. Los hombres sacaron sus sacos de dormir neumáticos, los tendieron sobre la cubierta de la yola y se acostaron.

A medianoche, Elvo se medio despertó y, adormilado, evocó el episodio de la noche anterior. ¿Realidad? ¿Alucinación?... En el Palga sonó un misterioso silbido, al que unos minutos después siguió otro parecido, también suave y extraño, procedente de una dirección distinta. Elvo se levantó en silencio y aguardó junto al mástil. La silueta de un hombre se recortó sobre él, visible al resplandor de las estrellas. A Elvo, el corazón le dio un vuelco; se le escapó un gruñido de angustia. El hombre dio media vuelta e hizo un ademán de fastidio. Elvo reconoció a Kurgech.

- ¿Oyó los silbidos? - murmuró.

- Insectos.

- Entonces, ¿por que se ha levantado?

- Los insectos silban cuando los molestan... Tal vez se trata de un halcón nocturno o de un andarín.

Desde una distancia no superior a nueve metros les llegó un claro gorjeo aflautado.

- Gerd Jemasze está por ahí - murmuró Kurgech - . Comprueba si puede ver algo contra la línea del cielo.

- ¿Para qué?

- Para cerciorarse de si nos sigue algo o alguien.

Permanecieron inmóviles bajo las estrellas. Transcurrió media hora. Tembló la yola terrestre; Gerd Jemasze informó en voz baja:

- Nada.

- Tampoco yo noté nada.

- Debíamos haber traído un equipo de sensores - rezongó Jemasze - . Entonces podríamos dormir tranquilos.

- Las alarmas de bugle también nos sirven.

- Creí que los mensajeros del viento no se metían con nadie - dijo Elvo.

- Los srenkis molestan a quien sea cada vez que les da la gana.

Jemasze y Kurgech volvieron a sus colchonetas; al cabo de un instante, Elvo Glissam

hizo lo propio.

La aurora apareció por oriente, envuelta en sus luminosidades de rosa carmesí. Las nubes se incendiaron en rojo y el sol hizo acto de presencia. Ni un soplo de aire batió los obenques de la yola y ninguno de los tres hombres se dio prisa en prepararse para desayunar.

Con el vehículo en calma, Elvo subió a la cumbre de un montecillo próximo y descendió por la ladera opuesta, donde descubrió un soto de papayas silvestres, aparentemente sin la protección de ninguna clase de fiap. La fruta tenía todo el aspecto de estar en sazón y ser suculenta: esferas rojas con estrellas anaranjadas en los extremos, rodeadas por hojas de volutas negras. Pese a todo, Elvo pasó de largo.

Cuando regresaba rodeando la base de la colina se encontró con Kurgech, que volvía con una bolsa de cangrejos que acababa de coger en una acequia de regadío. Elvo le habló de las papayas y Kurgech estuvo de acuerdo en que un almuerzo compuesto por cangrejos cocidos y fruta de postre sería estupendo; los dos se dirigieron al soto. Kurgech buscó por allí la posible existencia de fiaps, pero no encontró ninguno. Cogieron todas las papayas que podían llevar y volvieron dando la vuelta por la base del monte.

Al llegar a la yola, descubrieron que la habían saqueado, llevándose todos los aparejos, equipo y provisiones. Gerd Jemasze, que regresaba de darse un chapuzón matinal en el estanque, se reunió con ellos momentos después de que comprobaran la pérdida.

Kurgech, indignado, pronunció todo un repertorio de sibilantes maldiciones uldras dirigidas a Moffamides.

- Sus fiaps eran tan débiles como el agua; nos envió al sarai prácticamente desnudos y totalmente indefensos.

Gerd Jemasze efectuó una de sus secas inclinaciones de cabeza características.

- Era de esperar, naturalmente. ¿Distingues algún rastro?

Kurgech examinó el soum. Torció la nariz; se inclinó para acercarse más al suelo y aventó la superficie del piso.

- Un hombre solo vino y se fue. - Se alejó cosa de dieciocho metros - . Aquí subió a su vehículo y se marchó por allí.

Kurgech señaló en dirección oeste, indicando el pie de las colinas.

Jemasze reflexionó.

- El viento apenas es un soplo. No puede alejarse a mucha velocidad... si va en un carruaje de vela. - Entornó los párpados al observar la ruta del vehículo, un par de marcas oscuras - . La pista traza una curva; circula alrededor del monte. Tú síguela; yo atajaré a través de la colina. Elvo, quédese aquí de guardia y vigile la yola, no sea que venga alguien y se nos lleve todo lo que queda.

Los dos hombres se pusieron en movimiento: Kurgech a paso ligero tras la pista, mientras Jemasze ascendía por la ladera del montecillo.

Kurgech fue el primero en avistar el vehículo del ladrón: un pequeño falucho de un solo palo, tres ruedas escuálidas y velamen bastante deteriorado. No avanzaba a más velocidad que la de un hombre al paso. Al avistar a Kurgech, el ocupante del falucho trató de orientar la vela, oteó el cielo y examinó circularmente el horizonte, pero lo único que vio fue que Jemasze se le acercaba por la parte de proa.

Jemasze llegó antes a la embarcación y levantó la mano.

- ¡Alto!

El ocupante del falucho, un hombre de mediana edad y estatura no muy aventajada, proyectó sus ojos de color amarillo claro sobre Jemasze, al que miró de arriba abajo en toda su humanidad. Inclinó la vela y aplicó el freno.

- ¿Por qué te interpones en mi camino?

- Porque has robado lo que nos pertenece. Da media vuelta.

La cara del mensajero del viento adoptó una expresión terca.

- Sólo cogí lo que estaba disponible.

- ¿No viste nuestros fiaps?

- El fiap está muerto; consumió su magia el año pasado. No tenéis derecho a transferir fiaps; tal cosa sólo es propia de insignificantes juegos de niños.

- Con que fiaps del año pasado, ¿eh? - murmuró Jemasze - . ¿Cómo lo sabes?

- ¿Es que no salta a la vista? ¿No ves ese fleco rosa sobre el naranja? Apártate; no soy hombre que pierda el tiempo con chacharas ociosas.

- Nosotros tampoco - replicó Jemasze - . Da media vuelta con tu vehículo y regresa hasta nuestra yola.

- De ninguna manera. Hago lo que me parece y no puedes protestar; mi fiap es reciente y poderoso.

Jemasze se acercó al casco del falucho. Señaló la falda de la colina.

- ¿Ves aquellas piedras de allí? ¿Qué pasará si las apilamos delante de tu proa y detrás de tu popa? ¿Crees que tus fiaps levantarán tu embarcación para que pase por encima de los dos montones de rocas?

- Me iré antes de que las hayáis apilado.

- Entonces tendrás que pasar por encima de mi cuerpo.

- ¿Y qué? Tu fiap personal es de risa. ¿A quién piensas engañar? Ese fiap estuvo colgado de un barril de cerveza para impedir que se agriara la malta.

Jemasze se echó a reír, se quitó el fiap de la cabeza y lo tiró al suelo.

- Empieza a traer las piedras, Kurgech. Levantaremos un muro para que este ladrón no pueda ir nunca más a ninguna parte.

El mensajero del viento emitió un vehemente y agraviado grito.

- ¡Vosotros sois morfotas disfrazados! ¿Es que debo dejar mis ganancias a los saqueadores? ¿Es que la justicia ha desaparecido del Palga?

- Hablaremos de filosofía cuando hayamos recuperado lo que nos pertenece.

Sin dejar de maldecir y rezongar, el mensajero del viento viró su embarcación y emprendió el regreso, con Kurgech y Jemasze caminando tras el falucho. Tras detenerse junto a la yola, el malhumorado mensajero del viento descargó las mercancías que había cogido.

- ¿A dónde te diriges? - le preguntó Jemasze.

- A la Estación. ¿A qué otro sitio podría ir?

- Cuando llegues, busca a Moffamides, el sacerdote; dile que te tropezaste con nosotros; cuéntale lo sucedido y adviértele de que, si los fiaps que preservan nuestro turismo del cielo son tan falsos como los que nos dio para la travesía del Palga, nos lo llevaremos a Aluan y lo encerraremos para siempre en una jaula. No escapará a nuestro desquite; seguiremos su rastro y le encontraremos, vaya a donde vaya. ¡Transmítele este mensaje y asegúrate de que te escucha y lo oye bien!

Apretados con rabia los dientes, el mensajero del viento puso rumbo sur y se alejó empujado por la brisa que acababa de levantarse.

Elvo y Jemasze cargaron la yola, mientras Kurgech hervía los cangrejos para el almuerzo que consumirían en ruta. Izaron las velas; la yola se deslizó con ritmo vivo en dirección noreste.

Al mediodía, Kurgech señaló por encima de la proa el velamen, hinchado por el viento, de tres arrogantes bergantines.

El primero de los tres caminos.

- Si Moffamides nos dio las indicaciones adecuadas.

- Nos dio las indicaciones adecuadas; por lo menos pude leer esa verdad en su cerebro. También leí maldad, cosa que ha quedado demostrada.

- Ahora comprendo por qué los outkeros casi nunca visitan el Palga - dijo Elvo, sombrío.

- No se nos recibe bien, esa es la verdad.

Los bergantines pasaron por delante de la yola: tres carretas cerveceras con tres enormes toneles de doscientos cuarenta litros. Las tripulaciones miraron a la yola con indiferencia y no correspondieron al saludo que les envió Elvo Glissam agitando el brazo.

Una hora después, la yola pasó junto a otra zona de terrenos de regadío. Familias de mensajeros del viento trabajaban en las parcelas: labraban, escardaban, cosechaban legumbres, recogían fruta; el carro de vela permanecía estacionado cerca. A media tarde, la yola alcanzó a otro vehículo por el estilo: una goleta de seis ruedas, con un par de altos mástiles y tres obenques y velas mayores. Dos hombres se apoyaban en el pasamanos de popa; varios chiquillos jugaban en cubierta; desde la ventana de la cabina de popa, una mujer observó a la yola cuando se acercaba. Elvo maniobró para ponerse a favor del viento, lo que le parecía una táctica cortés. Sin embargo, los mensajeros del viento no apreciaron el detalle ni correspondieron al alegre saludo de Elvo. «Gente muy singular», pensó Elvo Glissam, un poco dolido. Poco después, la goleta cambió de rumbo y viró hacia el norte, para convertirse en un lejano puntito blanco que, finalmente, desapareció.

Se levantó un viento racheado; por el sur, una compacta escamilla de nubes negras se elevó en el cielo. Jemasze y Kurgech arrizaron la vela mayor, arriaron la mesana y quitaron el foque; a pesar de todo, la yola siguió lanzada, rodando por el soum sobre las zumbantes ruedas.

Las nubes se desplazaban deprisa por encima de sus cabezas; empezó a llover. Los tres hombres arriaron todas las velas, frenaron, calzaron las ruedas, lanzaron al suelo una pesada cadena de metal, conectada a través de los obenques con el pararrayos, y fueron a refugiarse en la cabina de popa. Durante dos horas, los rayos clavaron sus garras en el sarai, mientras generaban una casi continua reverberación de truenos; por último, la tormenta se alejo hacia el norte; escampó y el viento dejó de soplar, dejando tras de sí un extraño silencio.

Los tres hombres salieron de la cabina, para encontrarse con que el sol se ponía entre los confusos restos de la tempestad y bajo una alfombra vuelta del revés de resplandecientes tonalidades rojas y purpúreas. Mientras Gerd Jemasze y Elvo Glissam ponían en orden la yola, Kurgech preparó una sopa de cangrejos, que sirvió en la cabina, donde el trío degustó su cena: papayas, sopa de cangrejos y pan duro.

Un lento y tranquilo vientecillo procedió a impulsar hacia el norte los nubes que habían sobrevivido a la tormenta; el cielo no tardó en quedar despejado y resplandeciente, gracias a las estrellas. El sarai parecía inmensamente vacío y solitario y Elvo observó con sorpresa que Kurgech se encontraba en un estado de evidente intranquilidad. Al cabo de unos minutos, aquel nerviosismo se le contagió a Elvo, que preguntó:

- ¿Qué pasa?

- Algo se está urdiendo sobre nosotros. Jemasze alzó la mano para comprobar de dónde soplaba el viento.

- ¿Navegamos una o dos horas más? No vamos a tropezar con nada.

Kurgech se apresuró a acceder.

- Me encantará moverme.

Se izaron las velas; la yola viró para poner proa al noreste y se deslizó a la reposada velocidad de dieciséis kilómetros por hora. Kurgech se orientó con la Estrella Norte de Koryfon, Tethanor, la Puntera del Basilisco.

Navegaron durante cuatro horas, hasta medianoche, momento en que Kurgech declaró:

- La inminencia ha desaparecido. Ya no siento presión ninguna.

- En tal caso, es hora de hacer un alto - determinó Jemasze.

Se arriaron las velas; se aseguraron los frenos; los tres hombres se tendieron en los lechos y conciliaron el sueño.

Con el alba, izaron las velas, preparándolas para el viento de la mañana que, una vez más, llegaba tardíamente, y el trío se sentó y aguardó en silencio. Por fin, se presentó el monzón y la yola emprendió su deslizamiento hacia el noroeste.

Al cabo de una hora de travesía cruzaron el segundo camino, aunque no avistaron ninguna vela; sólo vieron un estrecho triángulo por la parte de popa.

La superficie del sarai empezó a subir y bajar, al principio casi imperceptiblemente, luego mediante montes y valles anchos y alargados. Salientes de ígnea roca negra emergían del soum y, por primera vez, la navegación exigía cierto grado de previsión y destreza. La ruta más fácil se encontraba normalmente a lo largo de las lomas, donde el viento era más fresco y el piso por regla general más llano. A menudo las lomas se orientaban en dirección inadecuada; entonces, el timonel se veía obligado a dirigir la embarcación por la cuesta abajo de una ladera, para después tomar la cuesta arriba de otra, y con frecuencia, se tenía que recurrir al motor auxiliar a fin de que la yola cubriese los últimos quince o treinta metros que le faltaran para alcanzar el altozano.

Un río culebreaba por allí, en el fondo de un valle con terraplenes empinados, a donde la yola terrestre no podía llegar. Durante varios kilómetros avanzaron siguiendo la orilla del valle, hasta que el río, una vez más, torció su curso hacia el norte.

La carreta de altas velas cuyo triángulo habían vislumbrado anteriormente había ganado terreno apreciablemente respecto a ellos. Jemasze tomó los prismáticos e inspeccionó el vehículo, luego se los tendió a Kurgech que, al mirar a través de ellos soltó en voz baja una maldición uldra. Elvo tomó a su vez los prismáticos y vio una larga carreta negra, articulada en tres segmentos, cada uno de ellos con un mástil de gran altura y un velamen estrecho: un vehículo concebido para aprovechar al máximo el impulso del viento y alcanzar altas velocidades. Cinco hombres se encontraban en cubierta, aplicados a los obenques o agachados en la caseta del timón. Llevaban amplios pantalones negros; iban desnudos de cintura para arriba y su piel mostraba el típico tono moreno crema de los mensajeros del viento. Algunos se sujetaban el pelo con pañuelos rojos. Al moverse por la cubierta desplegaban una peculiar agilidad espasmódica, que por alguna falaz asociación de ideas le recordó a Elvo el espantoso individuo que había irrumpido en la posada tres noches atrás. Aquellos sujetos, pues, eran srenkis, hombres cuya virtud era el exceso de resabio, que con brioso entusiasmo, perpetraban actos de maldad quintaesenciada con los que redimían de la ignominia a sus camaradas. Elvo notó su estómago frío y pesado. Miró a Gerd Jemasze, al que sólo parecía interesar el terreno que se extendía ante ellos. Kurgech se encontraba de pie junto al mástil, puesta la mirada vagamente en el cielo. Elvo empezó a sentir el sudor de la desesperación; había emprendido aquel viaje por razones complejas, pero desde luego no en busca de la muerte. Le flaquearon las rodillas mientras avanzaba hacia la caseta del timón, donde se encontraba Gerd Jemasze ante la rueda.

- Esos individuos son srenkis.

- Lo supongo.

- ¿Qué piensa hacer?

Jemasze lanzó una ojeada por encima del hombro hacia la rápida goleta negra.

- Nada, a menos que se metan con nosotros.

- ¿No es eso lo que proyectan hacer? - gritó Elvo, y su voz se pareció más de lo que pretendía a un chillido agudo.

- Así parece. - Jemasze alzó los ojos hacia la vela - . Probablemente nos alcanzarán en seguida a favor del viento; sus velas tienden a cubrirse unas con otras.

- Entonces, ¿por qué no navegamos nosotros en la dirección del viento?

- Porque el valle del río está allí. A través de los prismáticos, Elvo inspeccionó el

carruaje negro.

— Llevan armas de fuego... rifles de cañón largo.

— Razón por la cual no dispararemos contra ellos. Responderían. Al parecer quieren cogernos vivos.

Elvo observó de nuevo la negra goleta, que se les echaba encima, hasta que las muecas y gestos de los srenkis le provocaron náuseas. Con voz sofocada, preguntó:

- ¿Qué harán con nosotros? Jemasze se encogió de hombros.

- Llevan prendas rojas, lo que significa que han hecho juramento de venganza. Los hemos ofendido de algún modo, aunque no logro imaginar cómo ni dónde.

Elvo Glissam examinó el terreno a través de los prismáticos. Avisó a Jemasze:

- ¡Hay un monte ahí delante! Su desnivel es demasiado abrupto para que podamos pasar por él y la ladera desciende hacia el valle. ¡Tenemos que virar!

Jemasze titubeó.

- Nos alcanzarán dentro de veinte segundos.

- Pero... ¿qué podemos hacer?

- Seguir adelante. Póngase allí y esté preparado para recoger trapo cuando le dé la señal.

Petrificado, Elvo se quedó mirando a Jemasze.

- ¿Recoger trapo?

- Hasta que le dé la señal, no.

Elvo se encorvó junto al mástil, cerca del dispositivo de arriar. Los srenkis habían acortado la distancia y se encontraban ya a unos noventa metros; las tres altas velas parecían erguirse ominosamente sobre la yola. Ante el asombro de Elvo, Jemasze aflojó las velas para reducir la velocidad de la yola y permitir que la goleta se les acercara todavía más aprisa. Ya se podía ver con detalle a los srenkis. Tres de ellos estaban en la cubierta de proa, inclinados hacia adelante, ensombrecidos sus lúgubres rostros bajo los rayos perpendiculares del rosado sol. Ante la consternación de Elvo, Jemasze largó más velamen, dejando que los srenkis ganasen terreno a un ritmo más rápido. Elvo abrió la boca para protestar, luego, ciego de desaliento, apretó los dientes y dio media vuelta.

Por delante, el suelo empezaba a inclinarse hacia el desfiladero del río por un lado y hacia un acantilado de cima redondeada por el otro; la yola se inclinó y patinó. Por detrás, la negra goleta llegaba impetuosa, arrolladora, estaba ya tan cerca que Elvo pudo oír los gritos de los tripulantes. La pendiente se hizo más pronunciada; la yola se ladeó precariamente; al mirar por encima de la borda, Elvo miró la cuesta abajo, abajo, abajo, hasta el desfiladero del río... un espacio que ponía enfermo; cerró los ojos, apretó los párpados y se aferró al mástil. El viento se precipitaba por la ladera de la colina; la yola rebotaba declive abajo.

- ¡Arríe! - gritó Jemasze.

Elvo lanzó una mirada frenética por la popa. La goleta, ladeada por la cuesta, se les aproximaba velozmente; en la cubierta de proa, un srenki levantaba un rezón, dispuesto a lanzarlo y engancharlo a la caseta del timón de la yola.

- ¡Arríe! - chilló Jemasze a voz en cuello. Con dedos entumecidos, Elvo accionó la palanca y la vela mayor cayó mástil abajo. Una ráfaga de aire sacudió a la yola; se levantaron las ruedas de barlovento. El vértigo puso a Elvo el estómago en la garganta; gateó hacia el lado alto de la cubierta. El mismo ramalazo de viento sacudió también a la goleta y le aplicó un impulso inexorable. Cuando las ruedas de barlovento abandonaron el suelo, el timonel bajó el timón para evitar el vuelco; la goleta rodó furiosamente monte abajo, sin control. Las ruedas rebotaron contra las rocas y los baches; los altos mástiles se estremecieron y agitaron; las velas se combaron y aletearon. Como consecuencia de una de las sacudidas más violentas, el palo de mesana cedió, el timonel hizo girar la rueda; la

goleta rebotó contra una peña, voló por encima del borde de una cornisa, volcó y se precipitó al río.

- ¡Abajo! - aulló Jemasze.

Elvo hizo casi invisible la vela. Jemasze detuvo el motor auxiliar. A un ritmo cauto, la yola bajó por la ladera del monte y llegó a terreno llano. Jemasze fijó el rumbo hacia el noreste, como antes.

La yola navegó a través del desierto sarai, a lo largo de una tarde tan apacible que Elvo empezó a dudar de la exactitud de sus recuerdos: ¿existieron realmente los srenki? A hurtadillas, estudió a Kurgech y Gerd Jemasze, sin poder determinar cuál de los dos era más enigmático.

El sol se hundió hasta desaparecer del claro cielo. Se arriaron las velas; se calzaron las ruedas y se dispuso el campamento para pernoctar en medio de un sarai sin caminos.

Después de cenar carne en conserva, galletas y cerveza de la Estación, los tres hombres se sentaron en la cubierta de proa, apoyada la espalda en el camarote. Elvo no pudo contenerse y preguntó a Gerd Jemasze:

- ¿Planeó esa maniobra que condujo a la goleta a naufragar desplomándose en el río? Jemasze asintió con la cabeza.

- No hacía falta ser muy listo. Con una manga tan estrecha y tres palos tan altos, era obvio que no podían aguantar mucho en una vertiente tan empinada. Así que se me ocurrió atraerlos allí, a ver si había suerte y ellos solos se lanzaban pendiente abajo hasta el río.

Elvo dejó oír una risita temblona.

- ¿Y si no llegan a caer en el río?

- Hubiéramos tenido que ajustarles las cuentas de algún otro modo - respondió Jemasze con indiferencia.

Elvo guardó silencio, mientras meditaba en la seguridad en sí mismo de Jemasze. Se reafirmó en su idea, perfectamente tipificada, de que aquella cualidad era lo que le parecía más irritante. Se las arregló para soltar otra risita entre dientes. Jemasze se consideraba competente para afrontar cualquier desafío. El, Elvo, no, y, en consecuencia, ello le producía resentimiento: esa era la verdad del asunto. Elvo alivió su quebrantado amor propio con la reflexión de que, al menos, había algo en lo que superaba a Gerd Jemasze: él, Elvo, era capaz del autoanálisis. Resultaba evidente que Gerd Jemasze nunca se molestó en ponderar su propia psique.

Miró a Kurgech y le formuló una pregunta que nunca hubiera podido plantear quince días antes:

- ¿Nos sigue alguien la pista? Kurgech le observó a la declinante claridad del ocaso.

— No siento cerca ninguna amenaza. Una neblina oscura flota en el horizonte, pero muy lejos. Esta noche estamos a salvo.

9

La mañana llegó acompañada de un viento fresco y vivo y, con todas las velas desplegadas, la yola reanudó su travesía por el suavemente inclinado sarai: un paisaje que a Elvo le parecía suave y dulce como la primavera. Las avutardas alzaban el vuelo casi desde debajo de las susurrantes ruedas; macizos silvestres de vincapervincas rosadas y negras moteaban el por otra parte pardo soum.

Mediada la mañana avistaron una flotilla de bergantines que navegaban con rumbo norte, hinchadas las velas al viento: ello indicaba que habían llegado al tercer camino, como había estipulado Moffamides. Al cabo de unos minutos estaban ya en aquella calzada que, ante la perplejidad de Elvo, no conducía al norte, sino decididamente al noroeste.

- Nos hemos apartado de la ruta lo menos ciento sesenta kilómetros, si no son más - se quejó a Jemasze - . Si al partir de la Estación, hubiésemos avanzado hacia el norte, en vez de dirigirnos hacia el noreste, nos habríamos ahorrado un día de viaje.

Jemasze se mostró de acuerdo, con aire sombrío.

- Evidentemente, Moffamides deseaba que fumásemos esta ruta.

La yola alcanzó a las carretas vivienda. Niños de pelambrera despeinada se asomaban por las barandillas y señalaban con el dedo a la yola; los hombres miraban desde la cabina del timón; las mujeres salían de los camarotes, ni amable ni hostil la expresión. Como de costumbre, Elvo trató de saludarlos amistosamente, pero los mensajeros del viento hicieron caso omiso.

El camino descendió desde una comarca de grandes eminencias y depresiones a una llanura completamente plana que se extendía hasta más allá del horizonte. A intervalos, el agua que salía de los pozos regaba campos y huertos donde se cultivaban legumbres, cereales, arvejas, melones... Cada parcela protegida por su fiap.

La yola se desplazó por la planicie rumbo al noroeste, a veces en compañía de bergantines de mensajeros del viento, pero en solitario la mayor parte del tiempo. Los días largos y soleados alternaban con noches resplandecientes de estrellas. Elvo cavilaba a menudo que aquella era una vida envidiable, una existencia sin cortapisas ni rutinas, salvo las que imponían los vientos y las estaciones. Quizá los mensajeros del viento eran los habitantes más razonables de todo Koryfon, yendo de un lado para otro a través de los espacios abiertos, con gigantescas nubes en las alturas celestes y esplendorosas puestas de sol al concluir la jornada.

La tarde número cuatro de su avance por el camino del noroeste, una mancha oscura apareció en el horizonte; los prismáticos permitieron determinar que se trataba de un bosque de impresionantes árboles, de tonalidad fosca y especies que Elvo no había visto nunca.

- Ese debe de ser el bosque de Aluban - opinó Jemasze - . Seguiremos hasta llegar a la columna blanca.

En su momento, surgió la columna: una pieza de cosa de diez metros de altura, construida de una apelmazada sustancia blanca parecida al estuco. Al pie de aquel pilar, un anciano de alba sotana trabajaba una pasta agitando el almirez en un gran mortero de hierro. La yola avanzó hasta la columna y se detuvo junto a la misma; el anciano se levantó y, con la expresión ceñuda del fanático, les lanzó una mirada fulminadora y buscó protección apoyando la espalda en el pilar.

- Tened cuidado con vuestro vehículo. Este es el Gran Hueso. Apartaos a un lado.

Jemasze saludó con un cortés ademán, al que el viejo no correspondió.

- Buscamos a un tal Poliamides - dijo Jemasze - . ¿Podría usted indicarnos dónde podemos encontrarle?

Antes de dignarse contestar, el anciano introdujo una brocha en el mortero y aplicó una pasada de blanco a la columna. Luego levantó la brocha para señalar con ella hacia el bosque y dijo con voz ronca y áspera:

- Seguid camino adelante; preguntad en el hexágono.

Jemasze soltó el freno; la yola reanudó la marcha, dejó atrás el Gran Hueso y rodó rumbo al Aluban.

Jemasze detuvo el carruaje en la linde del bosque; los tres hombres se apearon para examinar cautelosamente el terreno. Aquellos árboles eran los más imponentemente desarrollados que Elvo había visto en Uaia: enormes troncos retorcidos del color y la aparente densidad del hierro, coronados por un desparramamiento de gruesas ramas y masas de follaje gris claro y gris verdoso. Durante un buen rato, los tres hombres escudriñaron en silencio el interior de la floresta, por la que el camino serpenteaba entre oblicuos rayos de sol y sombras negras. Al aguzar el oído, sólo percibieron una quietud húmeda.

- Nos esperan - dijo Kurgech con voz densa.

Elvo se percató de pronto de que, por algún tácito entendimiento, la dirección del grupo había pasado a Kurgech, que en aquel momento le murmuraba a Jemasze:

- Que Elvo se quede en el vehículo; nosotros dos seguiremos adelante.

Elvo inició una nerviosa protesta, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Trató torpemente de hacerse el gracioso.

- Si se ven en apuros, griten pidiendo ayuda - ofreció.

- No se derrama sangre caliente en este bosque sagrado - informó Kurgech.

- Me temo que Moffamides nos ha gastado una broma con maldita la gracia - articuló Jemasze en voz baja.

- Eso estuvo claro desde el principio - observó Kurgech - . Sin embargo, es mejor seguir el juego hasta el final y obrar conociendo las cosas con certeza.

Ambos empezaron a adentrarse por el bosque e, inmediatamente, el follaje les tapó el cielo. El camino se estrechaba y zigzagueaba de acá para allá, entre bancos de musgo y puñados de flores estrella de color pálido; de vez en cuando aparecía algún que otro claro, que alternaba con sombríos pasillos atravesados por rosados rayos de sol deseosos de iluminar la vista. Kurgech se movía con su habitual tiento: caminando sobre la base delantera del pie, moviendo la cabeza para mirar primero a un lado y después al otro. Jemasze no sentía más que calma y paz; no captaba ningún peligro, ni la actitud de Kurgech sugería otra cosa que la precaución lógica frente la proximidad de lo desconocido.

Se abrió ante ellos un claro cubierto por una alfombra de sedo purpúreo; allí se alzaba una especie de monumento hexagonal, de piedra blanca, que duplicaba la altura de un hombre y se abría por sus seis lados a los tranquilos aires del bosque.

Delante de aquella estructura les esperaba un sacerdote de blanca sotana: un hombre frágil, de gélido semblante.

- Outkeros - declamó el sacerdote - , habéis llegado muy lejos y se os da la bienvenida para que compartáis la paz de nuestro bosque de Aluban.

- Hemos llegado muy lejos, efectivamente - respondió Jemasze - . Como sabe, buscamos a Poliamides. ¿Nos llevará hasta él?

- Desde luego, si ese es vuestro deseo. Vamos, pues.

El sacerdote echó a andar por el bosque: Jemasze y Kurgech le siguieron. El sol estaba bastante bajo; la oscuridad empezaba a invadir la floresta. Jemasze alzó la vista y se detuvo

en seco ante algo blanco que tenía frente a sí: un esqueleto acomodado en la horquilla de un árbol.

- Ahí está sentado Boras Mael, Señor de los Vientos, cuya alma suspira a través de las hojas y que ha cedido la punta de su pie derecho al Gran Hueso.

Les indicó que continuaran andando.

Al levantar la cabeza, Jemasze vio esqueletos en muchos árboles.

El sacerdote hizo otro alto y habló con voz un tanto plañidera:

- Todos cuantos están fatigados o atormentados deben hacer aquí las paces con Ahariszeio. Se entierra su carne efímera; se abrazan al árbol sus huesos; el aire sagrado del Palga absorbe y purifica su espíritu y luego lo aventa para que cabalgue sobre las nubes felices.

- ¿Y Poliamides?

El sacerdote señaló hacia lo alto.

- Ahí se sienta Poliamides. Jemasze y Kurgech contemplaron el esqueleto durante unos segundos.

- ¿Cómo murió?

- Emprendió una introspección de sí mismo tan intensa que se olvidó de comer y beber, hasta que resultó imposible distinguir su condición física del estado de muerte. Los errores de su deshonesta vitalidad están ahora olvidados y su alma aspira el aire a través de las hojas de los árboles.

- ¿Le informó Moffamides de que veníamos?

- preguntó Jemasze, cortante la voz.

Intervino Kurgech, en tono bajo y profundo:

- ¡Habla con verdad!

- Moffamides explicó vuestra presencia - replicó el sacerdote - , como era su deber.

- Moffamides nos ha utilizado con malas artes - dijo Jemasze - . Hizo con nosotros un trato que era un timo. Tenemos todo un montón de cuentas que ajustar con él.

- ¡Paciencia, amigos míos, paciencia y autodominio! Regresad a vuestras tierras outkeras con el corazón lleno de humildad y no de cólera.

- Pero antes hemos de entendérnoslas con Moffamides.

- Seguramente no tendréis ningún agravio que Baldar con Moffamides - declaró el sacerdote - . Solicitasteis la presencia de Poliamides y ¡mirad!... se os ha concedido vuestro deseo.

- De modo que se nos ha enviado a realizar un viaje de una semana, con fiaps inútiles, para ver un conjunto de huesos, ¿no? Moffamides no disfrutará mucho tiempo de su triunfo.

El sacerdote habló en tono grave:

- Puede que sea sensato que moderes tu enojo. Moffamides te prestó verdaderamente un servicio beneficioso. Si examinas a fondo sus indicaciones, comprenderás las tristes consecuencias de la curiosidad innoble. Tal conocimiento tiene un valor incalculable. Poliamides, por ejemplo, se vio tan dominado por la codicia y el deseo de poseer que aceptó el soborno de un outkero. Cuando reconoció su falta, le acosó un remordimiento tan fuerte que le llevó a la agonía.

- Me parece que exagera los benéficos efectos de la traición de Moffamides - dijo Jemasze - . Tardará bastante en volver a engañar a extranjeros confiados, se lo garantizo.

- El Palga es vasto - murmuró el sacerdote.

- El punto donde está Moffamides es pequeño - replicó Jemasze - . Podemos descubrir ese punto mediante la magia azul. De momento, ya hemos visto a Poliamides lo suficiente.

El sacerdote dio media vuelta y, sin pronunciar palabra, les condujo a través del bosque de regreso al hexágono. Se subió al pórtico de piedra blanca y se inmovilizó allí, sonriente

e impasible. Kurgech le miró con fijeza unos segundos. Despacio, levantó la mano derecha. El sacerdote siguió con los ojos el movimiento. Kurgech alzó la mano izquierda y el sacerdote, cuya sonrisa se hizo tensa, miró las dos manos por separado, primero una y luego la otra. De la palma de la zurda de Kurgech brotó repentinamente una ráfaga de chispas de luz blanca. Con voz tranquila y profunda, Kurgech ordenó:

- ¡Expresa con palabras lo que estás pensando!

Las palabras se abrieron paso por entre los labios del sacerdote, como si surgieran por propia voluntad y en contra de la del hombre:

- ¡Jamás llegaréis vivos a ver la tierra outkera, pobres imbéciles!

- ¿Quién nos matará?

El sacerdote recobró su compostura.

- Ya habéis visto a Poliamides - dijo concisamente - . Ahora poneros en camino.

Jemasze y Kurgech volvieron por el entonces casi invisible camino hasta la linde del bosque sagrado de Aluban.

De pie, apoyado en la popa de la yola, Elvo constituía una melancólica y preocupada figura; al ver a Jemasze y Kurgech se adelantó con evidente alivio.

- Han estado ausentes mucho tiempo. Empezaba a preguntarme qué podía haberles ocurrido.

- Encontramos a Poliamides - manifestó Jemasze - . La punta de su pie derecho forma parte del Gran Hueso. En suma... es un esqueleto.

Elvo miró indignado hacia el bosque cercano.

- ¿Por qué nos envió aquí Moffamides?

- Es un lugar tan bueno como cualquier otro para que cuelguen en él nuestros huesos.

Elvo contempló a Jemasze como si dudara de su seriedad, luego volvió la cabeza y observó recelosamente el bosque de Aluban.

- ¿Qué gana él?

- Supongo que no quieren que los outkeros investiguen el comercio de erjines... especialmente miembros de la Sociedad para la Emancipación del Erjin.

Elvo sonrió tristemente ante la broma. Jemasze alzó la mano para pulsar las posibilidades que ofrecía la fresca brisa del norte.

- Apenas suficiente para movernos.

- Este no es un buen sitio - determinó Kurgech - . Deberíamos marcharnos.

Jemasze y Elvo Glissam izaron las velas. La yola respondió perezosamente y rodaron hacia el sur en paralelo con la linde del bosque.

Cesó el poco viento; lacio el velamen, la yola acabó por detenerse, a unos quince metros de la ominosa arboleda.

- Parece que deberemos acampar aquí - dijo Jemasze.

Kurgech miró hacia el bosque, pero guardó silencio.

Jemasze arrió las velas y calzó las ruedas; Kurgech rebuscó entre las provisiones guardadas en el camarote de proa; no sin precaución, Elvo se llegó a la linde del bosque y regresó con una brazada de leña. Jemasze rezongó con cierta desaprobación, pero como no se trataba de una protesta clara, Elvo encendió una fogata junto a la yola.

Cenaron pan, cecina y unos bocados de fruta seca, todo ello regado con las últimas existencias de la cerveza adquirida en la Estación. Elvo descubrió que no tenía hambre ni sed; más bien se sentía dominado por una lasitud extraña y en lo único que podía pensar era en estirarse junto a la lumbre y dormitar... «¡Qué fuego más curioso!», se dijo Elvo. Las llamas no parecían estar hechas de saltarines y ondulante gases de combustión, sino de jarabe o jalea; se movían despacio, muy despacio, como pétalos de una monstruosa flor roja acariciada por un viento cálido. Elvo miró lánguidamente hacia Gerd Jemasze, para ver si había observado también aquel peculiar fenómeno... Jemasze conversaba con Kurgech;

Elvo captó lo que decían:

- ... fuerte y cercano.

- ¿Puedes romperlo?

- Sí. Hay que traer leña del bosque... y seis palos largos.

Jemasze se dirigió a Elvo.

- Despierte. Le están hipnotizando. Ayúdeme a traer leña.

Aturdido, Elvo se levantó como pudo y siguió a Jemasze al bosque. Ahora se sentía alerta, despierto y ardiendo de rabia. La arrogancia de Jemasze no tenía límites: un ultraje, eso es lo que era, ¡darle órdenes de aquel modo! Bueno, pues, ¿qué es esta rama nudosa? Una estaca excelente.

- ¡Elvo! - chirrió la voz de Jemasze - . ¡Despierte!

- Estoy despierto - murmuró Elvo.

- Bien, entonces lleve esta leña hasta la fogata.

Elvo parpadeó, bostezó, se frotó los ojos. Había estado dormido. Había andado sonámbulo, pensando cosas terribles. Arrastró las ramas secas hasta la lumbre. Kurgech desbastó seis palos retorcidos y los clavó en el suelo, formando un hexágono de unos tres metros sesenta de diámetro, y enlazó los palos entre sí con trozos de cuerda que fue atando a la parte superior de aquellos postes. Encendió entre los palos seis reducidas hogueras y colgó de las cuerdas piezas pequeñas del equipo: prendas de vestir, prismáticos, pistolas, artículos todos ellos importados al Palga.

- Tiene que colocarse dentro del círculo de fogatas - indicó Kurgech - . Hemos convertido en extranjero ese trozo de tierra y necesitarán recurrir a muchísima fuerza para llegar a nosotros.

- No entiendo nada de lo que está pasando - articuló Elvo quejumbrosamente.

- Los sacerdotes están utilizando contra nosotros magia mental - explicó Kurgech - . Emplean sus objetos sagrados e instrumentos antiguos, y pueden aplicar gran poder.

- No permita que le hagan soñar despierto o le hundan en la somnolencia - le encareció Jemasze - . Mantenga encendidos los fuegos.

- Me esforzaré al máximo - dijo Elvo sucintamente.

Fueron transcurriendo los minutos... diez... quince... veinte...

«Es curiosísimo - pensó Elvo - , cómo estas hogueras tienden a arder sin llama más que a quemar». Las llamas se retiraban antes de elevarse y se convertían en rizos de humo encarnado. Presentía en la oscuridad la presencia de formas agazapadas que le miraban con ojos como charcos de tinta.

- No se deje dominar por el pánico - conminó la voz de Jemasze - ; limítese a prescindir de ellos, como si no existieran.

Elvo soltó una carcajada ronca.

- Estoy sudando; jadeo; me castañetean los dientes. No va a dominarme el pánico, pero las fogatas se están apagando.

- Creo que ha llegado la hora de que empleemos un poco de magia outkera - dijo Jemasze. Se dirigió a Kurgech - : Les preguntaremos qué les parecería un bosque incendiado.

Una quietud sobrenatural se apoderó del aire. Jemasze cogió de la hoguera central un tizón encendido y dio un paso hacia el Aluban.

La tensión se rompió como una ramita que se quiebra. Las hogueras empezaron a arder normalmente. Elvo dejó de ver formas agazapadas; sólo el paisaje iluminado por las estrellas. Gerd Jemasze volvió a dejar el tizón donde estaba y se quedó mirando el bosque con aquella actitud de negligente desdén que tan a menudo había parecido irritante a Elvo. No se percibía aliento alguno de aire; la noche estaba sumida en una calma mortal. No les quedaba la opción de alejarse de allí, de ponerse en marcha y avanzar por el saludable

sarai.

- La furia y el miedo flotan en el ambiente - comentó Kurgech - . Pueden intentar algo más común.

Repentinamente, inducido por un impulso apremiante, Jemasze decidió:

- Al bosque, entonces, al menos allí estaremos a salvo de cualquier posible emboscada.

Los tres hombres treparon a los árboles y se tornaron invisibles en la tiniebla protectora de la enramada. A unos veinte metros, en el sarai, la yola permanecía abandonada al resplandor de las hogueras. Por centésima vez, Elvo se dijo que si la suerte se mostraba generosa con él hasta el punto de permitirle regresar a la seguridad de Olanje, tendría recuerdos para darle color al resto de su vida. Dudaba mucho que volviese a emprender otra excursión por el Palga... Aguzó el oído. Silencio. No podía oír a Jemasze ni a Kurgech, que estaban ocultos en alguna parte, a su izquierda. Elvo dejó escapar una risita desprovista de humor. Toda aquella aventura le pareció absurda y melodramática... hasta que recordó la forma en que el terreno que circundaba la yola le había oprimido y agobiado.

Fue pasando el tiempo. Elvo empezó a sentirse incómodo. Ya debía de ser medianoche. Se preguntó cuántas horas se proponía Jemasze permanecer en el árbol. ¡Seguramente no hasta el amanecer! Lo más probable era que, en cuestión de cinco o diez minutos Jemasze o Kurgech llegaran a la conclusión de que la amenaza había disminuido y de que ya era hora de ir a dormir un poco.

Pasaron otros diez minutos, quince, media hora. Elvo respiró hondo, preparándose para preguntar cautelosamente en la oscuridad cuánto tiempo pensaban Jemasze y Kurgech seguir encaramados en los árboles. Abrió la boca, pero la cerró en seguida. A Jemasze podría no parecerle bien tal pregunta. No había dicho expresamente que debían guardar silencio, pero Elvo no dejaba de comprender que el silencio era algo que había que considerar indisolublemente integrado a aquellas circunstancias. Decidió contener la lengua. Sin duda, Kurgech y Jemasze también se encontrarían incómodos; si ellos podían aguantar la mortificación, él podía soportarla igualmente. Para aliviar el entumecimiento de las piernas, Elvo se puso en pie despacio. La cabeza tropezó con una rama que, al desviarse, le arañó en la mejilla. Elvo se echó hacía atrás para ver el perfil de la rama recortado contra el cielo, pero lo que vio no era una rama, sino un esqueleto, unidos los huesos con alambre. Junto al rostro de Elvo se balanceaba el pie derecho. Con el corazón latiéndole desoladamente, Elvo se apresuró a recuperar su anterior postura.

Un ruido, un golpe sordo, rumores sofocados, agitación de hojas secas. Elvo saltó a tierra, para encontrar a Jemasze y a Kurgech con la mirada sobre el bulto de un hombre tendido boca abajo en el suelo. Elvo se dispuso a hablar. Jemasze le hizo una seña, indicándole silencio... Ningún sonido. Pasó un minuto. El hombre que estaba caído a sus pies empezó a removerse. Jemasze y Kurgech lo arrastraron hacia la yola. Elvo recogió un alargado objeto metálico y los siguió; descubrió que el objeto resultaba ser un rifle de los mensajeros del viento. Jemasze y Kurgech dejaron al hombre dentro del radio de claridad de la fogata. A Elvo se le escapó una exclamación de sorpresa:

- ¡Moffamides!

Moffamides miró la lumbre con ojos como esquirlas de pedernal pulimentado. No hizo ningún movimiento cuando Kurgech le ató los tobillos y las muñecas y, con ayuda de Jemasze, lo lanzó a la cubierta de la yola como si fuera un saco de alubias.

Jemasze izó las velas, que se hincharon al recibir el soplo del fresco viento que se había levantado en la noche. Elvo ni siquiera se había dado cuenta de ello. La yola se desplazó hacia el sureste, dejando a popa el sagrado bosque de Aluban.

10

La aurora derramó su tenue claridad rosada sobre el sarai. Por el sur y el oeste, las nubes resplandecieron en rojo y carmesí; Methuen se elevó en el cielo.

La yola hizo un alto para el desayuno en una oasis poblado de acacias plumosas. Moffamides aún no había pronunciado una sola palabra.

Cerca del estanque había huertos abandonados en los que las plantas frutales y las bayas se estaban volviendo silvestres. Los fiaps se habían deteriorado y eran inoperantes, por lo que Elvo cogió un cubo y fue a recoger todo lo que le pareciera maduro.

A su regreso, encontró a Kurgech afanado en la construcción de un artilugio de lo más singular. Con ramas jóvenes de acacia había elaborado un armazón cúbico de sesenta centímetro de lado, cuyas esquinas ligó con bramante. Cortó una manta vieja y la aplicó al armazón, con lo que obtuvo una tosca caja. Cubrió un lado de la caja con una tabla, en la que horadó un agujero de cuatro centímetros de diámetro.

Realizaba aquella tarea fuera del campo visual de Moffamides. A Elvo le resultó imposible seguir reprimiendo la curiosidad. Preguntó a Jemasze:

- ¿Qué está haciendo Kurgech?

- Los uldras la llaman «caja loca».

Jemasze habló tan secamente que Elvo, sensible a los desaires, reales o imaginarios, se abstuvo de hacer más preguntas. Observó hechizado a Kurgech, que cortó un círculo de panel de fibra de madera, de aproximadamente quince centímetros de diámetro, en el que pintó un par de espirales de color blanco y negro. A Elvo le maravilló la destreza del toque de Kurgech. De súbito, vio a aquel hombre bajo una nueva perspectiva: ya no era una persona semibárbara de peculiares costumbres y atavíos extraños, sino un individuo soberbio y dotado de numerosas aptitudes. Se sintió un poco violento al recordar la disposición medio condescendiente que había adoptado respecto a Kurgech... ¡a pesar, incluso, de que él, Elvo Glissam, era miembro de la Liga Redentorista!

La obra de Kurgech era cada vez más complicada y transcurrió una hora antes de que se sintiera satisfecho de la manera en que quedaba su armatoste. El disco se introdujo dentro de la caja y se conectó mediante un astil a un molinete de viento.

Elvo decidió que no prestaba su total aprobación a aquel chisme y que adivinaba cuál iba a ser su finalidad; observó con una mezcla de repugnancia y embeleso cómo Kurgech, absorto y aplacado, remataba su caja loca.

- ¿Funcionará? - preguntó Elvo con cierto matiz sardónico en la voz.

Kurgech le dirigió una mirada fría y aguda, tiempo que preguntaba a su vez, suavemente:

- ¿Tiene interés en probarla?

- No.

Durante todo aquel tiempo, Moffamides había permanecido sentado en el piso de la cubierta de yola, con los rayos de Methuen cayéndole a plomo, y sin comer ni beber. Kurgech se dirigió al *ca*marote delantero y sacó de su caja de efectos personales un frasco lleno de un licor oscuro. Vertía agua en una jarra, agregó una pequeña cantidad de líquido y se lo llevó a Moffamides.

- Bebe.

Sin pronunciar palabra, Moffamides bebió Kurgech cubrió con una venda los ojos del

sacerdote y luego fue a sentarse en la cubierta de pro; Mientras tanto, Jemasze se bañaba en la alberca.

Transcurrió media hora. Kurgech se puso e pie. Hizo un par de hendiduras en ángulo recto e cada uno de los lados de la tela que cubría el fondo de la caja, pasó ésta por la cabeza de Moffamides dejó apoyado el artefacto en los hombros del sacerdote. Tras asegurarse de que el molinete giraba libremente en el aire, Kurgech introdujo las mano en la caja y acto seguido retiró la venda de los ojos de Moffamides.

Elvo se disponía a decir algo; pero en aquel momento, Gerd Jemasze regresaba de su baño y le indicó por señas, con cierta severidad, que guardara silencio.

Otros diez minutos. Kurgech fue a sentarse en cuclillas junto a Moffamides. Empezó a canturrear en voz baja:

- Paz; tú descansas tranquilamente; dormir es dulce, entonces los problemas se disuelven y el miedo se aleja. Dormir es dulce; la calma está cerca. Es bueno ponerse cómodo; descansar y olvidar.

El molinete perdió velocidad al amainar el aire; Kurgech impulsó las aspas con el dedo para que siguieran dando vueltas, mientras dentro de la caja el disco con la espiral pintada daba vueltas ante los ¡ ojos de Moffamides.

- La espiral gira - tarareó Kurgech - . Va de fuera a dentro. También te lleva a ti de fuera a dentro, y tú descansas plácidamente. De fuera a dentro, de fuera a dentro, y te digo: ¡qué agradable es relajarse donde nada puede lastimarte! ¿Puede lastimarte alguien o algo?

La voz de Moffamides llegó del interior de la caja:

- Nada.

- Nada puede hacerte daño a menos que yo lo ordene, y ahora no hay más que paz, descanso y la satisfacción de ayudar a tus amigos. ¿A quién deseas ayudar?

- A mis amigos.

- Tus amigos están aquí. Las personas que están aquí, y sólo las que están aquí, son tus amigos. Observa, te cortan las ligaduras y te proporcionan alivio y comodidad. - Kurgech soltó las cuerdas que ataban los brazos y las piernas de Moffamides - . ¡Qué agradable resulta ser feliz y estar cómodo con tus amigos! ¿Eres feliz?

- Sí, soy feliz.

- La espiral ha enrollado tu atención dentro de tu cerebro, y el único canal de salida es mi voz. Debes prestar oídos sordos a los pensamientos y las quejas de los demás. Sólo tus amigos, que te otorgan paz y alivio merecen tu lealtad. ¿En quién debes confiar, a quién deseas ayudar?

- A mis amigos.

- ¿Y dónde están?

- Están aquí.

- Sí, naturalmente. Ahora te quitaré la caja de la cabeza y verás a tus amigos. Una vez, hace mucho tiempo, tuvimos unas diferencias insignificantes, pero a nadie le importan ya aquellas nimiedades. Tus amigos están aquí; ninguna otra cosa es importante.

Kurgech levantó la caja que ocultaba la cabeza de Moffamides.

- Respira el aire libre y mira a tus amigos.

Moffamides aspiró hondo y sus ojos fueron luego de un rostro a otro. Tenía la mirada vidriosa; las pupilas se le habían reducido, a causa tal vez de la droga de Kurgech.

- ¿Ves a tus amigos? - preguntó Kurgech.

- Sí, están aquí.

- ¡Claro! Ahora estás con tus amigos y deseas ayudarlos en todo lo que hagan; los antiguos métodos eran malos; tus amigos quieren enterarse de lo que se refiere a los antiguos métodos para que tú puedas descansar cómodamente. No hay secretos entre los amigos. ¿Cuál es tu nombre de culto?

- Inver Elgol.
- ¿Y tu nombre particular, el que sólo sabes tú y de cuyo conocimiento quieres hacer partícipes ahora a tus amigos?
- Totulis Amedio Falle.
- - Es muy agradable compartir secretos con los amigos. Aligera el alma. ¿A dónde llevó Poliamides al outkero?
- Al Lugar de Rosa y Oro.
- ¡Ah, sí! ¿Y qué es ese lugar de Rosa y Oro?
- Allí es donde se adiestra a los erjines.
- Debe de ser un sitio interesante de visitar. ¿Dónde se encuentra?
- En Al Fador, en las montañas situadas al oeste de la Estación número 2.
- ¿Y fue allí a donde condujo Poliamides al outkero Uther Madduc?
- Sí.
- ¿Es un sitio peligroso?
- Sí, muy peligroso.
- ¿Cómo podemos llegar sanos y salvos?
- No podríamos llegar sanos y salvos a Al Fador.
- Uther Madduc y Poliamides fueron a Al Fador y volvieron de allí sin que les ocurriera nada. ¿No podríamos nosotros hacer lo mismo?
- Avistaron Al Fador, pero no se acercaron demasiado.
- Haremos lo mismo, si aún se puede llegar sin peligro. ¿Qué rumbo hay que tomar?
- Suroeste, y aprovechar al máximo el viento.

La yola terrestre traqueteó por el sarai. Sentado, encogido sobre sí mismo en una rincón de la caseta del timón, sumido en el silencio, Moffamides tenía un aire apático y taciturno. Elvo le contemplaba fascinado. ¿Qué estaría discurriendo por la cabeza del sacerdote? Elvo trató de entablar conversación, pero sus intentos fueron vanos; Moffamides se limitó a mirarle fijamente.

La yola navegó cinco jornadas, desde el alba hasta el ocaso, e incluso algunos días hasta más tarde, cuando el terreno del sarai era llano y las estrellas brillaban y ofrecían claridad al timonel. Una vez cruzados de regreso los dos caminos, la yola avanzó por la región situada al norte de la colina donde acamparon por primera vez; después se adentró por un territorio caluroso y monótono, en el que una gruesa capa de polvo recubría el soum, polvo que las ruedas levantaban a su paso. Los Volwodes aparecieron a la vista: una sombra remota que se erguía por el sur y que al final se convirtió en *un* conjunto de riscos color gris acero cuyas moles; se recortaban contra el cielo.

Elvo se sentía entonces tan apático como Moffamides. Había perdido todo interés en la esclavitud de los erjines, cuestión que, en todo caso, podía atacarse más expeditivamente desde los foros de Olanje. Estaban sólo a una jornada de distancia de la Estación número 2, pero no se atrevió a sugerir que podían interrumpir provisionalmente el viaje. Como siempre, el talante de Gerd Jemasze le resultaba impenetrable. En cuanto a Kurgech, la opinión inicial de Elvo había cambiado radicalmente. El hombre era sensato y astuto, competente en lo suyo, en su círculo, que no era necesariamente el círculo en el que Elvo tenía interés en destacar. Consideradas las cosas en conjunto, le encantaría verse de vuelta en Olanje. ¿Schaine Madduc? Una muchacha a la que era una delicia contemplar, con una cabeza rebosante de ideas encantadoras: sin duda en aquellos momentos debería estar tan aburrida en Uaia que seguramente prefería acompañarle de regreso a Szintarre.

Si sobrevivía a la visita a Al Fador... Elvo examinó a Moffamides y se preguntó cuál sería su estado mental. Según tenía entendido, no podía confiarse en que la sugestión hipnótica se prolongara mucho. Un hombre inteligente y animado por las peores

intenciones podía fingir sumisión para llevar a cabo con mayor efectividad un acto de traición. No comunicó de viva voz sus sospechas a Jemasze ni a Kurgech, que presumiblemente sabían del asunto tanto como él. Los Volwodes se elevaban a gran altura, rumbo al cielo rosa azul: pelados despeñaderos en los que subsistían penosamente algunos arbustos espinosos y contados árboles marchitos. Cuando la yola se detuvo para pernoctar, un erjin se acercó hasta unos quince metros para observar. Levantó sus enormes brazos y extendió las zarpas adoptando la postura de ataque; el collarín empezó a erizarse. Jemasze cogió su pistola, pero el erjin abandonó bruscamente su actitud agresiva. Los pelos del collarín volvieron a su posición inicial y, después de otro minuto de contemplación, el erjin se alejó al trote hacia el oeste.

- Curiosa conducta - musitó Jemasze.

Observó con los prismáticos la retirada de la criatura. Al volver la cabeza, Elvo observó que Moffamides estaba mirando al erjin: el continente del sacerdote no era el de un hombre aturdido y subyugado.

Al cabo de unos minutos, Elvo informó de sus aprensiones a Gerd Jemasze.

- Hasta ahora, está bajo control - dijo Jemasze - . Kurgech lo ha comprobado. Lo que pueda ocurrir en adelante, lo ignoro. Si quiere seguir viviendo, no nos traicionará.

- ¿Qué me dice de los erjines? ¿No nos atacarán esta noche?

- Los erjines no ven muy bien en la oscuridad. Es improbable que nos ataquen durante la noche.

A pesar de tales garantías, Elvo se fue a acostar sin tenerlas todas consigo. Bien entrada la noche, seguía despierto, a la escucha de los ruidos del sarai: un lamento gemebundo, en tono bajo, que llegó de la base del monte y que no tardó en apagarse; una especie de parloteo que se produjo muy cerca; diversos zumbidos irritados de tonalidad variable; un vibrante y lejano repique, parecido a un golpe de batintín, tan exquisito que en el cerebro de Elvo se agitó algo extraño que le aterraba. Kurgech había atado un alambre que enlazaba el tobillo de Moffamides con el suyo, alambre que luego frotó con un trapo seco hasta que chirrió y puso de punta los nervios de Elvo; tanto si el motivo era éste o el efecto de la caja loca, la cuestión es que Moffamides se pasó toda la noche tendido inerte.

Al despertarse, Elvo se encontró con que las luminarias del amanecer incendiaban los riscos superiores de los Volwodes.

El desayuno fue breve y frugal. Moffamides parecía más melancólico que nunca, sentado al borde de la cubierta, con la vista fija en el norte, lejos de las montañas.

Jemasze fue a ponerse en cuclillas junto a él.

- ¿A qué distancia estamos ahora de la zona de adiestramiento?

Moffamides alzó la cabeza con un respingo y en su rostro se sucedieron diversas expresiones, todo un repertorio, desde la abstracción hasta el desprecio malhumorado, pasando por la afabilidad, la inocencia e incluso un fugaz gesto salvaje, muy parecido a la desesperación. Mientras observaba la escena, Elvo sospechó que las sugestiones de Kurgech habían dejado de ejercer una influencia absoluta sobre Moffamides.

Pacientemente, Jemasze repitió la pregunta. Moffamides se puso en pie y señaló con el dedo.

- Se encuentra detrás de esa loma, hacia los siniestros Volwodes. Nunca estuve allí. No puedo seguir guiándolos.

Intervino Kurgech, en tono bondadoso:

- He visto huellas por allí, tal vez las dejó Uther Madduc.

Jemasze preguntó a Moffamides.

- ¿Es ese el caso?

- Supongo que es posible.

Impulsada por el viento del oeste, la yola siguió las rodadas que posiblemente dejara el

falucho de Uther Madduc. Una segunda serie de huellas se unió a las que les guiaba, lo cual confundió a Elvo.

- ¡Parece que alguien siguió a Uther Madduc!

- Lo más probable es que se trate de las rodadas de Uther Madduc al ir y las de Uther Madduc al volver - repuso Jemasze.

- Me parece que tienes razón.

Al pie de un acantilado de piedra arenisca gris y roja, el rastro de Uther Madduc se interrumpió. Jemasze arrió las velas y aseguró los frenos. Moffamides echó pie a tierra trabajosamente y se quedó inmóvil, encorvados los hombros.

- Ya no me necesitáis más - dijo - . He hecho lo que he podido por vosotros; ahora quiero que me dejéis marchar.

- ¿Aquí? - se extrañó Jemasze - . ¿En medio .¡de estas soledades? ¿Cómo ibas a sobrevivir?

- Puedo llegar a la Estación en tres o cuatro días. A lo largo del camino hay alimento y agua.

- ¿Y los erjines? Infestan esta región.

- No me asustan los erjines; soy sacerdote de Ahariszeio.

Kurgech se adelantó para tocar a Moffamides en el hombro; el sacerdote, estremecido, se apartó, echando el cuerpo hacia atrás, pero como si no pudiera mover las piernas.

- Totulis Amedio Falle - dijo Kurgech - , puedes olvidar tus temores; estás con amigos a los que deseas ayudar y proteger.

Moffamides echó la cabeza hacia atrás, con una sacudida; en sus ojos apareció un brillo de pedernal.

- Sois mis amigos - declaró sin convicción - . Lo sé. En consecuencia, me produciría un duelo muy profundo ver vuestros cuerpos convertidos en cadáveres. Así que debo comunicaros que en este preciso instante un príncipe erjin os observa. Está hablando a mi cerebro; pregunta si debe atacar.

- Dile que no - aleccionó Kurgech - . Explícale que somos amigos tuyos.

- Sí, eso ya se lo he dicho, aunque mis pensamientos están un poco desordenados.

- ¿Dónde está el erjin? - preguntó Jemasze.

- Se encuentra entre las rocas.

- Invítale a acercarse - dijo Jemasze - . Prefiero los erjines completamente a la vista a los erjines ocultos y al acecho.

- Teme vuestras armas de fuego.

- No le haremos ningún daño si él reprime su propia agresividad.

Moffamides miró hacia las peñas y el erjin salió de detrás de ellas: una criatura magnífica, tan grande como cualquiera que Jemasze hubiera visto en su vida; pecho y vientre de color amarillo mostaza, pardas tirando a negro las patas y la espalda. Un collarín rojizo, que empezaba bajo las protuberancias del cartílago, protegía los procesos oculares, para descender sobre la clavícula. Se acercó sin prisas y sin dar muestras de miedo u hostilidad; se detuvo a unos quince metros.

- Quiere saber por qué estáis aquí en vez de en cualquier otra parte - transmitió Moffamides a Jemasze.

- Explícales que somos viajeros de Aluan, interesados en el paisaje.

Moffamides se puso de cara al erjin y emitió una serie de vocablos, acompañados de profusos movimientos con los brazos. El erjin se mantuvo completamente inmóvil, salvo el espasmo de su collarín.

Kurgech instruyó al sacerdote:

- Pregúntale cuál es el camino más fácil para llegar al centro de formación.

Moffamides ejecutó nuevos floreos con los brazos y emitió otra serie de sonidos. El

erjin respondió como hubiera podido hacerlo un ser humano, se volvió y alzó uno de sus inmensos brazos para indicar el suroeste.

- Pregúntale a qué distancia está - pidió Jemasze.

Moffamides planteó la cuestión; el erjin respondió con un encadenamiento de sibilantes sonidos en tono bajo.

- No está muy lejos - informó Moffamides - . Un par de horas, más o menos.

Jemasze lanzó al erjin una escéptica mirada de soslayo.

- ¿Por qué nos ha salido al encuentro? Kurgech interpuso una tranquila observación:

- Quizá nuestro amigo Moffamides le envió un mensaje mental previo. : Moffamides dijo con voz débil:

- Mera casualidad, indudablemente.

- ¿No tiene intención de atacarnos?

- No puedo afirmar ni negar nada con absoluta certeza.

- Es la primera vez que veo un erjin tan servicial - rezongó Jemasze.

- El erjin volwode es distinto al erjin salvaje de Aluan - declaró Moffamides - . Pertenece a Una raza diferente, por decirlo así. Kurgech se adelantó por la dirección que había indicado el erjin y escrutó el piso.

- Aquí están las huellas - anunció a Jemasze.

Jemasze miró a la yola y luego a Elvo, el cual creyó adivinar que el hombre iba a decirle que se quedase allí y vigilara el vehículo. Sin embargo, Jemasze se volvió hacia Moffamides.

- Necesitamos un fiap que proteja el carruaje: de mejor calidad que los que nos proporcionaste antes.

- El vehículo está a salvo - dijo Moffamides - , a menos que pase por aquí una banda de srenkis, lo cual es altamente improbable.

- A pesar de todo, preferiría dejar colgado en la yola un fiap poderoso.

Desmañadamente, Moffamides tomó brazaletes y cintas de los fiaps anteriores y creó un nuevo amuleto.

- Carece de magia; es sólo un fiap admonitorio, pero servirá.

Los cuatro hombres avanzaron por una yerma hondonada, encabezados por Kurgech. Moffamides iba en segundo lugar, seguido de Elvo, mientras Gerd Jemasze cerraba la marcha. El erjin se mantenía tras ellos, a una discreta distancia.

El camino se empinó; el barranco absorbía y rechazaba después el calor del rosado sol; cuando el grupo llegó arriba, todos jadeaban, sudorosos. El erjin se les acercó, para quedarse erguido junto a Elvo, a quien se le puso la carne de gallina. Por el rabillo del ojo echó una mirada a los brazos del animal, curiosas extremidades rematadas por garras negras y palpos semejantes a dedos que surgían de la base de las zarpas. Elvo pensó que, con un rápido y único movimiento, aquel ser podía desgarrarle hasta las costillas. Disimuladamente, Elvo se apartó un par de pasos.

- ¿En qué se diferencia esta criatura de los erjines de Aluan? - le preguntó a Moffamides.

Moffamides no le concedió ningún interés a aquel tema.

- No hay gran diferencia.

- Pues yo he notado una diferencia considerable - contradijo Elvo - . Este animal es dócil. ¿Es que lo han domesticado o adiestrado?

Moffamides transmitió la pregunta al erjin y después respondió a Elvo:

- Kurgech es lo que este erjin llama el «enemigo antiguo» que despliega un «alma verde», lo que evita que se despierte el «furor asesino»* del erjin. En cuanto a ti y a Gerd

* Furor asesino: mala traducción de un término que significa liberación repentina y explosiva de una gran cantidad de emociones reprimidas, como, salvando las diferencias, el reventón de un dique o la apertura de

Jemasze, sois outkeros y, por lo tanto, insignificantes.

- Entonces, ¿por qué viene con nosotros? - preguntó Jemasze.

Moffamides repuso, con voz mortecina:

- No tiene otra cosa mejor que hacer; quizá pretende ser útil.

Jemasze soltó un bufido incrédulo y examinó el terreno a través de los prismáticos, mientras Kurgech escudriñaba el piso de aquel erial barrido por el viento, en busca del rastro de Uther Madduc; no obtuvo ningún éxito inmediato.

El erjin adelantó a Elvo para llamar la atención de Moffamides; tuvo efecto un coloquio medio telepático. Moffamides informó a Jemasze:

- El erjin dice que Uther Madduc cruzó la meseta y atravesó aquel monte del centro.

Tras adelantarse a paso rápido unos cuantos metros por la planicie, el erjin se detuvo a esperarles; en vista de que los hombres no respondieron con la adecuada viveza, el animal empezó a hacerles apremiantes señas.

Kurgech se acercó a investigar; los demás le siguieron más despacio. Kurgech examinó los cascotes requemados y vio en un punto rastros que le tranquilizaron.

- Esta es la pista.

El erjin les condujo hacia arriba por un laberinto de peñascos graníticos, saltando sin esfuerzo de una roca a otra. Al llegar arriba, hizo una pausa y casi pareció adoptar una postura de consciente petulancia.

Los hombres llegaron también a lo alto y otra vez se detuvieron para recobrar el aliento y descansar. Por el otro lado, una vertiente cuyo suelo sustentaba puñados de grama pardusca y matojos de hierba de alambre descendía hasta el borde de luna profunda garganta. El erjin reanudó la marcha, en diagonal, por el declive de un terreno cubierto de guijarros sueltos.

A Elvo le sorprendió la confianza que Jemasze y Kurgech depositaban en un animal que cualquiera en su sano juicio consideraría más bien funesto. En plan de tanteo, preguntó a Jemasze:

- ¿A dónde cree que nos lleva?

- Por la ruta de Uther Madduc.

- ¿No recela de sus aparentes buenas intenciones? Suponga que nos lleva a una trampa y nos cazan como a patos silvestres.

- Kurgech no está preocupado. Él es el rastreador.

Elvo se puso al lado de Kurgech.

- ¿Este es el camino por el que pasó Uther Madduc?

- El rastro es evidente. Mire: ahí tiene un guijarro fuera de sitio. La parte superior no está requemada por el sol. Observe ahí: esa telaraña de polvo está rota. El erjin nos conduce por el buen camino.

Durante un buen trecho siguieron ladera abajo; luego, en el punto donde un corte parecía ofrecer una ruta de acceso al fondo del desfiladero, el erjin se desvió en otro sentido.

Kurgech se paró en seco.

- ¿Cuál es el problema? - preguntó Jemasze.

- Madduc y Poliamides bajaron por el corte de esa hondonada. Las huellas de sus pasos no van en la dirección por la que nos quiere llevar.

Miraron al erjin, que se había detenido y les hacía señales urgentes.

- Les conduce por el camino que tomaron sus amigos - dijo Moffamides, inquieto.

- El rastro conduce al fondo de la cañada.

- El erjin me ha informado. El camino es difícil aquí, más adelante es más fácil.

---

una compuerta.

Jemasze contempló una ruta y luego la otra. Elvo se dio cuenta de que era la primera vez que veía indeciso a Jemasze. finalmente, Jemasze determinó, sin entusiasmo:

- Está bien, veremos a dónde nos lleva.

El erjin les condujo por un camino realmente arduo: subieron por una cuesta de conglomerado en pleno proceso de desintegración, pasaron por un revoltijo de peñascos donde lagartos y lagartijas tomaban el sol y se deslizaban raudos de un lado a otro, treparon a una cumbre y bajaron por la ladera opuesta. El erjin marchaba a paso rápido; los hombres se esforzaban y jadeaban, dispuestos a mantener el ritmo que les imponía. Los rayos de sol centelleaban desde las rocas y resplandecía en el aire a través del desfiladero; el erjin parecía bailar delante de ellos como un demonio de fuego.

El animal hizo un alto como si dudase repentinamente del destino al que se dirigía; por encima del hombro, Jemasze dijo a Moffamides concisamente:

- Averigua a donde nos lleva.

- Al sitio donde fue el otro outkero - respondió Moffamides prestamente - . Esta ruta es más fácil que bajar por un acantilado. ¡Puedes comprobarlo con tus propios ojos!

Indicó el terreno que tenían delante, donde las paredes del desfiladero reducían su inclinación. Una vez más, el erjin tomó la cabeza y descendió a paso ligero rumbo al fondo del valle, un lugar que contrastaba espectacularmente con las rígidas vertientes superiores. La atmósfera era fresca y sombreada; una perezosa corriente fluvial se deslizaba de una lagunilla a otra, entre setos de árboles-helechos, rosados y purpúreos, y de oscuros cipreses uaianos.

Kurgech examinó la arena clara de la orilla de la corriente y emitió un gruñido de forzada sorpresa.

- La criatura no nos ha engañado. Aquí está el rastro; no cabe duda de que Uther Madduc y Poliamides pasaron por este camino.

El erjin se alejó valle abajo y volvió a hacerles señales, tan apremiantes e impacientes como las anteriores. Los hombres le seguían más calmosamente de lo que él consideraba apropiado; corría por delante, se paraba, hacía unos cuantos ademanes y reanudaba su carrera. Kurgech, sin embargo, se había detenido y, tras inclinarse para ver de cerca las huellas, dijo:

- Hay algo peculiar aquí.

Jemasze se agachó; Elvo miró desde un lado, mientras Moffamides permaneció quieto, de pie, inquieto y nervioso. Kurgech indicó la arena.

- Esta es la huella que dejó Poliamides. Lleva sandalias de mensajero del viento, planas en la parte delantera. Ésta, con el tacón más hundido, es una pisada de Uther Madduc. Hasta ahora, Poliamides iba delante; encabezaba la marcha con paso nervioso, tal como era de esperar. Aquí, Uther Madduc es el que va primero; sus zancadas se han hecho excitadas y presurosas. Poliamides va detrás. Observa donde hace una pausa para mirar a su espalda. No están acercándose a su objetivo; se alejan de él, sigilosa y precipitadamente.

Todos se volvieron para mirar valle arriba, todos salvo Moffamides, que contempló a los tres hombres mientras pequeños gestos revelaban su nerviosismo. El erjin silbó y produjo sonidos aflautados.

- No perdamos tiempo - instó Moffamides con cierta irritación en la voz - ; el erjin empieza a volverse quisquilloso y se puede negar a ayudarnos.

- Ya no necesitamos su ayuda - dijo Jemasze - . Regresamos valle arriba.

- ¿Por qué buscarse problemas? - protestó Moffamides - . ¡Las huellas conducen corriente abajo!

- A pesar de ello, queremos ir hacia allá. Informa al erjin de que ya no nos hace falta su ayuda.

Moffamides transmitió el recado; el erjin lo acogió con un ronquido de disgusto.

Moffamides miró de nuevo a Jemasze.

- ¡No es preciso entrar en la cañada! - manifestó.

Pero Jemasze ya había echado a andar de vuelta por el rastro de las pisadas de Uther Madduc. El erjin se acercó mediante suaves y largas zancadas. Soltó un chillido espantoso y saltó hacia adelante con los brazos extendidos y las garras dispuestas a hundirse en la carne del enemigo. Elvo se quedó paralizado; Moffamides se encogió, acobardado; Kurgech dio un brinco lateral; Jemasze empuñó su pistola, apuntó y destruyó al animal cuando ya había saltado y surcaba el aire.

Los cuatro hombres permanecieron inmóviles, con la vista fija en el cadáver. Moffamides empezó a gemir suavemente en voz baja.

- ¡Silencio! - le conminó Kurgech.

Jemasze volvió a ponerse la pistola al cinto y reanudó su marcha valle arriba. Los demás le siguieron. Moffamides, en retaguardia, caminaba con paso letárgico. Empezó a rezagarse. Kurgech le dirigió una mirada fulminante y el sacerdote, obedientemente, apretó el paso.

Las paredes del valle, cada vez más empinadas, fueron transformándose gradualmente en precipicios cortados casi a pico, desde el fondo hasta la cima. En el suelo se alzaban bosquecillos de árboles: *jinkos, bangles* frutales, sauces uaianos, *baises* azules. Empezaron a aparecer huertos en los que se cultivaban ñames, legumbres, vainas amarillas, cereales *molk* de alto tallo blanco, arbustos *pongee* rojos, rebosantes de bayas negro-purpúreas. Elvo pensó que allí estaba el secreto de Arcadia, tranquilo, silencioso y solemne. Se sorprendió a sí mismo caminando de puntillas y conteniendo la respiración para escuchar. El camino se convirtió en carretera, aunque estrecha; al parecer, estaban cerca de un núcleo habitado.

Los cuatro hombres siguieron adelante, no sin extremar sus precauciones: aprovechando los árboles para cubrirse, manteniéndose en la parte sombreada de la empinada pared sur. Bajo sus pies, el piso se convirtió en un pavimento de mármol rosa, agrietado y descolorido. En un lado de la escarpadura se abrió una enorme gruta que albergaba lo que parecía ser un templo de complicadísima arquitectura, construido a base de cuarzo rosado y oro.

Como en trance, los cuatro hombres se acercaron al santuario, si es que era un santuario, y, con inmensa estupefacción, observaron que todo el edificio estaba excavado en un bloque único de cuarzo rosa con infinidad de incrustaciones de oro. La fachada delantera, de más de doce metros de altura, estaba dispuesta en siete plantas, cada una de las cuales exhibía once nichos. Por todas partes, el cuarzo rutilaba con láminas y filamentos de oro; artesanos de consumada habilidad habían derrochado maestría al crear sus escenas, dando forma al metal y cincelando cada una de las hornacinas como si fuesen parte integrante de la misma roca, como si siempre hubieran estado allí, como si las escenas y los motivos labrados estuviesen poseídos por la verdad natural.

El tema principal de las esculturas era una batalla entre estilizados erjines y morfotas, ambos embutidos en una extraña y particular especie de armadura o traje de batalla y utilizando lo que parecían armas electrónicas de aparatoso diseño.

Inducido por un entusiasmo deslumbrado, Elvo tocó una talla y las yemas de sus dedos arrancaron, en el punto donde estuvieron posadas, una película de polvo de cuarzo rosa que resplandecía con un destello tan vital que daba la impresión de latir como sangre.

En la primera grada, o galería, seis aberturas daban acceso al santuario. Elvo entró por la más distante, a su izquierda, para encontrarse en un corredor alto y estrecho, que se curvaba para desembocar en la entrada del extremo derecho. La luz del pasillo, que se filtraba por varios paneles y pantallas de cuarzo rosa, tenía una tonalidad oscura, rosa rojizo, densa como vino añejo. Cada centímetro cuadrado se había esculpido con precisión

microscópica; el oro rutilaba y todos los detalles eran evidentes. Admirado, Elvo recorrió todo el Pasillo. Al salir, volvió a adentrarse en el templo por la puerta inmediata de la parte central; allí, la claridad era más viva, de tono rosa coral, como la carne de una ciruela de yema. La longitud de aquel corredor era un tercio más reducida que la del primero. Al salir, Elvo repitió el recorrido por el pasillo central, donde las luces relucían de rosa ardiente y las placas y filamentos de oro rutilaban al recibir la claridad exterior.

De nuevo frente al santuario, Elvo contempló los siete escalones de la fachada. Pensó que aquello era un auténtico tesoro, algo que maravillaría al mundo, y a otros mundos exteriores, ¡a toda la Vastedad Gaeana! Se acercó para examinarlo a fondo; erjines erguidos triunfalmente por encima de cadáveres que parecían de hombres. Una idea irrumpió en la mente de Elvo. Se volvió, excitado, hacia Gerd Jemasze.

- ¡Esto debe de ser un monumento conmemorativo o un registro histórico! - comunicó - En los pasillos están los detalles; las hornacinas y relieves exteriores son sólo como un índice, una tabla de materias.

- Una suposición como otra cualquiera.

Kurgech se había alejado en busca de huellas; regresó en aquel momento e indicó un barranco que parecían asfixiar jinkos azules y una docena de rosados árboles de parasol inclinados demencialmente sobre la quebrada.

- En el borde superior encontramos huellas de Uther Madduc. Conducen al barranco. Poliamides le trajo aquí y después le llevó valle arriba.

Elvo siguió examinando el templo de cuarzo rosa y siete gradas.

- ¿Es esta la broma formidable de Uther Madduc? ¿Por qué iba a reírse de esto?

- Hay más que ver - dijo Jemasze - . Subamos por el valle.

- Cuidado - les advirtió Kurgech - . Uther Madduc volvió mucho más deprisa de lo que vino.

Durante cuatrocientos metros, el rastro corría junto a la orilla del río, luego se adentraba en un majestuoso bosquecillo de gomeros negros que ocultaban el suelo del valle.

Kurgech iba en *cabeza,* un silencioso paso tras otro. Methuen se encontraba directamente encima de sus cabezas; por delante, una claridad trémula se filtraba por el bosque, donde las sombras tenían negrura aterciopelada.

El sendero se apartó del bosque. De pie, protegidos por la arboleda, los cuatro hombres contemplaron el complejo desde el que se enviaba a los erjines a la servidumbre.

Lo primero que experimentó Elvo fue una sensación de deshinchamiento. ¿Había ido tan lejos, había soportado tanto, sólo para ver un indescriptible conjunto de edificios de piedra construido alrededor de un recinto polvoriento? Se dio perfecta cuenta de que ni Kurgech ni Jemasze estaban dispuestos a investigar más, y Moffamides, por su parte, manifestaba una cantidad de angustia equivalente al terror pánico que le dominaba.

Moffamides tiró del brazo de Jemasze.

- Vámonos inmediatamente. ¡Mientras estemos aquí, nuestras vidas corren gran peligro!

- ¡Es muy extraño! Hasta ahora no nos habías advertido de ello.

- ¿Y por qué iba a hacerlo? - dijo Moffamides en tono saturado de malévola desesperación - . El erjin quería llevaros al Salto de Taglin. Ahora estaríais ya lejos.

- Aquí hay poco que ver - dijo Jemasze - . ¿Dónde está el peligro?

- No te corresponde preguntarlo.

- Entonces aguardaremos y lo veremos por nuestra cuenta.

En el recinto aparecieron una docena de erjines, que se quedaron allí formando un grupo inconexo. Cuatro hombres ataviados con blancos ropones sacerdotales salieron de una de las construcciones de piedra; de otra llegaron dos erjines más y un hombre, también vestido de sacerdote. De súbito, sin previo aviso, Moffamides salió del bosque y echó a correr hacia el complejo, al tiempo que lanzaba gritos a pleno pulmón. Jemasze soltó un taco

entre dientes y empuñó la pistola; apuntó, pero en seguida emitió un taco exasperado y se abstuvo de disparar. Elvo, que contemplaba horrorizado la escena, experimentó una oleada de gratitud hacia Jemasze: era injusto matar al miserable Moffamides que, al fin y al cabo, no les debía lealtad alguna.

- Será mejor que pongamos pies en polvorosa - opinó Jemasze - y a toda velocidad. Iremos por el barranco que utilizó Madduc para bajar; sin duda es la ruta más corta para llegar a nuestro vehículo.

Corrieron a través del bosque, por el camino que bordeaba la zona de cultivos. Vadearon el río y se dirigieron a la hondonada cubierta de árboles sita en el lado opuesto al del santuario.

Del bosque surgieron unos cuantos erjines. Al divisar a los tres hombres, se desviaron para correr en su persecución. Jemasze disparó su pistola; uno de los erjines, atravesado por una aguja de dexax, se desplomó y quedó convertido en un montón desmadejado; los otros echaron cuerpo a tierra y empuñaron sus largas armas de mensajeros del viento. Jemasze, Kurgech y Elvo se precipitaron hacia la protección de los árboles que crecían a la entrada del barranco. Los proyectiles pasaron inofensivamente de largo.

Jemasze y Kurgech los desdeñaron. Elvo miró en torno frenéticamente, con la esperanza de que apareciese alguna ayuda milagrosa. El sol se había desplazado lateralmente, la claridad rosa inundaba el barranco y el templo de siete gradas refulgía pictórico de belleza sobrenatural. Incluso aunque le dominaba el terror, Elvo no pudo por menos que preguntarse quién lo habría construido. Los erjines, indudablemente. ¿Cuánto tiempo haría? ¿Y en qué circunstancias lo edificarían?

Jemasze y Kurgech abrieron fuego nuevamente y nuevamente los erjines se retiraron al interior del bosque.

- Subirán a la parte alta del valle y dispararán sobre nosotros desde arriba - previno Jemasze - . ¡Tenemos que ser nosotros quienes lleguemos primero a la cumbre!

Treparon por la garganta, con el corazón palpitándoles atropelladamente en el pecho y los pulmones tratando penosamente de aspirar aire. El cielo empezó a mostrarse; el borde de la meseta se recortaba ya muy cerca sobre ellos. En el fondo del valle se producían tiros sueltos, aunque los proyectiles chocaban y explotaban demasiado próximos para que los tres hombres se sintieran cómodos; al volver la cabeza, Elvo vio erjines que corrían ágilmente por el camino tras ellos.

Alcanzaron la meseta y dedicaron unos segundos a recobrar el aliento, entre jadeos que eran medio sollozos. Elvo se dejó caer y, apoyadas las manos y las rodillas en el suelo, respiró laboriosamente con el aire chirriando al pasar por la garganta. Pero en seguida oyó el comentario de Jemasze:

- ¡Ya vienen! ¡Es cuestión de seguir!

Elvo se puso en pie como pudo, para ver que una docena de erjines franqueaban el borde de la meseta a unos cuatrocientos metros de distancia, por el norte. Jemasze dedicó unos segundos a examinar el terreno y hacerse su composición de lugar. Por el este, más allá de una sucesión de descendentes lomas, laderas y gargantas, la yola les aguardaba. Pero si intentaban huir por esa dirección, ofrecerían un blanco fácil a los rifles de largo alcance de los erjines y pronto estarían muertos. A unos noventa metros por el sur se veía una quebrada pirámide de gneis corroído; un reducto natural que al menos brindaba protección momentánea. El trío gateó como pudo sobre los guijarros del suelo hasta llegar a un espacio prácticamente liso, de unos quince metros de diámetro. Al instante, Jemasze y Kurgech echaron cuerpo a tierra, reptaron hasta el filo de la plataforma y procedieron a disparar sobre los erjines que se encontraban en la meseta de más abajo. Elvo se agachó, levantó su arma y apuntó, pero no podía apretar el gatillo. ¿Quién tenía razón y quién no la tenía? Los hombres habían irrumpido allí como intrusos. ¿Tenían derecho a castigar a

aquellos a quienes habían invadido y atropellado?

Jemasze se percató al momento de la indecisión de Elvo.

- ¿Qué le ocurre a su arma?

- Nada. Simple futilidad. Que todo esto es un error. Estamos atrapados; no tenemos escapatoria. ¿Qué importa que muera un erjin más o menos?

- Si nos atacan treinta erjines, mataremos a treinta erjines y luego nos iremos en completa libertad - explicó Jemasze - . Si sólo matamos a veinticinco, entonces, como ha dicho, estaremos atrapados.

- No podemos confiar en matarlos a todos - murmuró Elvo.

- Yo sí confío en ello.

- Suponga que son más de treinta.

- Me tienen sin cuidado las hipótesis - replicó Jemasze - , simplemente pretendo sobrevivir.

Al tiempo que hablaba, apuntó y disparó con tal efectividad que los erjines retrocedieron.

Kurgech efectuó un reconocimiento por el sur.

- Estamos rodeados.

Elvo se sentó en un saliente roquizo. A medio descenso de su trayectoria por el oeste, el sol proyectaba sus sombras por la yerma superficie. Elvo reparó en que no había agua por allí. Habrían muerto en cuestión de tres o cuatro días. Se sintió aletargado, con los codos en las rodillas, la cabeza caída. Kurgech y Jemasze intercambiaron cuchicheos durante uno momento y luego Kurgech fue a sentarse en un punto desde el que dominaba visualmente el horizonte oriental. Elvo le miró extrañado. La parte este del risco era la menos vulnerable al asalto... Respiró hondo y trató de recuperarse. Estaba a un paso de la muerte, pero afrontaría aquel desagradable proceso con toda la elegancia posible. Se puso en pie y anduvo por aquella lisa plataforma. Al oír el ruido de sus pasos, Jemasze volvió la cabeza. La expresión de su rostro se endureció automáticamente.

- ¡Agáchese, imbécil!

Un proyectil zumbó por el aire. El impacto, tremendo y cruel, sacudió a Elvo. Se desplomó sobre los guijarros del piso y allí quedó tendido, con la vista clavada en el cielo.

11

En Morningswake, los días se sucedieron uno casi idéntico al siguiente. Schaine y Kelse revisaban los despreocupados y en muchos casos enigmáticos recuerdos que dejara Uther Madduc y establecían un nuevo sistema para facilitar la administración del dominio.

Todas las mañanas, ambos conferenciaban durante el desayuno, a veces en perfecta calma y armonía, a veces en un estado de declarada controversia. Schaine no tuvo más remedio que reconocer que, pese a su cariño natural por Kelse, a menudo su hermano no le gustaba mucho. Kelse se había vuelto displicente, rígido y malhumorado, por motivos que ella no conseguía entender. Desde luego, Kelse había sufrido enormemente; la pérdida del brazo y la pierna aún le incomodaba un poco. Pero, en su lugar, Schaine no hubiera permitido que eso la obsesionara. Se le ocurrió otra idea. Tal vez Kelse se había enamorado de alguien que le rechazaba a causa de su parcial incapacidad física.

Tal pensamiento la fascinó. ¿Quién podría ser?

De una parte a otra de los dominios, la vida social era activa y alegre; en las casas se celebraban reuniones, fiestas, bailes y karoos que eran pálidas imitaciones de los carnavales de lujuria, gula y catarsis psicológica de los uldras. Kelse confesaba que muy rara vez asistía a tales diversiones, de modo que cuando se recibió del Dominio de Ellora una invitación para una fiesta campestre en los espléndidos Jardines de Ellora, Schaine la aceptó en nombre suyo y en el de Kelse.

La fiesta campestre fue un acontecimiento delicioso. Dos centenares de invitados paseando y disfrutando por un parque de veinte hectáreas que la familia Lilliet mantenía desde doscientos años atrás, empeñada cada nueva generación en ampliar y mejorar la obra de quienes la precedieron. Schaine disfrutaba enormemente, sin dejar de prestarle atención a Kelse. Tal como esperaba, su hermano no hizo intento alguno de alternar con los jóvenes - después de todo, el muchacho sólo tenía dos años más que ella - , sino que buscó la compañía de los barones terratenientes que se encontraban en la fiesta.

Schaine renovó muchas de sus antiguas amistados y comprobó que, como había supuesto, a Kelse se le consideraba tímido y brusco con las chicas.

La joven fue en busca de su Kelse.

- Te ponen por las nubes, vaya piropos deslumbrantes que he oído - le comentó - No debería decírtelo, porque puedes ponerte insoportable de engreído.

- Hay pocas probabilidades de que ocurra eso - rezongó Kelse, lo que Schaine tomó por una invitación a seguir.

- He estado hablando con Zia Forres. Opina que eres de lo más atractivo, pero no se atreve a dirigirte la palabra por miedo a que la destroces.

- No soy tan irascible y, desde luego, no soy engreído. Zia Forres puede hablar conmigo siempre que le plazca.

- No pareces apreciar mucho el cumplido. Kelse la dirigió una débil sonrisa.

- Me sobresalta.

- Bueno, pues, entonces, lo menos que podrías hacer es poner cara de persona placenteramente sobresaltada, no ese gesto de individuo al que han dejado caer un pedrusco en el pie.

- ¿Qué pie?

- Bueno, pues en la cabeza.

- Para ser sincero, la cabeza la tengo en otras cosas. Hay noticias de Olanje. Los redentoristas han convencido por fin al Mull para que promulgue un mandamiento terminante... dirigido, naturalmente, contra nosotros.

Schaine empezó a sentirse pesimista. ¡ Si aquellos desalentadores problemas se mantuvieran alejados, o al menos pudieran olvidarse, sólo por un día!

- ¿Qué clase de mandamiento? - preguntó con voz resignada.

- Se ordena a los barones terratenientes que se reúnan en consejo con los atamanes tribales. Debemos abandonar toda pretensión a títulos legitimados; dichos títulos sólo serán válidos para convivir con las tribus que tradicionalmente residen en los dominios. Conservamos las mansiones, más cuatro hectáreas del terreno circundante, y, a merced y discreción de los consejos tribales, podemos solicitar terrenos adicionales en arriendo por períodos que no rebasen los diez años y que no excedan de cuatrocientas hectáreas por dominio.

- Podría ser peor - dijo Schaine, con cierta impertinencia - . También podrían confiscar los títulos de propiedad de las casas.

- Aún no han confiscado ni embargado nada. Un manifiesto no son más que palabras. Retenemos las tierras y continuaremos reteniéndolas.

- Eso no es ser realista, Kelse.

- A mí me lo parece. Nos hemos declarado entidad política independiente del Mull; ya no tienen ninguna autoridad sobre nosotros... si es que alguna vez la tuvieron.

- Realismo es esto: Szintarre cuenta con una población de millones de ciudadanos. La entidad política de la que hablas dispone de unos cuantos miles. El Mull ejerce mucho más poder. Tenemos que obedecer.

- No compares poder con población - dijo Kelse - . Especialmente población urbana. Pero, de momento, no hay ningún problema inminente...al menos, por ese lado. No mataremos a ningún redentorista, so pena de que vengan ellos a matarnos a nosotros. Y confío en que tendrán el suficiente buen juicio para no intentarlo.

Schaine se alejó, furiosamente indignada con Kelse y por el modo en que convertía cualquier cosa en algo insultante y borrascoso. Se contuvo y fue a ver a unos antiguos amigos, pero el día había perdido ya toda su gracia.

Al volver a Morningswake, Kelse y Schaine se encontraron con la sorpresa de que seis aos de edad acampaban en el prado de delante de la casa.

- ¿Qué emergencia habrá surgido ahora?

- murmuró Kelse.

- Puede que tengan ya noticias de Olanje - aventuró Schaine - . Sin duda están aquí para que firmes el contrato de arrendamiento.

- No es probable. - A pesar de ello, Kelse titubeó antes de decidirse a ir a investigar - . Vale más que esperes dentro del edificio, por si acaso.

De modo que Schaine, de pie en el salón principal, observó por la ventana cómo Kelse se dirigía a través del prado al punto donde los aos aguardaban.

Kelse volvió a la casa a paso mucho más rápido que el que empleó a la ida. Schaine salió corriendo al zaguán, a su encuentro.

- ¿Qué ocurre?

- Tengo que llevar el *Standard* al norte. Zagwitz ha recibido un mensaje de Kurgech. Un mensaje mental, no hace falta decirlo, cuya esencia consiste en que están en apuros.

A Schaine el corazón le dio un vuelco.

- ¿Saben cómo, dónde o por qué?

- No estoy seguro de lo que saben. Quieren que los lleve a los Volwodes.

- ¿Qué hay de Gerd y Elvo?

- Los aos no han dicho nada.

- Iré contigo.
- No. Es peligroso. Me mantendré en contacto por radio contigo.

El aeroturismo regresó a medianoche, con Kurgech, Gerd Jemasze y Elvo Glissam, apenas consciente en una camilla improvisada. Kelse le había administrado ya un desinfectante universal y un analgésico del botiquín del aerocoche. Gerd y Kurgech le trasladaron en las parihuelas a la enfermería, donde Cosmo Brasbane, el médico del dominio, retiró las prendas que llevaba Elvo y le prestó los cuidados oportunos.

Kurgech se dispuso a abandonar la casa; Gerd le llamó.

- ¿A dónde vas?

- Esta es la Mansión Morningswake - repuso Kurgech sobriamente - y las tradiciones de vuestro pueblo son muy firmes.

- Tú y yo hemos superado juntos demasiados trances difíciles - dijo Gerd - ; de no haber sido por ti, todos estaríamos muertos. Lo que es bastante bueno para mí es bastante bueno para ti.

Al mirar a Gerd Jemasze, Schaine se sintió invadida por una casi abrumadora oleada de calor; le entraron ganas de reír y de llorar al mismo tiempo. ¡Claro, naturalmente! Amaba a Gerd Jemasze. Los prejuicios y la incomprensión no la habían permitido darse cuenta de ello. Gerd Jemasze era hombre de Aluan; ella era Schaine Madduc, de Morningswake. ¿Elvo Glissam? No.

Kelse intervino abruptamente, y quizá Schaine fue la única persona que captó cierta imperceptible desgana en su voz:

- Gerd tiene toda la razón; los formalismos no pueden aplicarse en situaciones como ésta.

Kurgech meneó la cabeza y, medio sonriente, retrocedió un paso hacia la puerta.

- La expedición ha concluido; las condiciones vuelven a ser de nuevo como lo eran antes. Nuestras formas de vida son distintas, y así es como debe ser.

Schaine se adelantó corriendo.

- No seas tan protocolario y fatalista, Kurgech, deseo que te quedes con nosotros. Estoy segura de que tienes hambre y yo he preparado la cena.

Kurgech se dirigió a la puerta.

- Gracias, dama Schaine, pero ustedes son outkeros y yo soy uldra. Esta noche estaré mucho más a gusto con mi propio pueblo.

Se fue.

Por la mañana, vendado el hombro y con el brazo izquierdo en cabestrillo, Elvo Glissam se dirigió a la mesa del desayuno, donde descubrió que los demás se le habían adelantado y mantenían una conversación general. Se sentían emocionalmente tranquilos, pero superficialmente estimulados y casi eufóricos, de modo que se exponían allí toda clase de comentarios y opiniones que, en distintas circunstancias, nadie se habría atrevido a sacar a colación.

La charla se desarrollaba rápida y ligera, y los temas que se debatían eran numerosos. Con voz débil pero aturdida, como un hombre que explica una pesadilla, Elvo Glissam refirió su versión de los acontecimientos ocurridos durante los últimos quince días, lo que proporcionó a Schaine y Kelse un relato más detallado que el que habían oído en boca de Gerd Jemasze.

Schaine preguntó, desconcertada:

- ¿Pero donde está la «broma formidable»? No he escuchado nada que ni por lo más remoto resulte divertido.

- Padre tenía un extraño sentido del humor - dijo Kelse - , suponiendo que tuviera sentido del humor.

- Sin duda tenía sentido del humor - declaró Elvo - A juzgar por lo que he oído del él, era un hombre extraordinario.

- Muy bien, entonces - le desafió Schaine - , ¿dónde está ese magnífico chiste?

- Demasiado sutil para mí. Al mirar de reojo a Gerd Jemasze, Schaine creyó detectar un asomo de sonrisa.

- ¡Gerd! ¡Tú lo sabes!

- Sólo lo supongo.

- ¡Dímelo! ¡Por favor!

- Déjame que recapacite un poco; no sé si es una broma o una tragedia.

- ¡Dínoslo! ¡Deja que todos juzguemos!

Gerd Jemasze se dispuso a hablar, pero tardaba demasiado en decidirse y Elvo Glissam, poco menos que embriagado por el alivio de la tensión, se le adelantó:

- Broma o no broma, el santuario es un descubrimiento fabuloso. ¡El nombre de Morningswake será pronto tan célebre y familiar como Gomaz y Sadhara! ¡De Olanje no tardarán de despegar vuelos de turistas con sus correspondientes guías!

- Podemos montar un hotel y ganar una fortuna - sugirió Schaine.

- ¿Y qué íbamos a hacer con una fortuna? - rezongó Kelse - . Ya tenemos todo el dinero que necesitamos.

- Si nos dejan conservar Morningswake.

- ¡Ja! ¿Quién va a impedirlo? No me digas que el Mull.

- El Mull.

- No.

- Yo cogeré la fortuna. Nos hace falta otro aerosalón grande - dijo Schaine - . Recuerda que el *Sturdevant* quedó destrozado. Así que, digo, vamos a comprar otro *Sturdevant.* Kelse alzó las manos.

- ¿Cómo vamos a pagarlo? ¿Sabes lo que vale un aerosalón bueno?

- ¿Qué pasa con el dinero? Organizaremos nuestras propias visitas turísticas a esa muestra maravillosa. Y no lo olvides: el hotel.

- ¿Ese valle se encuentra en el Palga, en Retenia o dónde? - preguntó Elvo.

- He estado pensando en ello - dijo Gerd Jemasze - . El barranco está al oeste y al sur de los Volwodes. Esa es región ao y dominio Morningswake.

- Entonces no hay problema - declaró Elvo - . Poseen ustedes un magnífico monumento histórico ¡y les asiste todo el derecho a construir un hotel!

- No tan deprisa - replicó Kelse - . El Mull y los redentoristas afirman que sólo nos pertenece la ropa que llevamos puesta. ¿Quién tiene razón?

- De acuerdo en que el asunto ha de fallarse - dijo Elvo - . Lo que no obsta para que, con todo y ser yo redentorista, desee lo mejor para mis amigos de Morningswake.

- Es muy extraño que los aos no sepan nada de ese templo - declaró Gerd Jemasze - . He comprobado el mapa; está en tierras de las tribus aos.

- Y también muy cerca de Retenia - añadió Kelse - . Los garganches podían saber algo.

- ¡ Ah! - exclamó Jemasze - . Todo está claro, Jorjol se enteró de la existencia del santuario; quiere construir un hotel, ¡y de ahí su deseo echarnos a patadas de Morningswake!

- De Jorjol, no me extrañaría.

- Os equivocáis con el pobre Muffin - dijo Schaine - . Es realmente muy sencillo, muy honesto, muy abierto. Le entiendo muy bien, para mí es como un libro abierto.

- Eres la única - dijo Kelse.

- Tampoco estoy de acuerdo - terció Elvo.

- Jorjol es una persona muy compleja. No tiene más remedio que serlo. Veámosle desde el punto de vista del psicólogo. Es outkero y uldra al mismo tiempo. Dos conjuntos de

criterios funcionan en su único cerebro. No puede tener un pensamiento que no le plantee instantáneamente una contradicción. ¡No deja de resultar asombroso que sea tan eficaz como es!

- No hay ningún misterio - dijo Kelse - . Outkero o uldra, primero y último, hacia atrás y hacia adelante, Jorjol es un egocéntrico. Cambia de una cosa a la otra y adopta el papel que más le conviene. En este momento es un bizarro garganche: el bravucón Príncipe Gris. ¡Sabes que es altamente probable que pilotara el tiburón del cielo que derribó a padre y también el *Ápex!*

Schaine prorrumpió en una indignada negativa.

- ¡Menuda tontería! ¡Conoces a Jorjol lo suficiente como para saber que eso es imposible! Es un hombre orgulloso y valiente. ¿Un asesino despiadado? ¡Jamás!

Kelse no estaba convencido.

- Según las teorías garganches, asesinato despiadado equivale a orgullo y valentía.

- No eres justo con Jorjol, en absoluto - insistió Schaine - . Su «orgullo y valentía», o como quieras expresarlo, te salvó la vida. Por lo menos merece crédito por su valor.

- Se lo concederé - dijo Kelse - . Sin embargo, no pienso lo mismo de su lealtad. Schaine se echó a reír.

- ¿Lealtad a quién? ¿A qué? Yo nunca tuve motivo de queja.

- Claro que no; tú estás enamorada de él. Schaine dejó escapar un suspiro cargado de paciencia.

- Preferiría llamarlo encaprichamiento.

- Padre, pudiera parecer, está vengado ya.

Le costó un gran esfuerzo, pero Schaine decidió no pelearse con Kelse. Respondió tranquila y, confió, racionalmente:

- Padre tenía las mejores intenciones. Le dio mucho a Muffin, hasta un límite cuidadosamente definido. Muffin, cosa lógica, se sentía más ofendido por ese límite que agradecido por la generosidad. ¿Y por qué no? Ponte en su lugar: mitad miembro de la familia, mitad golfante azul que tenía que comer en la cocina. Se le permitía mirar el pastel e incluso probarlo, pero nunca comer un trozo.

Elvo Glissam aventuró una ocurrencia que creyó chistosa.

- ¿Y usted era el pastel?... ¡Espero que no!

Schaine enarcó las cejas y desvió la vista con intencionada frialdad. El comentario parecía de muy mal gusto, sobre todo porque inmediatamente después de que Muffin rescatara a Kelse, ella había permitido que Jorjol hiciese más, mucho más que probar el pastel. El descubrimiento de aquel asunto provocó un estallido iracundo por parte de Uther Madduc, quien envió a Jorjol a volar en una dirección y a Schaine a treinta y dos años luz de distancia, en otra.

- Aquellos tiempos son ahora remotos - dijo Schaine con voz equilibrada. Se puso en pie - . Y esta conversación resulta ya cargante.

12

Acompañado de su hermano pequeño Adare, dos primos y un sobrino, Gerd Jemasze pilotó el utilitario *Standard* hasta el Palga, para volar luego hasta el punto donde las estribaciones de los Volwodes interrumpían el sarai. Comprobaron que nadie había tocado la yola terrestre. Gerd y Adare Jemasze, junto con el sobrino de ambos, navegaron en la yola hacia el este, mientras los primos les sobrevolaban en el aerocoche. Una jornada de vivaz travesía les llevó a la Estación número 2. Jemasze pagó el alquiler correspondiente al uso de la yola y examinó la lancha aérea *Dacy,* que los fiaps de Moffamides habían mantenido inviolada. Se encontraba allí un nuevo sacerdote, un joven flaco, de ojos como ascuas y boca de labios delgados que no cesaban de temblar; el hombre lo miraba todo con gran intensidad, pero no pronunciaba palabra. Jemasze se preguntó si habría ido Moffamides a sentarse en alguna alta cruz de un árbol del Aluban, pero se abstuvo de formular la cuestión al joven sacerdote, quien, de pie en el otro lado del recinto, les observaba con sus ardientes pupilas.

Nada más regresar Gerd Jemasze a Suaniset le llegó de Morningswake la noticia de una extraordinaria incursión de los rétenos. La fuerza invasora estaba constituida por cuatrocientos guerreros de primera, hunges, garganches, sulkes y zeffiros: se daba la sorprendente circunstancia de que enemigos tradicionales actuaban de común acuerdo. Unos cuantos exploradores aos tuvieron una escaramuza con los incursores, pero se replegaron ante la superioridad numérica del enemigo, que continuó hacia el lago Dor, donde descubrieron y profanaron tres kachembas aos.

Kelse transmitió inmediatamente una llamada solicitando ayuda, y la Orden de Uaia se encontró con que tenía que luchar antes de haberse definido como entidad. Un heterogéneo y más bien despreocupado surtido de aviones utilitarios, aerosalones de pasajeros, aeroturismos, pequeñas avionetas y traineras celestes de inspección, sesenta en total, cada una de ellas con una dotación de dos a ocho hombres armados, se concentró en Morningswake, para despegar, dirigirse al lago Dor y comprobar que los incursores uldra se retiraban a través de los rocosos eriales extendidos al oeste del lago. Las aeronaves de los dominios atacaron con armas de fuego y proyectores energéticos; los uldras se dispersaron en todas direcciones. A lomos de sus domadas monturas, ofrecían un blanco muy pequeño y huidizo, por lo que la flota aérea punitiva infligió un daño mínimo... Una veintena de tiburones del cielo descendieron de las alturas de la atmósfera y, en un abrir y cerrar de ojos, doce aparatos de los dominios resultaron alcanzados, se zambulleron lastimosamente y acabaron en el suelo. Acto seguido, antes de que pudiera organizarse una operación de represalia, los tiburones del cielo se alejaron y desaparecieron por el oeste.

Sumidos en el desánimo, los barones terratenientes rescataron a los aviadores derribados y volvieron a sus dominios. La expedición había resultado infructuosa; una táctica más inteligente y hábil que la suya los había derrotado.

Cierto número de barones terratenientes se reunieron en Morningswake para tratar los tristes acontecimientos de la jornada. Se habían lanzado a aquella aventura superconfiados; les tendieron una trampa; pagaron el precio de la vanidad.

Dm. Ervan Collode, hombre corpulento y más bien ampuloso, y que siempre había desagradado a Schaine, fue uno de los aviadores abatidos por los tiburones del cielo. Salió bastante bien librado: unas cuantas sacudidas y varias contusiones ligeras, pero la

experiencia había estimulado su furor vindicativo.

- Nunca más habrá paz hasta que hayamos quebrantado de modo total y absoluto a las tribus retenas. ¡Les escarmentaremos y les meteremos en el cuerpo tal miedo que jamás volverán a atacarnos!

Dm. Joris pronunció una torcida observación:

- Me temo que carecemos de capacidad para intimidarlos. Durante miles de años se han estado destrozando entre sí y eso no servía más que para estimular su apetito y buscar más pelea.

- No van nunca lo bastante lejos - declaró Dm. Collode -. ¡Nunca toman una decisión concluyente! Si destruimos sus rebaños y les envenenamos el agua, les obligaremos a la sumisión.

- No creo que tales tácticas den resultado - objetó Dm. Joris - ; la tierra les proporciona con demasiada facilidad lo que necesitan para vivir y nosotros nos hemos esforzado en balde.

- Hay un importante primer paso que deberíamos dar - terció Jemasze - . Las tribus retenas están teóricamente bajo la protección del Mull y, en consecuencia, deberíamos exigir al Mull que ejerza el debido control sobre ellas.

Dm. soltó a través de los dientes:

- ¿De qué serviría eso? ¡Los redentoristas dominan el Mull! ¿Habéis olvidado su manifiesto?

Kelse tampoco se mostró de acuerdo con la propuesta.

- Lo que no podemos hacer es declararnos independientes y, a continuación, correr a pedir ayuda.

- No estoy sugiriendo ninguna petición de ayuda, sino entregar una nota oficial, de una entidad soberana a otra - explicó Jemasze - . Yo le notificaría formalmente que los uldras rétenos nos están molestando, no sólo a nosotros, sino también a las tribus que se encuentran bajo nuestra protección; que proyectamos llevar a cabo una acción decisiva que puede incluir la toma y control permanente de Retenia, a menos que el Mull adopte las medidas oportunas para refrenar a las tribus bajo su tutela. Después, si el Mull no actúa y nosotros sí, no podrán decir que no los avisamos. Si al final nos vemos obligados a someter a los garganches, al menos lo haremos sobre cierta base legal.

- ¿Qué les importa a los garganches la legalidad? - rezongó Dm. Collode - . Para un uldra, la fuerza es la razón.

Schaine no pudo reprimir una risita sardónica.

- Para evitar hacer el ridículo, sugiero que renuncien a la hipocresía. Durante doscientos años, los barones terratenientes han impuesto y mantenido la razón de la fuerza, así que ahora, cuando la bota está en el otro pie, no tienen que mirar de reojo a la máxima.

- La hipocresía no tiene nada que ver - respondió Jemasze - . Siempre que se produce un conflicto, pierde el bando más débil; y aunque todo lo demás dé igual, siempre es mejor ganar que perder.

- Depende de los compañeros que uno tenga - dijo Schaine, y disparó una mirada hacia Dm. Collode.

Indudablemente - dijo D. Joris - Gerd Jemasze tiene razón. Antes de preparar una postura, debemos notificarlo al Mull.

- Hagámoslo ahora mismo - intervino Dm. Thanet, de Balabar - . No constituimos precisamente un cuerpo oficial, pero seguramente podemos actuar como instrumento para este fin particular.

El grupo pasó al estudio. Kelse telefoneó a la Cámara de Holrude en Olanje. En la pantalla apareció el rostro de una secretaria. Kelse se identificó.

- Soy Dm. Kelse Madduc y represento a la comisión ejecutiva provisional de la Orden

Uaiana. Tengo un importante mensaje que transmitir al presidente del Mull.

- El presidente, Dm. Madduc, es en estos momentos Dm. Erris Sammatzen, y precisamente se encuentra aquí.

Apareció en la pantalla el rostro de Erris Sammatzen.

- ¿Kelse Madduc? Nos conocimos en Villa Girasol.

- Cierto. El objeto de mi llamada, sin embargo, no es social, sino oficial. Hablo en nombre de la comisión ejecutiva provisional de la Orden Uaiana, para informarle de que un numeroso grupo de uldras de Retenia, nominalmente bajo la tutela del Mull, invadieron nuestro territorio, en concreto el Dominio de Morningswake, donde cometieron asesinatos y actos de vandalismo. Los hemos rechazado, obligándolos a volver a Retenia, y les advertimos a ustedes que deben impedir ulteriores incursiones.

Erris Sammatzen reflexionó durante unos segundos.

- Si de hecho se han producido tales correrías, es un asunto muy grave y que, ciertamente, no puede perdonarse ni permitir que se repita.

- ¿«Si» se han producido? - exclamó Kelse coléricamente - . ¡Claro que se han producido! ¡Acabo de decírselo!

- Por favor, Dm. Madduc - dijo Erris Sammatzen - , no se ofenda. Como individuo particular, desde luego, le creo. Como presidente del Mull, tengo que afrontar el asunto con un enfoque más ponderado.

- No entiendo sus distingos - replicó Kelse - . La Orden de Uaia le notifica, a través de mi persona, que esas incursiones han tenido efecto y le exige a usted que cesen de modo permanente; de no ser así, tendremos que protegernos por nuestra cuenta.

Erris Sammatzen habló en tono mesurado:

- He de examinar ciertas cuestiones en su debida perspectiva. Le recuerdo que el Mull es el órgano de todos los habitantes de Koryfon y está obligado a actuar de acuerdo con los intereses de todos ellos. Los barones terratenientes de Aluan constituyen una minoría, incluso en los supuestos dominios; por lo tanto, no pueden reclamar ni autonomía ni función representativa de ningún alcance. Le recuerdo también la reciente ordenanza promulgada por el Mull que reestructura los llamados Dominios de Koryfon y cuyo acuse de recibo aún no ha llegado a nuestras manos.

Al percibir que Kelse estaba a punto de replicar de modo intemperante, Dm. Joris se adelantó para intervenir.

- Las cuestiones que menciona usted están en litigio. Esperamos que esos puntos puedan resolverse de manera razonable. Sus palabras, sin embargo, eluden la respuesta a la notificación que acaba de presentar Dm. Kelse Madduc.

- No contestan a esa notificación - repuso Erris Sammatzen - porque el Mull no reconoce las premisas en las que se basa. Es más, hemos recibido noticias que contradicen sus afirmaciones. En consecuencia, les ordeno que desistan de todo ulterior acto hostil contra las tribus de Retenia.

Kelse emitió un sofocado sonido de asombro y disgusto.

- ¿ Sugiere que le he dado una información falsa?

- Señalo únicamente que al Mull se le ha presentado información contradictoria. Se interpuso de nuevo Dm. Joris.

- En tal caso, le sugerimos que vengan a Morningswake y lleven a cabo sus propias investigaciones. Luego, cuando hayan comprobado, como no cabe duda comprobarán, que les hemos informado correctamente de los hechos, podrán formular la adecuada protesta a las tribus retenas.

Erris Sammatzen reflexionó durante treinta segundos.

- Atenderé su sugerencia - dijo entonces - e iré acompañado de otros miembros del Mull. Mientras tanto, les ruego se abstengan de llevar a cabo ataques u operaciones de

represalia. Transmitiré similares instrucciones a las otras partes en conflicto.

Dm. Joris esbozó un gélido asomo de sonrisa.

- Nos encantará recibir al Mull y trabajar con ustedes de común acuerdo: desde nuestro punto de vista, cuanto antes, mejor. Entretanto, como no nos conceden autoridad ni nos aleccionan o aconsejan, procuraremos abstenernos de atacar a las tribus de Retenia, salvo en defensa de nuestro territorio soberano.

- ¿Cuándo podemos esperar su llegada a Morningswake? - preguntó Kelse.

- Pasado mañana será un día muy adecuado.

13

Los barones terratenientes, todos salvo Gerd Jemasze, estaban de vuelta en sus respectivos dominios y la noche había caído sobre Aluan. Schaine fue a sentarse en el césped del prado delantero, desde el que se podía contemplar el paisaje iluminado por el resplandor de las estrellas. Empezaban a deshacerse los nudos de su cerebro y los conflictos de la muchacha se resolvían por sí mismos de la forma más sencilla posible.

Adoraba Morningswake. Esa era la cuestión fundamental; ninguna otra cosa era más real. Con su historia y sus tradiciones, Morningswake alentaba vida propia; era una entidad que anhelaba sobrevivir. Si ella, Schaine, pretendía residir en Morningswake, estaba obligada a protegerla. Si sentía que debía representar una causa hostil, entonces debía irse a otro sitio, lo que naturalmente resultaba inconcebible.

Pensó en Elvo Glissam y una sonrisa afloró a sus labios. Aquel mismo día, cuando los barones terratenientes partieron en su expedición de castigo a los uldras, Elvo la instó a que regresara con él a Olanje, donde se desposarían, sugerencia que Schaine rechazó desenfadada y casi distraídamente. Elvo aceptó la negativa sin sorprenderse y manifestó que tenía intención de volver a Olanje lo antes posible. «¡Ah, muy bien! - pensó Schaine - la vida continúa».

Entró de nuevo en la casa. Las luces del estudio seguían encendidas; Gerd Jemasze y Kelse conversaban hasta muy tarde. Schaine subió a su habitación, abierta a la galería occidental.

Schaine se despertó. La noche era oscura y todo estaba tranquilo y silencioso. Sin embargo, algo había interrumpido su sueño.

Un suave *tap-tap* en la puerta.

Schaine saltó adormilada de la cama, se llegó dando traspiés hasta la puerta y la entreabrió. En la galería la esperaba una forma más oscura que las sombras. La reconoció al instante y dejó de estar medio dormida. Encendió las luces del dormitorio.

- ¡Jorjol! ¿Qué rayos haces aquí?

- He venido a verte.

Schaine miró desconcertada hacia la oscura veranda.

- ¿Quién te dejó entrar?

- Nadie. - Jorjol emitió una suave risita - . He llegado por la antigua ruta... trepando por la columna de la esquina.

- ¡Absolutamente demencial, Jorjol! ¿Qué puedes tener en la cabeza?

- ¿Necesitas preguntarlo?

Jorjol se inclinó hacia adelante corno si se dispusiera a entrar en el cuarto, pero Schaine se deslizó por su lado y salió a la galería.

Una completa calma reinaba en la noche. La enredadera *arabella* ascendía por los pilares hasta el techo, para colgar desde allí sus guirnaldas y derramar el suave perfume de sus flores blancas.

Jorjol se acercó un poco más a Schaine; la muchacha fue hasta la balaustrada y miró el paisaje, cuya completa oscuridad sólo se veía taladrada por algunos fulgores de estrellas reflejados en el estanque del Rascón Silvestre. Jorjol pasó un brazo alrededor del talle de la joven e inclinó la cabeza para besarla. Schaine se retiró.

- ¡Basta, Jorjol! No me interesa. No tengo la más remota idea de por qué estás aquí y, de verdad, es mejor que te marches.

- Vamos, déjate de remilgos - susurró Jorjol - . Yo te quiero y tú me quieres; así ha sido durante toda nuestra vida, ¡y ahora lo es más que nunca!

- No, Jorjol, en absoluto. No soy la persona que era hace cinco años, y tú tampoco lo eres.

- ¡Una verdad como un templo! Ahora soy un hombre, ¡un personaje importante! Estoy que ardo por ti, me muero por ti, y desde que te vi en Olanje no he pensado en nada más que en ti.

La risa de Schaine fue intranquila, forzada.

- ¡Por favor, sé razonable, Jorjol! Vete y te llamaré mañana por la mañana.

- ¡Ja! ¡No voy a correr ese riesgo! Ahora soy el enemigo; ¿lo has olvidado?

- Está bien, pues, en ese caso vale más que te enmiendes y te comportes como es debido. ¡Buenas noches! Me vuelvo a la cama.

- ¡No! - protestó Jorjol con ardor - . ¡Atiende, Schaine! ¡Ven conmigo! ¡Mi querida chiquilla Schaine! ¡No eres ninguno de esos tiranos presuntuosos que se llaman a sí mismos barones terratenientes! ¡Eres un espíritu libre, así que vente ahora conmigo y sé libre! ¡Viviremos felices como pájaros, disfrutando de lo mejor que puede proporcionar el mundo! ¡Este no es el lugar que te corresponde; lo sabes tan bien como yo!

- ¡Te equivocas de medio a medio, Jorjol! ¡Este es mi hogar y lo quiero con toda mi alma!

- ¡Pero a mí me quieres más! ¡Dímelo, mi adorada Schaine!

- No te quiero absolutamente nada. La verdad es que estoy enamorada de otro.

- ¿De quién? ¿De Elvo Glissam?

- ¡Claro que no!

- ¡Entonces debe de ser Gerd Jemasze! ¡Dímelo! ¿Es él?

- ¿Es una cuestión personal, Muffin?

- ¡No me llames Muffin! - La voz de Jorjol subió de tono e intensidad - . Y no es particular, porque te quiero para mí. ¡No lo has negado! Así que tu nuevo amante es Gerd Jemasze!

- No es mi amante, Jorjol, ni nuevo ni viejo. Y, por favor, quítame las manos de encima.

En su excitación, Jorjol había cerrado sus dedos en torno a los brazos de Schaine.

- Por favor, querida Schaine - susurró Jorjol roncamente - , dime que no es verdad; ¡dime que me quieres!

- Lo siento, Jorjol, es verdad, y no te quiero. Y ahora, buenas noches, me voy a la cama. Jorjol dejó oír una risa desagradable.

- ¿Crees que voy a aceptar la derrota tan fácilmente? ¡Me conoces bien! He venido a buscarte y vas a acompañarme. En seguida aprenderás a quererme. Te lo advierto, ¡no trates de resistirme!

Schaine se contrajo sobre sí misma y retrocedió, asustada, mientras las manos de Jorjol oprimían sus muñecas como tenazas de acero. Respiró hondo para soltar un chillido. Con una de sus manos de largos dedos, Jorjol le apretó la garganta, al tiempo que el puño de la otra mano se estrellaba en el costado de la muchacha, en la base de la caja torácica; un golpe hábil que provocó un dolor agónico a la muchacha, a quien se le doblaron las rodillas... Se encendieron entonces las luces de la galería; "Schaine sintió el confuso rumor de pasos apresurados, vio una imagen borrosa de algo en movimiento, oyó un gruñido de sorpresa, conmoción y desaliento.

Schaine se incorporó y, tambaleante, fue a apoyarse en la pared. Jorjol yacía, desplomado contra la balaustrada. Junto a su pierna colgaba un cuchillo en una vaina; del

fajín que rodeaba su cintura sobresalía la culata de una pistola, brillantes sus cachas de marfil. Las manos de Jorjol se contrajeron, para dirigirse luego con brusca sacudida hacia la pistola. Gerd Jemasze avanzó un paso, golpeó el brazo de Jorjol y el arma rebotó estruendosamente por el piso de la galería. Schaine se agachó con rapidez para recogerla, aunque aún se sentía un tanto violenta y desconcertada. ¿Cuánto habría oído Gerd Jemasze?

Los tres permanecieron inmóviles: Jorjol pálido, mustio a causa de la emoción; Jemasze sombrío y meditabundo; Schaine tensa, pero sin experimentar ninguna agitación desagradable. Jorjol miró a Schaine y, en aquel rostro de mirada fija y expresión tormentosa, la muchacha creyó ver de nuevo la cara de Muffin, el muchacho.

- Schaine, querida Schaine... ¿vendrás conmigo?

- No, Jorjol, ¡claro que no! Es verdaderamente absurdo pensar que pueda hacerlo. No soy uldra; en Retenia sería muy desdichada.

Un grito profundo y vibrante salió de la garganta de Jorjol, un clamor que le brotó del corazón.

- Eres como todos los demás outkeros.

- Espero que no. No soy más que yo misma.

Jorjol se puso en pie tambaleándose jadeante.

- Te lo imploro, por la vida de tu hermano, al que salvé. ¡Es una deuda de sangre que no puede negarse!

Gerd Jemasze produjo un extraño sonido, una especie de carraspeo tartamudeante y ahogado, como si las palabras tuvieran en la garganta una densidad excesiva que impedía su pronunciación. Por último, habló:

- ¿Tengo que decir la verdad?

Jorjol parpadeó, al tiempo que ladeaba la cabeza.

- ¿Qué verdad?

- Será mejor que pidas disculpas a dama Schaine, le asegures que no existe ninguna obligación y te marches en seguida.

La voz de Jorjol tenía una frialdad sepulcral.

- La deuda existe y exijo que ella me la reconozca.

- La deuda ni existe ni ha existido nunca. Cuando el erjin atacó a Kelse, tú te subiste encima de una roca y te dedicaste a contemplar cómo la bestia destrozaba a Kelse. Al ver que Schaine se acercaba a todo correr, empuñaste la pistola y, desde la seguridad de lo alto de la peña, volaste la cabeza al erjin, bajaste de un salto, fingiste haber estado en mitad de la refriega e incluso te frotaste con sangre de Kelse. No tenías intención de salvar a Kelse. ¡Dejaste que el erjin le mutilara!

- ¡Mientes! - murmuró Jorjol - . No estabas allí.

Tan helada como el destino, la voz de Jemasze explicó:

- Kurgech sí estaba allí. Lo vio todo.

Jorjol profirió un repentino chillido desesperado... un sonido en tono de contralto extrañamente melodioso. Corrió hasta la esquina de la galería, pasó por encima de la baranda y desapareció.

Schaine se volvió hacia Gerd Jemasze.

- ¿Es cierto eso? - preguntó con voz horrorizada.

- Sí, es cierto.

- No puede ser verdad - murmuró la muchacha, mientras se esforzaba en contener las lágrimas - . Resulta demasiado espantoso para que sea verdad.

Pareció tan natural como el aire y el desplazamiento de las estrellas por el cielo que la joven se encontrase de pronto sollozando sobre el pecho de Gerd Jemasze, cuyos brazos la rodearon.

Kelse salió despacio a la galería.

- Es verdad - dijo - . He oído lo que le dijiste. Lo sospechaba desde hace cinco años. Nos ha odiado toda la vida. Algún día le mataré.

14

La delegación del Mull llegó a Morningswake en un aerosalón *Ellux* de color negro y plata: Erris Sammatzen y seis miembros más. Acudió a recibirlos la Comisión Directiva de la Orden Uaiana: nueve barones terratenientes a los que se eligió y legitimó mediante un precipitado referéndum telefónico a través de las Tierras del Tratado.

Dm. Joris pronunció una alocución de bienvenida más bien seca y protocolaria, con la que se pretendía establecer de entrada que el tono de la reunión iba a ser oficial. A tal fin, los barones terratenientes llevaban trajes de lo más serio y todos lucían su gorra heráldica. Por contraste, los miembros del Mull vestían casi ostentosamente prendas corrientes.

- La Orden de Uaia les da la bienvenida a Morningswake - saludó Dm. Joris - . Albergamos el más sincero deseo de que esta conferencia elimine al máximo los equívocos y desavenencias que enturbian nuestras respectivas políticas. Confiamos en que acudan ustedes a estos debates animados por un espíritu constructivo y realista. Por nuestra parte, pretendemos que nuestras relaciones con Szintarre continúen siendo amistosas y profundas.

Sammatzen se echó a reír.

- Dm. Joris: Gracias por su bienvenida. Como sabe perfectamente, no puedo aceptar, ni siquiera tomar en serio, sus otras palabras. Hemos venido para imponernos respecto a las condiciones de esta zona, al objeto de poder administrar lo más positivamente posible estos territorios en bien de los intereses de la mayoría de sus habitantes, y a plena satisfacción, o por lo menos con la aceptación, de todo el mundo.

- Nuestras diferencias pueden o no pueden ser irreconciliables - dijo Dm. Joris en tono frío - . Si le parece, Dm. Madduc nos servirá un refrigerio y luego, cuando lo considere oportuno, reanudaremos las discusiones en el Gran Comedor.

Durante media hora, los grupos se dedicaron a intercambiar cautelosamente comentarios y bromas, para dirigirse después al Gran Comedor. El atavío solemne de la Comisión Directiva estaba a tono con el ambiente noble de la sala, la grandeza de sus proporciones, la esplendidez de sus ricas maderas. Kelse sentó al Mull en un lado de la mesa, la Comisión Directiva ocupó el otro.

Erris Sammatzen asumió vivamente el control de la sesión.

- No voy a pretender que el motivo de nuestra presencia aquí sea otro que el que es. El Mull es el único órgano administrativo de Koryfon. Representamos a la población de Szintarre de modo directo; proporcionamos un foro a los habitantes de Uaia. Ejercemos un protectorado benévolo sobre los uldras. Los dominios de los barones terratenientes están incluidos bajo nuestro control, mediante protocolos oficiales y oficiosos; también ellos tienen derechos de demanda y protesta.

»Como saben, nos hemos visto obligados a promulgar un edicto, cuyos artículos ya les son familiares en este momento. - Erris articulaba ahora las palabras lenta e intencionadamente - . No podemos tolerar y no toleraremos la obstinación de unos centenares de hombres y mujeres testarudos que se empeñan en conservar unos privilegios aristocráticos a los que no tienen derecho. Es preciso implantar un sistema más natural y equitativo, y les recuerdo que ya ha terminado la era de la autoridad absoluta de los barones terratenientes sobre vastos dominios, instituida mediante la violencia y la coacción. Los derechos revierten ahora a aquellas tribus que tradicional y legítimamente son propietarias de la tierra. No pretendemos perjudicar a nadie y colaboraremos en la

ordenada transferencia de autoridad.

Dm. Joris replicó, de nuevo sin gran entusiasmo:

- Rechazamos su edicto. Es evidente que tiene su origen en el altruismo y en ese sentido lo consideramos, pero incluye cierto número de usurpaciones doctrinarias. Señalo que la libertad de optar por la autodeterminación es un derecho inherente a toda comunidad, por pequeña que sea, siempre y cuando cumpla con la carta básica de la Vastedad Gaeana. Nos adherimos a esos principios y reclamamos ese derecho. Deseo ahora anticiparme a su alegación de que los derechos de las tribus de los dominios se han menoscabado. Todo lo contrario. Los factores que contribuyen a lo que ellos consideran óptima calidad de vida nunca han sido más favorables. Nuestros embalses y proyectos de control hidráulico les proporcionan agua para su consumo personal y el de su ganado. Cuando necesitan dinero para adquirir artículos de importación siempre pueden disponer de un empleo, temporal o permanente, según deseen. Su libertad de movimientos es absoluta, salvo en las pocas hectáreas inmediatamente contiguas a los corredores de acceso al dominio, de modo que, en efecto, hay una ocupación dual de la tierra, para nuestra mutua satisfacción y beneficio. No explotamos a nadie; sólo ejercemos autoridad en un sentido protector. Proporcionamos asistencia médica; a veces, aunque no con frecuencia, desempeñamos funciones o poderes policíacos, si bien las tribus administran habitualmente su propia justicia. Tenemos la impresión de que ustedes, los miembros del Mull, han tenido que adoptar decisiones imprudentes inducidos por ese grupo articulado y fervoroso al que se conoce por el nombre de los Redentoristas, que trata más con abstracciones que con hechos reales.

«Pregunto: ¿De qué ha servido su edicto? De nada. Con su aplicación, ¿qué tendrían los uldras que no tienen ahora? Nada. Perderían ellos y perderíamos nosotros. Sus edictos sólo aportan discordias y perjuicios para todos nosotros... suponiendo que los acatásemos, que no los acatamos.

A Dm. Joris le respondió Adelys Lam, mujer delgada y nerviosa, de rostro huesudo y ojos inquietos. Hablaba con voz perentoria y subrayaba sus palabras con movimientos del índice que parecían pinchar el aire.

- Pretendo hablar de la ley y su naturaleza innata. Usted, Dm. Joris, ha empleado los términos «doctrinario» y «abstracción», dándoles un sentido peyorativo, lo cual me obliga a señalarle que toda ley, todo sistema ético, toda moralidad se basa en doctrinas y en principios abstractos y esa es la *razón* por la que probamos casos específicos. Si adoptamos una actitud pragmática, estamos perdidos nosotros y está perdida la civilización; la moralidad se convierte en una cuestión de oportunismo o de fuerza bruta. Los edictos del Mull, en consecuencia, no descansan tanto sobre las exigencias del momento cuanto sobre teoremas fundamentales. Uno de ellos es que un título sobre una propiedad adquirida por apropiación preferente, robada o confiscada nunca llegar a tener validez, sea el espacio de tiempo transcurrido de dos minutos o de doscientos años. La deficiencia del título se mantiene y puede procederse a la debida reparación, no importa lo dilatoria que ésta sea. Ha vuelto a mofarse de los redentoristas; por lo que a mí se refiere, me congratulo de que los redentoristas sean lo suficientemente idealistas y estén los suficientemente motivados como para instar al muchas veces pausado Mull a emprender acciones decisivas.

Gerd Jemasze respondió con voz fría:

- Sus ideas podrían tener más peso específico si no fueran ustedes hipócritas y personas con una capacidad infinita para...

- ¿Hipócritas? - Adelys Lam echaba chispas - . Dm. Jemasze, ¡me maravilla que use usted esa palabra!

Reprobadoramente, Erris Sammatzen terció:

- Había confiado en que nuestras conversaciones se desarrollasen sin que nadie

fulminara a nadie, sin amenazas ni invectivas. Lamento observar que Dm. Jemasze recurre a la intemperancia.

- ¡Déjele que nos insulte! - gritó, furiosa, Adelys Lam - . Tenemos la conciencia limpia, que es más de lo que él puede decir de la suya.

Jemasze la escuchó, imperturbable.

- Mis observaciones no son invectivas - aseveró - . Refiero hechos demostrables. Crean leyes contra nuestros crímenes imaginarios y, mientras tanto, toleran en Szintarre y en toda Retenia un delito proscrito en todos los demás puntos de la Vastedad Gaeana: la esclavitud. A decir verdad, sospecho que por lo menos algunos de ustedes son poseedores de esclavos.

Sammatzen se pellizcó los labios.

- Se refiere a los erjines, sin duda. Respecto a esa cuestión los hechos no están claros.

- Los erjines no son seres inteligentes - declaró Adelys Lam - , ni conforme a la definición legal del término ni conforme a ninguna otra. Son animales listos, nada más.

- Podemos demostrar lo contrario, mas allá de cualquier argumentación - manifestó Gerd Jemasze - . Antes de recriminarnos por nuestras transgresiones abstractas, deberían restringir sus propias culpas reales.

Erris Sammatzen reconoció, incómodo:

- Ha puesto el dedo en la llaga de un punto importante; no puedo discutir eso con usted. Sin embargo, dudo mucho de que pueda llevar a cabo una demostración tan positiva.

- ¿No nos estamos apartando de la tarea principal? - protestó Adelys Lam.

- Nuestro programa es flexible - repuso Sammatzen - . Deseo aclarar este otro asunto.

Intervino otro miembro del Mull, el desabrido Thaddios Tarr:

- No podemos evitar hacerlo y mantener nuestra credibilidad como cuerpo administrativo imparcial.

Gerd Jemasze se puso en pie.

- Me parece que estoy en condiciones de sorprenderles.

Erris Sammatzen preguntó cautamente:

- ¿Cómo?

- Uther Madduc lo llamó «broma formidable». Pero dudo mucho de que ustedes se rían.

Schaine, que escuchaba a un lado del Gran Comedor, le dijo a Elvo Glissam:

- No entiendo por qué tiene alguien que reírse. ¿Entiende usted esa «broma formidable»? Elvo Glissam denegó con la cabeza.

- Se me escapa por completo.

Los miembros del Mull subieron a bordo del aerosalón *Ellux* de color negro y plata. Gerd Jemasze se puso a los mandos y el aparato se elevó en el aire. Detrás iba un convoy de diez aerococches bien armados. Gerd Jemasze puso rumbo al noroeste, a través de la región más bonita de Morningswake: una tierra de vistas magníficas y remotas perspectivas.

La escarpadura que delineaba el Palga erguía su perfil a lo lejos; los Volwodes se elevaban rumbo al cielo; la tierra se volvía desapacible, pelada y fragosa. Por el fondo de un amplio valle discurría un fúlgido río: el Mellorus. Jemasze alteró la dirección y descendió al valle, para sobrevolar el río a unos noventa metros de altura.

Las paredes del valle fueron ascendiendo y haciéndose más perpendiculares; oscurecieron parte del cielo; al cabo de unos momentos pasaron sobre las parcelas cultivada y los huertos de regadío, que Jemasze no dejó de reconocer. Redujo la velocidad del *Ellux* hasta que apenas parecía avanzar por la quebrada y se volvió hacia los miembros del Mull.

- Lo que estoy a punto de enseñarles lo han visto sólo unos pocos hombres. La mayoría de ellos, mensajeros del viento... porque nos encontramos muy cerca del centro donde los

erjines se crían, domestican, adiestran y se disponen para la exportación. Decididamente, existe en esta visita un factor de riesgo, pero cuando haya concluido se mostrarán ustedes de acuerdo en que estaba justificado el que les trajese hasta aquí. En cualquier caso, nuestra potencia de fuego conjunta nos proporciona suficiente protección, y el casco de este *Ellux* sin duda es lo bastante fuerte y grueso como para rechazar los proyectiles de los largos rifles del Palga.

- Espero - dijo Julias Metheyr - que nos enseñe algo más que erjines desfilando en formación o aprendiendo a ponerse los pantalones .

- Por lo que a mí concierne - declaró Adelys Lam en tono malhumorado - , no tengo ningún interés en que me maten, ni siquiera en resultar herida, para su satisfacción personal.

Gerd Jemasze no se molestó en contestar. Hizo descender el aerosalón *Ellux* hasta situarlo frente a la fachada del templo de cuarzo rosa e incrustaciones de oro. Activó las puertas y el descensor; el Mull en pleno salió en tropel y se apiñó sobre el pavimento de mármol rosado.

- ¿Qué es esto? - preguntó Julias Matheyr estupefacto.

- Parece ser un santuario o un monumento histórico construido mucho tiempo antes de que los primeros hombres llegasen a Koryfon. Los anales detallados de una civilización erjin.

- ¿«Civilización»? - repitió Adelys Lam.

- Decida por sí misma. Se representa a los erjines a bordo de lo que parecen ser naves espaciales. Los verá luchando contra morfotas, que también emplean armas y otros instrumentos de guerra propios de una sociedad tecnificada; de modo que los morfotas también habían creado en su tiempo una civilización. Por último, los erjines cuentan mediante esas imágenes una guerra contra los hombres.

Erris Sammatzen se adelantó para contemplar el templo de siete gradas; los demás le siguieron, entre murmullos cada vez más asombrados a medida que examinaban las complejas esculturas. Uno tras otro, los aparatos de escolta descendieron al fondo del desfiladero y sus ocupantes echaron pie a tierra y acudieron a deslumbrarse con los demás ante la maravilla que constituía el santuario.

Erris Sammatzen se acercó a Jemasze.

- ¿Y esta es la «broma formidable» de Uther Madduc? - preguntó.

- Eso creo.

- ¿Pero qué tiene de divertida?

- La impresionante aptitud de la raza humana para engañarse a sí misma.

- Eso es trivialidad, no humor - replicó Sammatzen secamente - . La broma es, por lo menos, un timo.

- No, no lo creo yo así - dijo Jemasze. Sammatzen hizo caso omiso.

- ¿El centro de los mensajeros del viento está cerca?

- A cosa de cuatrocientos metros, cañada arriba.

- ¿Hay alguna razón por la que no debamos acercarnos allí ahora mismo para poner coto a ese comercio?

Jemasze se encogió de hombros.

- No podría garantizar su seguridad en modo alguno. Pero creo que contamos con suficiente potencia de fuego para protegernos si surge la necesidad de hacerlo.

- ¿Qué sabe usted acerca de ese negocio?

- No más que usted. Vi esto por primera vez hace una semana, más o menos. Sammatzen se frotó la barbilla.

- Se me ocurre que a las tribus de Retenía les va a molestar mucho quedarse sin monturas. ¿Qué opina?

Jemasze sonrió.

- Pueden comprar críptidos de los dominios.

Erris Sammatzen fue a conferenciar con los otros miembros del Mull; discutieron durante diez minutos, al cabo de los cuales Sammatzen se acercó a Jemasze.

- Queremos echar un vistazo al centro de adiestramiento, por si es posible cumplir la operación sin riesgos.

- Lo haremos lo mejor posible.

El recinto y los alargados edificios seguían tal como Jemasze los recordaba, e incluso más soñolientos que antes. Un par de mensajeros del viento estaban sentados en cuclillas junto a uno de los muros. Al ver el avión que descendía, dispuesto a aterrizar, se pusieron en pie lentamente y aguardaron, irresolutos, como si debatieran consigo mismos la conveniencia de salir o no salir disparados.

A los mandos del *Ellux,* Jemasze *aterrizó* directamente delante del mayor de los edificios de piedra del complejo. Abrió la puerta de la aeronave, extendió el descensor y echó pie a tierra, seguido de Sammatzen y los demás integrantes del Mull, más prudentes y cautelosos.

Jemasze indicó a los mensajeros del viento que se acercaran; lo hicieron, con bastante desgana.

- ¿Dónde está el director de la agencia? - preguntó Jemasze.

Los mensajeros del viento pusieron cara de desconcierto.

- ¿Director?

- La persona responsable. Los mensajeros del viento intercambiaron una serie de murmullos.

- ¿Se refiere, acaso, al Viejo Erjin? - preguntó luego uno de ellos - . Si es así, ahí lo tiene.

Del interior del edificio de piedra, como un pez que emergiese de unas aguas oscuras, salió un erjin de tamaño extraordinariamente gigantesco; un ser calvo, sin collarín ni penachos faciales, de piel curiosamente blanca, como vientre de culebra. Gerd Jemasze nunca había visto un erjin de tales proporciones ni de semejante aspecto. La criatura miró de soslayo; uno de los mensajeros del viento se puso rígido, como si recibiese una descarga eléctrica, luego se adelantó para situarse al lado del erjin, al objeto de actuar de intérprete, traduciendo a palabras los mensajes telepáticos.

- ¿Qué es lo que quieren? - preguntó el erjin.

- Somos el Mull - informó Sammatzen - , principal órgano administrativo de Koryfon.

- De Szintarre - precisó Jemasze.

- La esclavización de seres inteligentes - prosiguió Sammatzen - es un acto ilegal, tanto en Szintarre como en toda la Vastedad Gaeana. Hemos averiguado que se esclavizan erjines que luego se venden como monturas para las tribus uldras y como sirvientes y obreros destinados a trabajar en Szintarre.

- No son esclavos - declaró el Viejo Erjin, a través de los traductores del mensajero del viento.

- Según nuestra definición, son esclavos, y estamos aquí para acabar con esa actividad. No se podrán vender más erjines ni a los uldras ni a los gaeanos de Szintarre, y se emancipará a cuantos erjines sufran ahora esa condición de esclavos.

- No son esclavos - insistió el Viejo Erjin.

- Si no son esclavos, ¿qué son?

El Viejo Erjin transmitió su mensaje:

- Sabía que estaban en camino. Les avistamos, a ustedes y a su flotilla aérea, cuando entraron en el valle del monumento; les esperábamos.

- Lo cierto es que parece haber poco movimiento por aquí - observó Sammatzen

secamente.

- El movimiento se está produciendo en otra parte. Nosotros no vendemos esclavos; enviamos guerreros. La señal ya se ha transmitido. El mundo es nuestro y ahora vamos a recuperar el mando.

Los hombres escucharon con la boca abierta.

El Viejo Erjin controló la voz del mensajero del viento:

- Ya hemos dado la señal. En este preciso instante, los erjines destruyen a los uldras que creían dominarlos. Los erjines a los que se les consideraba criados señorean la ciudad de Olanje y todo Szintarre.

Contraído el semblante por la incredulidad y la angustia, Sammatzen miró hacia Joris y Jemasze.

- ¿Dice la verdad esta criatura?

- No lo sé - respondió Jemasze - . Llame a Olanje por radio y averigüelo.

Con plomizas zancadas, Sammatzen corrió hacia el aerosalón. Jemasze contempló reflexivamente al Viejo Erjin.

- ¿Proyectan algún acto de violencia contra nosotros aquí y ahora? - preguntó finalmente.

- No, a menos que provoquen ustedes tal violencia, dado que cuentan con una clara preponderancia de fuerzas. De modo que pueden marcharse tal como han venido.

Jemasze y Joris se retiraron al *Ellux,* donde encontraron a Sammatzen, que se apartaba de la radio. Tenía el semblante lívido; el sudor perlaba su frente.

- ¡Los erjines se han amotinado en Olanje; la ciudad es un manicomio!

Jemasze fue a los mandos del aparato.

- Nos vamos, y rápido, antes de que el Viejo Erjin cambie de idea.

- ¿No podemos convencerle para que ordene a sus guerreros que se retiren? - chilló Adelys Lam - . ¡Están matando, destruyendo, incendiando! ¡Nada más que derramamiento de sangre! ¡Déjenme salir! ¡Imploraré la paz al Viejo Erjin!

Jemasze la obligó a retroceder.

- No podemos implorar nada. Para empezar, si ese animal fuese razonable no habría desencadenado el ataque. Marchémonos de aquí antes de que nos maten a nosotros.

15

El levantamiento erjin obtuvo el más impresionante y absoluto éxito en Olanje, donde unos cuantos miles de erjines amedrentaron y dominaron a toda la ciudad. Los vecinos de la urbe se sometieron histéricamente a la degollina o huyeron en completo desorden. Algunos se refugiaron en las selvas; otros se retiraron a sus quintas de las montañas Carnelianas; unos cuantos abordaron su yate o el yate de algún amigo; y cierto número volaron a las islas Persimmon o a Uaia. La resistencia que se opuso a los erjines fue realmente mínima y posteriormente, cuando historiadores y sociólogos estudiaron el episodio y se planteó la pregunta: «¿Por qué no combatieron en defensa de sus hogares?», las respuestas, en términos generales, fueron muy parecidas unas a otras: «No estábamos organizados; carecíamos de jefes; no sabíamos qué hacer». «No estaba acostumbrado a usar armas; he sido siempre persona pacífica y jamás me pasó por la cabeza la idea de que tuviese que defenderme». Los barones terratenientes de los dominios de Uaia reunieron una fuerza expedicionaria de tres mil hombres, incluidos contingentes de las tribus uldras y de las Tierras del Tratado. En quince días de expediciones más o menos cautas, ametrallamientos desde el aire y asaltos en improvisados vehículos acorazados, se expulsó a los erjines de la otrora hermosa ciudad, que huyeron desordenadamente por los campos, en bandadas confusas y abatidas. En las dos semanas siguientes, aeronaves y patrullas motorizadas acosaron y aniquilaron a los fugitivos[*].

Los uldras de Retenia, no menos que los outkeros de Szintarre, sufrieron también los desmanes de la insurrección. Al recibir la noticia telepática, las hasta entonces monturas reaccionaron instantáneamente y, sin hacer caso de las embocaduras de la pinza ni de los frenos de boca electrificados, se alzaron sobre las patas delanteras, derribaron a sus jinetes y los cocearon hasta dejarlos reducidos a fragmentos. Los que estaban en corrales rompieron y saltaron las cercas, desconectaron los circuitos eléctricos y atacaron a los miembros de las tribus. Tras recuperarse de la conmoción inicial, los uldras contraatacaron con un ansia de desquite equiparable al instinto vengativo de los erjines y entablaron feroz lucha defensiva con ellos. Tribus primitivas y remotas como los custacks y los charlatanes nasales salieron peor librados que los demás, mientras garganches, caballeros azules, hunges y noales tuvieron relativamente pocas bajas.

Quince días después, el Príncipe Gris convocó un gran karoo de garganches, labios largos y otras tribus; con verbo apasionado calificó el alzamiento de los erjines de conspiración tramada por los outkeros de la Tierra del Tratado, y profirió el alarido de odio mediante el cual el guerrero uldra jura vengarse de sus enemigos. Ebrios de furia y de *xheng*[**], los miembros de las tribus repitieron a coro el alarido y, al día siguiente, una horda uldra se puso en marcha hacia el este, decidida a dejar Aluan limpia de outkeros.

---

[*] Durante las últimas fases de este periodo, la Junta de Directores de la SEE (Sociedad para la Emancipación del Erjin), tras regresar a Olanje desde sus refugios, criticaron «aquella orgía de sangre innecesaria y carente de sentido». Recomendaron que, cuando fuera posible, se capturasen vivos a los erjines, en vez de matarlos, para, posteriormente, reeducarlos, rehabilitarlos e instarlos a crear una nueva y pacífica sociedad, en alguna zona de Uaia sin especificar. En el clima emocional de exterminio del enemigo que reinaba entonces, la doctrina del SEE encontró escaso eco y su implantación fue inapreciable.

[**] Xheng: término con el que se designa un sombrío sentimiento o emoción que puede traducirse sucintamente por lujuria de horror: desenfrenado deseo general de infligir dolor y tormentos, entrega arrebatada y fervorosa a la práctica de abusos sádicos.

Kurgech llevó a Kelse la noticia de la inminente invasión y Kelse informó al instante de ello al Concilio de Guerra de la Orden Uaiana. Por segunda vez, la fuerza aérea se movilizó y partió rumbo a los despeñaderos de Manganese, una enorme escarpadura de reluciente esquisto negro que dominaba la llanura de los Huesos Andantes. Allí aguardaba una partida de cien aos a lomos de críptidos, con los que se montó una cuidadosa operación contra los guerreros de Retenia locos de xheng. Cuando la flotilla aérea se acercó, los tiburones del cielo se lanzaron en picado desde las nubes; pero esa vez estaba previsto tal ataque y las armas dotadas de proyectiles dirigidos por radar acabaron con ellos. Los uldras rétenos, a pesar de su fanatismo, se retiraron a través de la llanura de los Huesos Andantes y, al final, se refugiaron en el bosque de jinkos negros que cubría las laderas de las montañas Gildred.

Kelse participaba en la operación, a bordo del vehículo utilitario de Morningswake convertido en aparato de combate, con una dotación de doce tripulantes: siete primos de Kelse y cuatro peones del rancho aos, además de él mismo. En los primeros minutos del encuentro, una bala garganche estalló contra una mampara interior y rasgó y laceró el hombro de Ernshalt Madduc. Aquello no tenía visos de batalla enconada, así que Kelse se puso en comunicación con el comandante de la flotilla y recibió permiso para regresar a Morningswake con el herido.

Durante el vuelo hacia el norte, una columna de humo que se elevaba en el horizonte llamó la atención de Kelse, con la consiguiente e instantánea alarma. Llamó por radio a la Mansión de Morningswake, pero no consiguió tomar contacto con la casa, por lo que sus temores se intensificaron. Aceleró la aeronave para arrancarle el máximo de velocidad y, por fin, Morningswake apareció a la vista.

El humo ascendía de un campo de cereales secos situado más allá del estanque del Rascón Silvestre; también estaba envuelta en llamas la pequeña escuela de chilla donde se educaban los hijos de los aos que querían asistir a ella. La Mansión de Morningswake parecía intacta; pero al mirar con los prismáticos Kelse vio un H*ermes Nube Veloz* de color azul celeste en el prado de delante de la casa.

Kelse aterrizó también en ese prado. Once hombres saltaron a tierra y corrieron hacia la casa, con las armas a punto. Encontraron en el Gran Comedor a cinco nobles uldra entregados a la degustación de los mejores vinos de que disponía la bodega de Morningswake. Jorjol ocupaba el asiento de barón terrateniente y tenía los pies encima de la mesa. La irrupción de Kelse le cogió por sorpresa; se quedó boquiabierto, aturdido. Kelse atravesó la estancia y arrojó a Jorjol contra el suelo, de un manotazo. Los otros cuatro uldras empezaron a soltar tacos y se pusieron en pie rápidamente, para quedarse petrificados al ver las armas que los encañonaban.

- ¿Dónde está Schaine? - preguntó Kelse.

Jorjol se levantó del suelo e hizo acopio de toda la dignidad que pudo reunir. Agitó el pulgar señalando el estudio. Su voz sonaba estropajosa por culpa del vino trasegado.

- Prefirió encerrarse. No habría tenido más remedio que salir una vez hubiésemos prendido fuego a la mansión. - Dio un bandazo, al acercarse a Kelse. Silabeó en voz baja -: Cómo te odio. Si el odio fuera piedra, podría construir una torre que llegara a las nubes. Siempre te he odiado. No te puedes hacer idea del alegrón que tuve cuando el erjin te desgarró. Mi placer fue tan grande como el del desierto abrasado cuando le llega la lluvia y disfruté tanto como cuando presté todo mi interés a tu hermana. Mi vida no ha sido buena, salvo en dos momentos, y ahora pienso añadir uno más, el tercero, porque pienso matarte. Aunque sea lo último que haga, te arrancaré la vida de tu inmundo cuerpo outkero.

En su mano apareció la larga hoja de un cuchillo, que un resorte había impulsado para que brotase por la bocamanga. Se lanzó hacia adelante; Kelse esquivó la acometida y, con la diestra, agarró la muñeca de Jorjol; la mano izquierda, de acero, se aferró a la garganta

del Príncipe Gris, mientras el brazo, también de acero, lo levantaba en el aire, lo llevaba hasta la puerta y lo arrojaba al patio. Kelse salió a su vez, y, cuando Jorjol se levantó, volvió a cogerlo y lo sacudió como a un trapo. Los ojos del Príncipe Gris parecían a punto de salírsele de las cuencas; la lengua le colgaba fuera de la boca. A los oídos de Kelse llegó un grito: la voz de Schaine.

- ¡Kelse, Kelse, por favor, no lo hagas! ¡No, Kelse! ¡Somos barones terratenientes; él es uldra!

Kelse soltó su presa; Jorjol cayó contra el suelo, doblado sobre sí mismo, entre jadeos.

Encerraron a Jorjol y a sus secuaces en un establo y apostaron dos hombres de guardia para que los vigilaran. Durante la noche, los uldras excavaron un túnel por debajo de la pared de atrás, estrangularon a los centinelas y huyeron.

16

En el mundo de Koryfon imperaba la paz: una paz hosca, turbia, de odios que seguían latentes y pensamientos destemplados. En Olanje se habían reparado ya los daños físicos producidos por los erjines; la ciudad parecía tan alegre y despreocupada como siempre. Valtrina Darabesq abrió Villa Mirasol y dio tres fiestas en rápida sucesión para demostrar que el levantamiento de los erjines la había dejado impávida. Al otro lado del mar Persimmon, las tribus de Retenia se lamían amargamente las heridas, asentadas en sus campamentos, a la vez que alimentaban agravios y planeaban futuros asesinatos, incursiones y torturas, aunque sin gran entusiasmo. En el Palga, los mensajeros del viento contemplaban sus corrales vacíos de esclavos y se preguntaban cómo podrían ahora adquirir ruedas, aparejos y piezas para sus carros de vela. Mientras, bajo los picos de los Volwodes, en el desfiladero del río Mellorus, grupos de eruditos habían empezado ya a examinar el templo de cuarzo rosa y oro. El Viejo Erjin y sus colegas se habían trasladado a regiones todavía más remotas que la de los Volwodes. Jorjol, el Príncipe Gris, sin embargo, no se había dejado dominar por la indolencia, a pesar de los reveses sufridos. La vehemencia fervorosa de sus sentimientos era ilimitada; más que desvanecerse con el paso del tiempo, lo que hacía era condensarse, espesarse, hacerse más punzante.

Al mes de la expulsión de los erjines de Olanje, el Mull se reunió en sesión oficial en la Cámara de Holrude. Al sintonizar la transmisión de los debates, Kelse Madduc oyó una voz que le era familiar y vio la espléndida figura de Jorjol, el Príncipe Gris, de pie en la tribuna destinada a solicitantes, demandantes y testigos. Kelse avisó a Schaine y Gerd Jemasze.

- Oíd esto.

- ... tal opinión la considero derrotista, ambigua y carente de principios - decía Jorjol - . Han variado determinadas condiciones, como todos sabemos... pero no se discuten esas condiciones, ¡de ninguna manera! ¿Cambian los principios éticos de la noche a la mañana? ¿Lo bueno se transforma en malo? ¿Se convierte una decisión sensata en una fruslería simplemente porque se hayan desarrollado una serie de acontecimientos sin ninguna relación entre sí? ¡Desde luego que no!

»En su sabiduría y buen juicio, el Mull promulgó un manifiesto que ponía fin al control de los barones terratenientes sobre los dominios usurpados y conservados ilegalmente. Los barones terratenientes han desafiado las órdenes legítimas del Mull. Hablo con la voz de la opinión pública al pedir que se aplique el edicto del Mull. ¿Cuál es, pues, su respuesta?

Erris Sammatzen, el presidente en ejercicio, dijo:

- A primera vista, sus observaciones son razonables. Realmente, el Mull promulgó un edicto al que los barones terratenientes no han hecho caso, del mismo modo que las circunstancias que han mediado no están relacionadas con la cuestión.

- Por consiguiente - declaró Jorjol - . ¡El Mull debe imponer obediencia!

- Ahí - señaló Sammatzen - estriba la dificultad, lo que ilustra acerca de la falacia que constituye promulgar órdenes importantes que luego no se pueden hacer cumplir.

- Analicemos el asunto como personas razonables - expresó Jorjol - . El edicto es justo; todos estamos de acuerdo en ello. ¡Muy bien! ¡Si ustedes no pueden imponer el cumplimiento de ese edicto, es indudable que se necesita un instrumento de aplicación; de otro modo, el papel del Mull en el mundo no pasará de ser el de un órgano puramente

asesor o consultivo.

Sammatzen se encogió de hombros ambiguamente.

- Puede que lo que dice sea verdad; pese a todo, me doy perfecta cuenta de que no estamos en condiciones de llevar a cabo reajustes de tanta consideración.

- El proceso no es tan difícil - repuso Jor-jol - . ¡Lo cierto es que me ofrezco gustosamente para organizar esa fuerza coercitiva! ¡Actuaré con la mayor diligencia para fortalecer el Mull! Concédame atribuciones; proporcióneme fondos. Reclutaré hombres; conseguiré armas potentes; impondré el cumplimiento de la ley del Mull, a la que no se podrá seguir ignorando.

Sammatzen enarcó las cejas y se echó hacia atrás en su escaño.

- Evidentemente, se trata de una decisión de suma trascendencia y, de entrada, parece exorbitante.

- Tal vez porque usted se ha acomodado a un Mull débil y sin incisivos.

- No, no es precisamente eso. Pero... - Sammatzen titubeó.

- ¿Tiene intención o no tiene intención de imponer el cumplimiento de sus edictos a todos los habitantes de Koryfon, altos y bajos, sin temor ni favoritismo? - preguntó Jorjol.

La voz de Sammatzen sonó tranquila:

- Ciertamente, queremos justicia y equidad. Antes de decidir cómo lograr esos ideales pasajeros, debemos debatir qué clase de organismo somos, hasta qué punto nos ha otorgado autoridad y fuerza nuestro pueblo y si realmente deseamos ampliar nuestras responsabilidades.

- ¡De acuerdo en todos los aspectos! - declaró Jorjol - . El Mull debe enfrentarse con la realidad y establecer de una vez por todas la naturaleza de su papel.

- Es problemático que esa tarea la realicemos esta noche - dijo Sammatzen secamente - y, a decir verdad, es hora de suspender la sesión hasta mañana.

Kelse, Schaine y Gerd Jemasze continuaron mirando mientras los miembros del Mull se retiraban despacio a sus aposentos.

- Además de sus otras numerosas dotes - comentó Schaine en voz medio divertida, medio horrorizada - , resulta que ahora Muffin es también un demagogo.

- Muffin es un hombre peligroso - manifestó Kelse lúgubremente.

- Me parece - dijo Gerd Jemasze - que me gustaría estar allí mañana, cuando el Mull celebre su sesión.

- También yo quiero estar presente - se sumó Kelse - . Creo que ha llegado el momento de divertir al Mull con la broma formidable de padre.

- Contad también conmigo - dijo Schaine - . ¿Por qué iba a perderme la diversión?

El Mull se reunió a la hora fijada, en una cámara ocupada en toda su capacidad por un público que sabía olfatear los acontecimientos capitales o, por lo menos, estimulantes. Erris Sammatzen llevó a cabo el acostumbrado ceremonial de convocatoria y declaró que podía dar principio el orden del día. Jorjol, el Príncipe Gris, se adelantó de inmediato. Hizo una reverencia ante el Mull.

- ¡Honorables personas! Para exponer de nuevo las propuestas que presenté ayer, llamo la atención del Mull sobre el hecho de que, en abierto desafío al edicto del Mull, los barones terratenientes de Uaia siguen conservando el control de las tierras que mediante la violencia usurparon a mi pueblo. Y solicito que el Mull aplique la ley y haga cumplir el edicto... por coacción, si es preciso.

- El edicto, en efecto, se promulgó - dijo Erris Sammatzen - , hasta la fecha no se ha cumplido y, de hecho... - Se interrumpió en seco al reparar en Gerd Jemasze y Kelse Madduc, que habían avanzado hasta la barandilla que separaba el auditorio de los miembros del Mull - . Veo ante mí a dos barones terratenientes de Uaia - continuó

Sammatzen - . Quizá desean declarar algo respecto al edicto.

- Así es, efectivamente - manifestó Gerd Jemasze - . Su edicto es absurdo y lo mejor que pueden hacer es revocarlo.

Sammatzen alzó las cejas y los demás integrantes del Mull se quedaron mirando a Jemasze con expresión de desagrado. Jorjol, de pie, rígido y alerta, inclinó la cabeza hacia adelante.

- Somos un grupo honrado y equilibrado - declaró Sammatzen cortésmente - ; tratamos de hacer las cosas lo mejor que podemos, pero no somos infalibles y a veces cometemos errores. Pero «¿absurdo?» Creo que ha elegido un adjetivo inadecuado.

Gerd Jemasze respondió, en tono no menos educado:

- A la luz de los recientes acontecimientos, la palabra no me parece demasiado fuerte. La voz de Sammatzen se tornó espesa.

- ¿Se refiere a la insurrección de los erjines? Ah, pero hemos aprendido la lección, y el Príncipe Gris, a quien ya ha visto usted antes, ha sugerido un sistema para remediar nuestra debilidad.

- ¿Pretende reclutar un ejército de mercenarios bárbaros? ¿Es eso lo que intenta hacer? ¿Recuerda los cien mil casos históricos paralelos?

Sammatzen empezó a hablar, pero se contuvo.

- La cuestión no está decidida, de ninguna manera - declaró al final - . Sin embargo, sí hemos llegado a la conclusión de que los barones terratenientes deben renunciar a sus alegados derechos a la propiedad de las tierras del Tratado; y no se considerara válido el argumento de que el tiempo transcurrido ha consagrado ese título de propiedad.

Jemasze sonrió al Mull.

- ¿Esa es, pues, su bien meditada opinión?

- Sí, en efecto.

- Entonces, de acuerdo precisamente con ese mismo razonamiento, las tribus uldras deben ceder los territorios que hoy controlan a las tribus a quienes se los arrebataron. Esas tribus a su vez, tendrán que entregarlos a las que poseyeron dichos territorios antes que ellas... En última instancia - y aquí viene la idea que tan divertida le pareció a Uther Madduc - , todas habrán de traspasar los territorios a los primeros habitantes, los erjines, de quienes originalmente los consiguieron. En realidad, lo único que hemos hecho ha sido aplastar su más que razonable y absolutamente legítimo esfuerzo para recuperar las tierras que perdieron.

Con aire perplejo, el Mull se quedó mirando a Jemasze. Sammatzen articuló con voz indecisa:

- Esa faceta del caso no la habíamos considerado. Coincido en que constituye todo un desafío. Jorjol se adelantó a grandes zancadas.

- ¡Muy bien, aceptemos esa propuesta! ¡Los uldras apoyan la idea! ¡Devuelvan Uaia a los erjines; que ellos se hagan cargo de la propiedad! ¡A vagar, como antes, por una tierra salvaje; pero destruyan sólo las grotescas casas solariegas de los barones terratenientes outkeros! ¡Destrocen sus cercas, embalses y canales! ¡Supriman todo vestigio supurante de presencia outkera! ¡Sea como sea, entreguen esa tierra a los erjines!

- No tan deprisa - dijo Kelse - . Aún falta algo más. La segunda parte de la broma de mi padre. - Se dirigió a Sammatzen - . ¿Se acuerda del santuario o monumento erjin... fuera cual fuese su función?

- Naturalmente.

- Esos eran los «recientes acontecimientos» a los que Dm. Jemasze se refirió hace un instante... no la insurrección de erjines como usted supuso. Tal vez observase que se representaba allí a los erjines a bordo de lo que al parecer son naves espaciales, ¿no? ¿Sabe usted que jamás se han encontrado en Koryfon vestigios fósiles de protoerjines? La

conclusión es clara. Los erjines son invasores. Llegaron procedentes del espacio; derrotaron, sometieron a la civilización morfota. Los morfotas son los auténticos aborígenes. Así que la cadena de conquistas tiene aún otro eslabón más. Los erjines no cuentan con más derecho que los uldras.

- Sí - reconoció Erris Sammatzen - , todo eso es probablemente cierto.

Jorjol emitió una risotada salvajemente chirriante.

- ¡Ahora quieren adjudicar Uaia a los morfotas! Tengan la completa seguridad de que luego le tocará el turno a Szintarre, a las quintas de Olanje, a los hoteles de lujo y a las propiedades que creen ustedes que les pertenecen!

Kelse asintió, sarcástico.

- Esa es la tercera parte de la broma de mi padre. Ustedes, los miembros del Mull, al igual que todos los redentoristas, consideran que todo es bastante fácil, basta con que cedamos nuestras tierras, en razón de su doctrina ética; pues, bien, demuestren ahora ustedes su integridad y entreguen también sus propiedades.

Sammatzen le mostró una sonrisa triste y retorcida.

- ¿Hoy? ¿En este momento?

En todos los rincones de la cámara empezaron a surgir voces: protestas, burlas, abucheos, aplausos. Al final, Sammatzen consiguió restablecer el orden. Durante un rato, los miembros del Mull conferenciaron en voz baja, sus murmullos eran suaves pero saltaba a la vista que no llegaban a concertar una opinión unánime. Sammatzen volvió a encarar a Gerd Jemasze y Kelse.

- Tengo la sensación de que, de un modo u otro, emplean la casuística para confundirnos, pero por mi vida que no puedo definirla.

Adelys Lam manifestó amargamente.

- Tengo perfectamente claro, no sólo que los barones terratenientes profesan el credo de la violencia, sino también que distorsionan ese credo suyo y lo convierten en triste parodia de un sistema ético.

- En absoluto - contradijo Gerd Jemasze - . La parodia existe únicamente porque la circunstancia de que descanse sobre una abstracción hace que la realidad le resulte a usted incomprensible. Estas cuestiones no son meramente locales; se extienden a lo largo y ancho de toda la Vastedad Gaeana. Con excepción de contadísimos casos especiales, la titularidad de todo solar o finca rústica procede de un acto de violencia, más o menos lejano en el tiempo, y el derecho de propiedad sólo es válido si se dispone de la fuerza y la voluntad que se precisan para conservar tal propiedad. Esta es la lección que nos ofrece la historia, tanto si les gusta como si no.

- La aflicción de los pueblos derrotados, con todo lo trágica y patética que pueda ser, resulta inútil habitualmente - dijo Kelse.

Sammatzen meneó la cabeza, consternado.

- A mi modo de ver, esa doctrina es repugnante. El disfrute de los derechos humanos debería apoyarse en una base más noble que la fuerza bruta.

Jorjol dejó oír otra risa en tono de graznido.

- Usted y su Mull con cerebro aborregado. ¿Por qué no promulgan un edicto a tal efecto?

- Cuando la galaxia se rija por una ley única - dijo Kelse - , esos ideales podrán tener solidez. Hasta entonces, lo que posea un hombre, una tribu, una nación, un mundo o toda la Vastedad Gaeana, debe estar preparado para defenderlo.

Sammatzen levantó las manos.

- Propongo anular el edicto que disuelve los dominios de Uaia. ¿Quién disiente?

- Yo - declaró Adelys Lam - . Sigo siendo redentorista; nunca seré otra cosa.

- ¿Quién asiente?... Cuento once voto, incluido el mío. El edicto queda cancelado y se

suspende la sesión durante el día de hoy.

Jorjol salió de la cámara con paso largo, ondulante el vuelo del ropaje en torno a sus largas piernas. Kelse, Gerd Jemasze y Schaine hicieron lo propio. Fuera, en la avenida, Jorjol se detuvo, miró a un lado y luego al otro. A su izquierda, el camino conducía al mar Persimmon, a Uaia y a las tierras de Retenia; a su derecha, a cien metros escasos, avenida Kharanotis adelante, la estación espacial brindaba tránsito a otros mundos.

- ¡Cómo nos odia! - musitó Schaine - . ¡Imaginad! Nosotros mismos alimentamos ese odio a través de nuestros actos. Hemos sido tan fatuos y soberbios que nos negamos a admitir en nuestro Gran Comedor a un niño abandonado uldra. ¡Pensad en la tragedia que nos ha acarreado a todos! Me pregunto: ¿hemos aprendido la lección?

Kelse se mantuvo silencioso durante unos segundos. Luego dijo:

- Ese es el lenguaje de Olanje y no la realidad de Uaia. Tiene algunos rutilantes destellos de verdad, pero no toda la verdad.

- Hay tantas realidades como personas - terció Jemasze - . En Suaniset, cualquier caballero puede sentarse a cenar a nuestra mesa, sea cuales fueren las ropas que vista.

Kelse emitió una amarga risita entre dientes.

- En Morningswake también. Tal vez Uther Madduc llevó demasiado lejos la rigidez de su realidad particular.

- Ahí va Jorjol - observó Gerd Jemasze - , dispuesto a imponer a otro mundo el castigo de su presencia.

Porque Jorjol había optado por dirigirse a la derecha, hacia el puerto espacial.

El trío echó a andar por la avenida Kharanotis, en dirección al hotel Miramar. Una alta cerca de tela metálica separaba la calle de la marisma, y una abertura en el follaje permitió echar un vistazo a la ciénaga y a las lentas aguas del río Viridian. Un morfota que descansaba sobre un tronco hizo un gesto incomprensible y desapareció deslizándose entre la maleza.